

# LOS INCAS: HURIN CONTRA HANAN Y GUERRA DE PANAKAS

**Por: Luis Guzmán Palomino**  
Universidad de La Cantuta-Chosica. Perú.

*A los estudiantes de todas partes,  
cuyas constantes inquietudes  
enriquecen y motivan  
nuestro quehacer educativo.*

## PRESENTACION

El mérito de un historiador consiste en aclarar dudas y descubrir hechos no conocidos que permitan calar a fondo las realidades del pasado y del presente. No constituye ningún merecimiento reproducir lo que todos ya saben. Las hipótesis, asimismo, poco o nada valen sino son demostradas documental y correctamente con la debida firmeza, sin dejarlas flotando gaseosamente en el espacio.

Precisamente Luis Guzmán Palomino, formado académicamente en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos y ahora profesor en la Universidad Nacional de Educación "Enrique Guzmán y Valle" (La Cantuta), edita un estudio que se encuadra en el grupo de los investigadores que exhuman y clarifican algunos misterios de la etnohistoria incaica. Conoce y maneja las principales fuentes de primera mano de los siglos XVI y XVII, y también la bibliografía reciente, lo que le permite elaborar hipótesis que, en su mayor parte, logra probar con citas documentales y deducciones lógicas.

Su preocupación medular la dirige hoy a la conformación de las panacas (o ayllus o nobles del Cosco/Cuzco) conformadas por las familias ampliadas o extensas que se forjaron y configuraron en torno a un supremo soberano. Tanto los sapaincas de Anancosco como los de Urincosco fundaban y dejaban sus respectivas panacas. Pero lo que en este libro se muestra es la conducta política de cada uno de aquellos linajes aristocráticos, o en otras palabras, sus posiciones frente a los poderes máximos del estado.

Todos estos puntos son, felizmente, ahora más y mejor conocidos gracias al descubrimiento total de la crónica de Juan Diez de Betanzos (1551), publicada por la peruanista María dell Carmen Rubio (Madrid 1987 ). Claro que Guzmán Palomino dice que no sabe cuando se originarían las panacas. Sin embargo, deben datar de tiempos preincas, más correctamente de la época de auge de los Puquinas (llamados ahora Tiahuanacos, del Horizonte Medio).

Pero lo que deja transparente es que las panacas vivían en constante competencia. Tenían dilatadas extensiones de tierras en los alrededores del Cuzco y en otros lugares. Estaban jerarquizadas: las de Anansaya a la cabeza y en seguida las de Urin. A más de lo cual en cada saya o mitad habían panacas con más rango que otras, por ejemplo la de

Capacayllu (o parentela de Pachacútec), que detentaba los más grandes poderes e influencias. Pero, en general los miembros de las panacas integraban el enorme grupo de los productores indirectos (oficialidad profesional, administradores, etc. ). Disfrutaban del mando y las riquezas. Y eso les impelía a controlar el país, unas con más fuerza que otras. Por eso que las panacas se enfrentaban cada vez que se suscitaba el problema de la sucesión del alto mandatario (sapainca). De esas luchas, la más conocida es, justamente, la que protagonizaron Atahualpa y Huáscar. Lid en la que Anacosco y Urincosco resultaron ser los verdaderos actores de la contienda, la una y la otra acuarteladas bajo la sombra de esos dos líderes, respectivamente.

Aquellos enfrentamientos entre las panacas de Anan y Urin causaban inestabilidad política. Las panacas del sector Anan se oponían a las de Urin; lo que vale decir los ayllus reales que manejaban el dominio guerrero ( Anan ) contra los que poseían la potestad espiritual ( Urin: sacerdotes del sol ). Cada cual pretendía figurar para hacer prevalecer sus ansias de superioridad, medimiento y prestigio.

La oposición Anan / Urin, strictu sensu, era la rivalidad entre el ejército ( Anan ) y el clero solar ( Urin ). O mejor dicho , el sapainca de Anan y el inca de Urin. Hay que tener en cuenta, además, que muchas de las panacas no sólo vivían en el Cusco. Hay documentos que igualmente los ubican en lugares lejanos; por ejemplo en la península de Copacabana (sur del lago Titijaja), donde paraba un numeroso grupo desprendido de Sucsopanaca ( progenie de Huiracocha Inca ).

Guzmán Palomino considera que todos los emperadores fueron designados dentro de la panaca de Pachacútec ( Capac ayllu ), excepto Huáscar que, pese a ser Anan fue apoyado por los Urin. Asegura, de manera análoga, que cada príncipe ( auqui ) podía pertenecer a dos panacas: a la de su padre y a la de suprogenitora. Bien que lanza, todavía una hipótesis más extrema: que Huayna Cápac perteneció a tres panacas simultáneamente: a la de su padre , madre y a la de él mismo ( Tumipampa ). Desde luego que todo esto debe merecer cuidadosos análisis, porque tales afirmaciones caen fuera de las reglas del parentesco inherente a la etnia Inca.

Es sugerente el capítulo sobre Yamqui Yupamqui, hijo de Pachacútec, guerrero diestro que hizo expediciones por el Chinchaisuyo para conquistar con su hermano Túpac Yupanqui Yamqui Yupamqui es a quien Pachacútec, Quería dejarlo como sucesor en el supremo gobierno; pero como declinó recomendando a su hermano Túpac Yupanqui, Pachacútec designó a éste. ¿ Yamqui Yupanqui es el mismo Amaru Yupanqui de otros cronistas ? Es un tema que merece otro meticoloso examen.

La sucesión de Huayna Cápac, que deseaba como heredero suyo en el supremo poder a su hijo Atahualpa ( cuya madre era de Cápac Ayllu ) es en verdad fascinante. Detalla las intrigas de los Urin para hacerle la guerra, favoreciendo a Huáscar, hijo también de Huayna Cápac en una mujer de la panaca de Túpac Yupanqui ( Atun Ayllu ). Es insinuativa la exégesis que hace referente a Huayna Cápac, cuando éste, para acabar con el poder y tretas del inca de Urin, le despojo de sus prerrogativas, autoeligiéndose el

citado Huayna Cápac sumo sacerdote del Sol con la pretensión de convertirse en el único jefe de Anan y Urin, sin alcanzarlo finamente. De todas maneras, desplazados los Urin, del poder, las rivalidades por la supremacía recrudecieron entre las propias panacas de los incas de Anan ( Pachacútec, Túpac Yupanqui, Huayna Cápac).

El autor de esta **Historia de los incas** dilucida que lo de Atahualpa y Huáscar en lo fundamental, fue la pugna entre las panacas de Pachacútec y Túpac Tupanqui. El primero apuntalado por los Anan y el otro por los Urin. La llevaban a cabo para controlar el poder y el acaparamiento de los excedentes para tener con que retribuir, y con esto ganar más y más poder y valimiento. El triunfo de Atahualpa representó la victoria de Anan; de ahí por qué quemaron a la momia de Túpac Yupanqui y masacraron a centenares de su panaca (Atun Ayllu ), como castigo por haberse confabulado con los Urin.

Toca, por igual, si bien levemente, el asunto acerca del lugar de nacimiento de Atahualpa. Ha sido una temática que en otras temporadas preocupó demasiado a los historiadores de mentalidad occidental, alejados íntegramente de la manera de enfocar los sucesos de acuerdo a la cosmovisión tahuantinsuyana. Los historiadores tradicionales, tanto peruanos como ecuatorianos, se afanaron, los primeros por exhibirlos como "cusqueño" y los segundos como "quiteño". Es que, los del norte y los de aquí, pensaban que eso fortalecía los sentimientos patrióticos ya de los unos o ya de los otros. Reflexionaron así por imaginar que el Tahuantinsuyo había funcionado jurídicamente como los imperios europeos, donde el terruño y nacionalidad ( etnicidad ) estaban determinados por el sitio del nacimiento: el ius solis. En tal sentido, si Atahualpa vio la primera luz en Quito, eso robustecía el nacionalismo de los ecuatorianos actuales, sucediendo igual respecto a los peruanos en situación de haber nacido en Cusco. Y como el Ecuador y Peru aún mantienen un diferendo por fronteras, el hecho fue magnificado para fomentar el nacionalismo sobre todo en los vecinos del norte. Pero nada de ello es históricamente verídico si los acontecimientos son despejados y presentados en consonancia al pensamiento del runa ( ahora llamado hombre andino ) que regía entonces. Para los runas del Tahuantinsuyo, entre ellos los de la etnia Inca , lo que preponderaba era el concepto del ius sanguínis. Lo que significa si una persona naciese donde naciese pertenecía a la nación y linaje de sus padres y más remotos antepasados, y no al paraje o comarca donde su madre lo alumbró. En tal sentido, si Amaru Yupanqui nació en Pomacocha ( Tanquigua ), o Huayna Cápac en Tumipampa ( Cañar ), o Huáscar en Quiguar ( Pinagua ), o Manco Inca en Tiahuanaco ( Pacajes ), no quiere decir que hayan sido, respectivamente, tanquigua, cañar, pinagua ni pacaje. Ellos siguieron siendo incas de origen puquina, es decir, del lago Puquinacocha ( llamado Titijaja desde 1533 ). En consecuencia, Atahualpa pudo nacer en cualquier rincón del Tahuantinsuyo, sin que eso dé autoridad a nadie para llamarle natural o uriundo de ese lugar. El continuó siendo inca y puquina, del sur. Sin embargo, ahora gracias a la versión completa de Betanzos ya no cabe duda de que Atahualpa nació en la llacta dell Cosco (Cuzco). Así lo aseguró y confirmó Cusirrimay, palla de la panaca de Pachacútec, prima hermana y esposa principal del referido sapainca Atahualpa, la misma que después fue mujer del cronista Juan Díez de Betanzos. Nadie mejor que ella para conocer con precisión la tierra que meció la cuna de su marido el sapainca Atahualpa. Ahora ya no queda ninguna incertidumbre sobre el lugar

de nacimiento del referido soberano.

Es cierto que hasta antes de ser conocida la crónica íntegra de Betanzos la dubitación sobre esta cuestión era vigorosa. Y hasta hubo un momento que llegamos a creer de que pudo haber nacido en Carangue, al noreste de Quito, ya que cuando estuvo allí se autollamaba **Cara Inca Yupanqui**, como lo manifiesta el cronista Atienza. Pero, por lo que declara Betanzos, en Carangue Atahualpa solamente tomó la borla para ponérsela y proclamarse sapainca. Es evidente, no nació allí.

Con respecto al patronímico Atahualpa, desde luego que éste no fue su único nombre. En primer lugar, cualquier individuo en el curso de su vida iba cambiando de apelativo, según las circunstancias de su existencia y ritos de pasaje o iniciación. Y en cuanto a los sapaincas no sólo les ponían el definitivo el día de su entronización en el Coricancha cuando recibían la mascaipacha, el champi y el sunturpáucar, para lo cual tenían ya elegido un nombre alusivo al hecho más glorioso de sus vidas hasta ese momento, sino que sus parientes, amigos y admiradores podían apellidarles, ulteriormente, con otros epítetos en relación a sus acciones sobresalientes. Y además, los propios sapaincas cuando visitaban las naciones de su imperio, para congraciarse con los habitantes, no únicamente lo hacían vistiendo el traje nacional (étnico) de los pueblos que recorrían, sino que, aunque temporalmente, hasta usando el nombre de la misma etnia. Eso explica por qué Atahualpa al recorrer el territorio Carangue, para convocar gente con el objetivo de atacar a Huáscar, lo realizó haciéndose llamar **Cara Inca Yupanqui**. Así convencía y exaltaba a quienes quería aherirlos a su causa. De llegar al Cuzco ya tenía meditado ponerse el nombre concluyente de Tisci Inca Yupanqui, o el de Ccacha Pachacuti Inca Yupanqui, es decir el soberano con el que termina una era y comienza otra.

Un distinto aspecto que merece un comentario es lo atingente a los enfrentamientos armados. Las guerras de conquista y dinásticas constituían verdaderos choques y no meros juegos ni entretenimientos. Las guerras de conquista, represión y dinásticas eran aplastantes, crueles. Claro que también escenificaban combates teatrales o artificiales de carácter ritual entre Anan y Urin, o entre huarangas, pachacas y ayllus, representándolos durante los acontecimientos solemnes (festividades de victorias, nacimientos de príncipes, conmemoraciones solares, exequias de reyes. Así mantenían el equilibrio entre las **mitades**, frenando las intenciones expansivas de los unos contra los otros. Y tal figura estaba extendida en la totalidad del espacio tahuantinsuyano, sin excepción.

A los enfrentamientos en general denominábanlos **pucllas**. Pero como existían dos categorías de **pucllas**: las aplastantes y las teatrales- rituales, cada cual recibía su propia denominación para distinguirlas. La **chaxgua** (o **ch'axwa**) era la guerra cruel, terrible y auténtica, tal como lo dice Vásquez de Espinoza; mientras que el **tincu** (o **tincusita**) conformaba la ficticia, festiva y ritual. Estas peleas escenificadas y rituales jamás enemistaban a los contendores por ser casi deportivas, tal como aparece en el Diccionario de Ludovico Bertonio y lo reafirma la fuente etnográfica. No hay pues, que confundir a las unas con las otras. La sangrienta represión de los cayambes, carangues y pastos; dirigida por Huayna Cápac, comprueba la diferencia entre guerras verdaderas y

fingidas (rituales).

Betanzos es quien aclara que Pachacútec fue el que dispuso que a partir de su deceso, en cada funeral del supremo mandatario se solemnizase escenificando una refriega o escaramuza teatral o artificial (ritual) entre un escuadrón de Anan y otro de Urin. Debían llevarla a efecto en la plaza de Aucaypata (Cuzco), en tal forma que los Anan derrotaron a los Urin, y nunca al revés. Es clarísimo: quería simbolizar el predominio de los guerreros sobre los sacerdotes, la prevalencia y supremacía del inca de Anan sobre el inca de Urin. En los curacazgos regionales reverberaba con la misma tónica.

**Waldemar Espinoza Soriano**  
**Universidad Nacional Mayor de San Marcos.**

## **PRÓLOGO**

Aproximadamente desde 1432, con el gobierno del noveno monarca Pachacuti, en los territorios andinos se potenció y desarrolló el imperio más extenso y mejor organizado de toda la América precolombina, tanto por muchas de sus impresionantes formas culturales, como por los expansivos y decididos designios bélicos, mediante los cuales el estado Inca impuso su personalísimo y práctico sello cultural, en casi todo el cono sur americano, después denominado Tahuantinsuyo. La base de esta compleja y nueva sociedad, se centró en una economía, derivada del rompimiento de las montañas, en las que se construyeron y rehabilitaron andenes o terrazas escalonadas, pantanos y canales, desde las faldas hasta las cimas. Esas colosales obras agrícolas sólo pueden ser comparadas hoy con las efectuadas por los egipcios y mesopotámicos en la era antigua.

Al mismo tiempo se fundaron o readaptaron infinidad de ciudades bajo la traza de estructuras militares, administrativas y religiosas, netamente incaicas. Toda aquella infraestructura agrícola y urbana fue acompañada por una gigantesca red de caminos y carreteras, jalonadas de escaleras, túneles tallados en las rocas y puentes suspendidos, confeccionados con cuerdas tan fuertemente, como para permitir el paso de tremendos ejércitos; y al mismo tiempo esta red vial proporcionó el acceso necesario a los centros urbanos.

Indudablemente, en la enorme planificación incaica se aprecia todavía en la actualidad, el legado de culturas anteriores; pero se proyectó con un nuevo sentido de potencia y modernidad, muy semejante al realizado por Roma en su expansión por el Mediterráneo; y también como aquella, además de recepcionar los elementos principales de las culturas que anexionaba, el Incanato los transmitió e instauró en los nuevos territorios conquistados. Pero su semejanza con Roma, no sólo se aprecia en las obras materiales que ambos imperios realizaron. Entre los Incas se produjeron debilidades internas muy profundas y similares sufridas por los latinos; y además, al igual que con ellos, estuvieron acompañadas por continuos levantamientos de muchos de los pueblos sojuzgados.

Los causantes de aquella inestabilidad social y política, fueron los propios círculos de poder, o lo que es lo mismo: los descendientes de los monarcas ya fallecidos, y de los propios gobernantes, agrupados dentro de las llamadas panakas reales, quienes, tal como se colige en los escritos de los cronistas -y en especial de Juan de Betanzos- crearon y desataron profundos antagonismos durante toda la etapa hegemónica del Tahuantinsuyo, según pertenecían a las del Hanan, o parte alta del

Cuzco, ocupada por el ejército, o a las del Hurin, la baja, donde se ubicaba el clero.

No hay seguridad de sobre cuándo aparecieron las panakas. En general, los cronistas informan que el territorio andino estuvo habitado por una población muy diseminada, formada por pequeños agrupamientos humanos congregados en lugares fértiles y aptos para la vida. Estos grupos estaban unidos por lazos consanguíneos, bajo la protección de un totem, diferente para cada uno de ellos. Cieza de León, Polo de Ondegardo, Garcilaso de la Vega y Bernabé Cobo, los denominan parcialidades o linajes. Encambio, Sarmiento de Gamboa empleó la palabra ayllu (Sarmiento de Gamboa 1972:18).

Fray Bartolomé de las Casas opinó que los barrios del Qosqo, se hallaban poblados cada uno por diferentes familias, que en abierta competencia originaron las panakas reales, a raíz de la ascensión al trono de Pachacuti (Las Casas 1948:90). Bernabé Cobo parece unificar los zeques o líneas rituales imaginarias de los cuatro suyos o barrios del Qosqo, con las parcialidades o familias de dicha ciudad (Bernabé Cobo 1956:libro XIII, 186).

El dato lo confirma Juan de Betanzos, al decir que a la muerte de Viracocha, Pachacuti mandó momificarle a él y a cuantos señores habían gobernado desde el creador de la monarquía, Manco Cápac. Después ordenó que todos los bultos fuesen colocados en escaños, juntamente con el de su padre, y que los adorasen como a dioses (Betanzos 1897:85-86). A partir de este momento, las panakas debieron adquirir gran importancia social y económica, pues según también cuenta Betanzos, Pachacuti des pobló dos leguas a la ciudad del Qosqo para darles tierras y ganados en propiedad.

Tom Zuidema cree que los ayllus no descienden de un jefe Inca; en cambio las panakas si se generaron dentro de la realeza. Según la partición tradicional del Qosqo en cuatro suyos, divide, a su vez a cada uno, en tres sectores o zeques. Collana, Payán y Cayao, correspondiendo la panaka al zeque Payán, el ayllu al Cayao, y los fundadores de la panaka al Collana (Zuidema 1977:13-52).

Igualmente, Betanzos pone de manifiesto la jerarquía de las panakas, al contar que Pachacuti después de haber reedificado el Qosqo, mandó llevar su maqueta y sobre ella repartió las casas y solares ya edificados, dando a los de su linaje, perteneciente al Hanan, la parte alta; y a los del Hurin, la baja (Betanzos 1987:77-78). Para María Rostworowski, entonces las panakas sufrieron drástica transformación, al dejar sus componentes de trabajar directamente las tierras, y en su lugar ocupar los puestos claves en el ejército y la administración del estado; asimismo cree que es cuando aparecen los yanaconas, quienes como una especie de "criados-esclavos" realizaron el laboreo de las tierras y cuidado de los ganados, antes ejercido por las élites (Rostworowsky 1993:107-108); y aunque siempre habían ostentado supremas jerarquías dentro del contexto político y social del Incanato, desde entonces las panakas se fortificaron mucho más, alcanzando el dominio del poder y las máximas riquezas, tanto las pertenecientes a las del Hanan, como las del Hurin.

Es precisamente el deseo de poder, el que las habría enfrentado radicalmente a lo largo de la historia del Incanato y mucho más a partir del surgimiento del imperio, según se deduce del análisis de las crónicas, y demuestra el profesor Luis Guzmán Palomino en **Historia de los Incas - Hurin contra Hanan y Guerra de Panakas**.

Ahora bien, en 1534, con la refundación española del Cuzco, prácticamente quedó pacificado el territorio andino, salvo el foco de Vilcabamba. ¿Qué paso entonces con las panakas reales, o las élites del imperio? En las crónicas y sobre todo en este trabajo, que ahora sale a la luz, del profesor Guzmán Palomino, hay amplia información sobre la cruelísima guerra habida poco antes de la llegada de los españoles entre Huáscar y Atahuallpa, lo que equivale a decir: el Hurin y el Hanan. Como consecuencia

de ella quedaron exterminados gran cantidad de nobles; pero otros consiguieron escapar a la matanza y también se resistieron a desaparecer como ayllu o panaka, al verificarse las reducciones del virrey Toledo; o cuando al paso de la administración colonial posterior, se crearon doctrinas y parroquias. Por el contrario, se agruparon las gentes de un mismo ayllu en barrios vecinales.

Esto ocurrió en los actuales pueblos de San Sebastián y San Jerónimo, a donde se retiraron los nobles cusqueños. En el primero, situado a cinco kilómetros de la capital imperial, aunque fue fundado el 22 de agosto de 1572, como una de las ocho parroquias en que se dividió el Cuzco, aún hoy se pueden encontrar vestigios de las antiguas panakas reales en los ayllus denominados: Sucusu, Aucalli, Chima, Raurau y Ayamarca; si bien en documentos de 1545 aparecen juntamente el de Vicaquirao, y en otros de 1634, los conocidos por Pomamarca Yacanora y Saño (Archivo Departamental del Cuzco Real Hacienda. Intendencia. Lgj. 859). Cada uno de estos ayllus están separados unos de otros, desde el siglo XVI y aún ahora, por cruces de piedras, que sustituyeron a las antiguas huacas genéricas y tal vez totémicas. Como se ha visto, algunos han desaparecido, al unirse a otros mayores, dado que en este pueblo existe el problema de la emigración a la capital.

La agricultura ha constituido siempre la principal actividad de los ayllus Chima, Raurau y Ayamarca, mientras que los Sucusu y Aucalli la han compartido con la industria de la alfarería, produciendo tejas. Todos ellos conservan caracteres endogámicos en muchos aspectos, aunque están unidos entre sí el Sucusu con el Aucalli, y el Chima con el Raurau. El mayor de todos es el Ayamarca, el único reconocido oficialmente como comunidad desde los tiempos de Carlos V. Desde luego, los componentes de estos ayllus actuales han perdido el poder y la preeminencia que ostentaban las panakas en tiempos del imperio; pero no por ello han olvidado la procedencia de su origen, del que se sienten muy orgullosos. Evidentemente, las antiguas rivalidades dejaron de existir al agruparse como simples vecinos de los nuevos pueblos fundados en el siglo XVI; en su lugar, el trabajo mancomunado se extiende a toda la colectividad cuando es necesario.

Sin embargo, ahora el profesor Luis Guzmán Palomino viene a revivirlas en su estudio, dándonos una valiosísima información sobre este tema, siempre sospechado y hasta ahora no bien aclarado. En tal sentido pone de relieve las crisis políticas convergentes en el Incanato, según se suscitaron las contradicciones dinásticas y de las panakas reales; a veces tan fuertes, como para hacerle sospechar la muerte por envenenamiento del mismo Huayna Capac. **Historia de los Incas-Hurin contra Hanan y Guerra de Panakas**, no sólo descubre el poder que tuvieron los nobles cusqueños; también realza la importancia del estudio minucioso de las crónicas para el conocimiento de la etapa histórica más importante de los territorios andinos, cual fue la del Tahuantinsuyo.

### **Bibliografía**

- Betanzos, Juan.. **Suma y narración de los Incas**. Edic. de M. C. Martín Rubio. Atlas. Madrid 1987.  
Casas, Bartolomé de las.. **De las antiguas gentes del Perú**. Lima 1948.  
Cieza de León, Pedro. **La crónica del Perú**. Editorial Nueva España. México 1970.  
Cobo, Bernabé.. **Historia del Nuevo Mundo**. Madrid 1956.  
Polo de Ondegardo, Juan. **Informaciones acerca de la religión y gobierno de los Incas**. Lima 1917.  
Rostworowski de Diez Canseco, María. **Ensayos de historia andina**. Elites. Etnias. Recursos. I.E.P. Lima 1993.  
Vega, Garcilaso de la. **Comentarios reales de los Incas**. Editorial Universo, 1992.  
Zuidema, R. Tom.. **Mito e historia en el antiguo Perú**. Allpanchis, n° 10. Cuzco 1977.

**MARIA DEL CARMEN MARTIN RUBIO**

## Investigadora vinculada al Consejo Superior de Investigaciones Científicas.Madrid.España.

### INTRODUCCION

¿Qué país fue el que en 1532 encontraron aquí los invasores de ultramar y merced a qué pudieron conquistarlo en un tiempo relativamente corto? He ahí una pregunta interesante, cuya respuesta aún no se ha desentrañado del todo.

Al momento de entrar al Perú la hueste de Francisco Pizarro, podían observarse en el imperio incaico varias contradicciones: Hurin contra Hanan; clero solar contra ejército; panaka de Pachacuti contra panaka de Tupac Inca Yupanqui; estado imperial contra señores locales; estado imperial contra esclavos yanaconas; estado imperial contra acllas; estado imperial contra campesinado hatunruna; señores locales contra campesinado hatunruna, etc. Es todavía difícil señalar cuál era entonces la contradicción principal, pero el hecho de haberse generado en ese tiempo una guerra civil entre los orejones nos lleva a postular como tal la que existió entre los Hurin y los Hanan, indesligable de la contradicción entre el clero solar y el ejército cuya derivación fue la lucha entre las principales panakas imperiales.

El proceso subsiguiente de la invasión española, cuya respuesta fue la guerra de resistencia incaica, dio cauce a la agudización de las otras contradicciones, al sublevarse contra el Tahuantinsuyo varios señores locales y miles de yanaconas esclavos en medio de un transtorno total cuyo epílogo fue la destrucción del Tahuantinsuyo y la anexión de su territorio a un imperio extranjero.

Sobre el tema de las contradicciones en el incario se han publicado importantes apuntes, destacando los de Carlos Núñez Anavitarte, Gustavo Valcárcel, Emilio Choy, Antonio Díaz Martínez, Pablo Macera, Luis Guillermo Lumbreras, Julio Roldán, José de la Riva Agüero, Raúl Porras Barrenechea, Medardo Purizaga, Efraín Morote Best, Julio Valdivia Carrasco, Agustín Barcelli, Waldemar Espinoza Soriano, Alberto Bueno Mendoza, Hernán Amat, Henrique Urbano, María Rostworowski, Liliana Regalado, Franklin Pease, Edmundo Guillén Guillén, Víctor Hugo Guevara, Humberto Vargas Salgado y Juan José Vega, por citar sólo a los autores peruanos más conocidos, cada uno de los cuales ha presentado novedosos enfoques sobre el devenir político incaico, que constituye el tema central de nuestro análisis.

Mucho se ha hablado ya acerca de la carencia de unidad nacional en el Tahuantinsuyo, explicable si se considera que apenas tenía un siglo de existencia al irrumpir en él los invasores españoles, incidiéndose en su fragilidad producto de su conformación multinacional. Pero el examen efectuado, con algunas excepciones, tiene la deficiencia de ser sincrónico. Además, el estudio de las contradicciones entre dinastías y panakas, así como lo relacionado con las clases en pugna, ha sido de alguna forma soslayado.

El modesto trabajo que aquí presentamos, aunque sin abarcar la totalidad del proceso, pretende aportar nuevas luces para la comprensión de tan importante tema.

Las contradicciones en el Imperio de los Incas no eran de ninguna manera recientes, puesto que habiendo existido desde siempre encontraron su máxima expresión en la guerra que enfrentó a Huáscar con Atahuallpa. Para llegar a entenderlas es preciso referirse a todo el devenir histórico incaico, desde sus orígenes.

Casi es obvio señalar que tales contradicciones obedecían a claros móviles económicos. Estuvo en disputa el control de las tierras y de las colectividades humanas que las trabajaban. Las dos facciones dominantes -aristocracia religiosa y aristocracia militar- eran poseedoras de las dos terceras partes de las tierras - las llamadas del Sol y del Inca -, y siempre una de las dos pretendió para sí la suma del poder, el acaparamiento de toda la riqueza. La otra tercera parte era usufructuada por los señores locales y el campesinado hatunruna, dividida lógicamente de acuerdo a criterios clasistas.

Sobre la base de la lectura detenida y reflexiva de crónicas, probanzas, memoriales y otros



papeles antiguos, y a la luz de la bibliografía moderna que existe sobre el tema, se defienden en estas páginas nuevas hipótesis, que si bien se sustentan con pruebas documentales, de ninguna manera pretenden aparecer como verdades absolutas. Tal es la variedad de versiones que así como cada uno de sus asertos se nutre en fuentes autorizadas, los posibles desmentidos pueden hacerse con testimonios de similar procedencia. Sin embargo, creemos que el exhaustivo estudio de la política incaica a la luz de sus contradicciones es una buena base para exponer con cierta autoridad planteamientos que de otra manera podrían parecer irreverentes.

En lo que toca a la guerra entre Huáscar y Atahuallpa, no tenemos hasta la fecha un trabajo convincente. Exceptuando aportes significativos en algunos de los autores antes citados, advertimos en la bibliografía que sobre el tema existe crasos errores, conclusiones fáciles de ser refutadas, generalizaciones discutibles y, por cierto, chauvinismos absurdos. Todo ello se refleja en los textos de enseñanza escolar, donde la peor parte -si cabe esta apreciación- la ha llevado Atahuallpa. Tal vez el chauvinismo ha sido principal causa de antojadizas interpretaciones, formándose bandos en enconada y estéril pugna. El error ha sido general, de autores peruanos, ecuatorianos y de terceros. Y nació con los primeros cronistas, que recogieron versiones parcializadas cuando no se parcializaron ellos mismos. Los cronistas tardíos, posiblemente algo más valiosos, tampoco entendieron el proceso, aunque consignaron datos sueltos de suma utilidad para la reconstrucción histórica. El gran problema surgió con la publicación de los *Comentarios Reales* del Inca Garcilaso de la Vega, no sólo porque ofreció una visión idílica de la historia política incaica sino porque se parcializó en extremo con Huáscar. Por mucho tiempo Garcilaso orientó todas las historias peruanas, y oponérsele se consideró atentatorio contra el testimonio "oficial" cuzqueño. Subsiste este prejuicio en cierta medida, pero es sólo eso, un prejuicio, pues existieron dos versiones provenientes de las panakas imperiales cuzqueñas, y la de Garcilaso no sería precisamente la principal.

Expliquémonos. Como se sabe, el imperio surgió con Pachacuti, pues antes de él sólo existieron reyes del estado regional cuzqueño, desde Manco Cápac hasta Viracocha. La vigorosa expansión iniciada con el triunfo sobre los Chancas permitió en corto tiempo la conformación de un estado panandino sobre un vasto territorio que integrado por muchas naciones fue señoreado por los orejones. Los emperadores de ese poderoso estado fueron todos descendientes directos de Pachacuti. Quiere esto decir, como se explica con detalle en este libro, que pertenecieron a la gran familia o panaka de Pachacuti, que se consideró dadora de emperadores. Pachacutinos fueron Túpac Inca Yupanqui, Guayna Cápac y Atahuallpa, no así Huáscar, que perteneció por ascendencia materna a la panaka de Túpac Inca Yupanqui. Visto que todos los hijos de un Inca tenían posibilidades de postular a sucederlo, para diferenciarse entre ellos proclamaron siempre la ascendencia materna. En consecuencia cada príncipe podía pertenecer a dos panakas, la paterna y la materna, y en las disputas civiles adquirió mayor importancia esta última.

Ccacha Pachacuti Inca Yupanqui fue el nombre que adoptó Atahuallpa al ser proclamado en la localidad de Carangue -extremo septentrional del imperio- nuevo emperador del Tahuantinsuyo, hacia 1529. Simbolizó ese nombre su calidad de conductor militar - Ccacha era el dios de la guerra- y su parentesco con la principal panaka imperial. Insurgió en defensa del predominio Hanan pachacutino contra el cual se rebeló en el Cuzco su hermano Huáscar, príncipe de la panaka de Túpac Inca Yupanqui, quien al ceñir la borla adoptó el nombre de Inti Cusi Huallpa, dando a entender su relación con el clero solar, último bastión de los Hurin Cuzco. En la lucha por el poder absoluto todo pareció válido a los rebeldes, pues Huáscar renegó de sus ancestros Hanan proclamando la restauración de los Hurin, arrastrando en este desvarío a su panaka materna. De esa manera a las contradicciones Hurin contra Hanan y clero solar contra ejército se sumó la pugna mortal entre las principales panakas Hanan, convulsionándose todo el Tahuantinsuyo con una tremenda guerra civil.

Había triunfado Atahuallpa y restablecía por la fuerza el "orden" Hanan pachacutino cuando hicieron su aparición en el imperio los invasores de ultramar. Los menospreció el Inca, que se consideraba el monarca más poderoso del mundo, originando con tal confianza su captura en

Cajamarca.

Hecho prisionero Atahualpa remitió órdenes a los generales de su ejército, que ocupaban la sierra desde el Mantaro hasta el Cuzco, para que se dispusieran a combatir a los invasores. Al descubrirse sus planes fue ejecutado el 26 de julio de 1533. De inmediato, su ideal fue asumido por los jefes de su ejército, que desataron la guerra con holocausto de sus mejores cuadros.

Las crónicas de ese tiempo recogieron básicamente los testimonios de los enemigos nativos de Atahualpa, muchos de los cuales se aliaron con los españoles. Y los siguió el Inca Garcilaso, cuya madre Chimu Ocllo perteneció a la panaka de Túpac Inca Yupanqui. Surgieron así fábulas de todo tipo en el afán de justificar el asesinato de Atahualpa. Recién hacia 1550, Juan de Betanzos, un español cuzqueñizado, que había tomado por esposa a la princesa Cusi Rimay de la panaka de Pachacuti, -la misma que Guayna Cápac designara para Coya de Atahualpa- tuvo a través de ella acceso a la versión oficial de los emperadores, redactando una crónica más ajustada a la verdad, y a la lógica. Por desgracia, la mayor parte de tan valioso documento permaneció perdida por siglos, dando lugar a que se lucubrasen interpretaciones diversas, casi todas equívocas. Sólo hace unos años se encontró el Betanzos inédito, cuya publicación por la doctora María del Carmen Martín Rubio en 1987 ha marcado un hito trascendental en la bibliografía sobre los Incas.

La crónica de Betanzos esclarece mucho de lo que permanecía oscuro y permite la reconstrucción coherente del devenir político incaico, obligándonos a una revisión de todo lo antes publicado. De allí que ha riesgo de parecer irrespetuosos demandemos a los historiadores una nueva lectura de las fuentes, a efecto de plantear nuevas cuestiones y enriquecer el análisis.

Este libro ha sido escrito con especial dedicación para nuestros colegas profesores y para los jóvenes estudiantes de todos los niveles educativos. Sus avances han sido expuestos en las aulas de La Cantuta y en varios congresos y seminarios efectuados en diversas ciudades del país, mereciendo un interés creciente por su tendencia iconoclasta. Principal afán suyo es el de corregir el criterio con el que hasta hoy se ha venido estudiando la Historia de los Incas, proponiendo un debate esclarecedor con los especialistas en procura de hacer las correcciones pertinentes.

**Luis Guzmán Palomino.**

## **CAPITULO I**

### **Los Hurin Cuzco y el poder del clero solar**

Los Incas Hurin fueron reyes-sacerdotes que tuvieron el Inticancha o templo del Sol como sede de gobierno. Dominaron un territorio relativamente pequeño, sin mayores afanes expansivos, preocupados básicamente por consolidar la sujeción de las tribus que originariamente habían poblado el Cuzco. Pactaron alianzas con algunas de ellas, mediante matrimonios, lo que demuestra que la casta de los orejones no fue en ese tiempo lo cerrado que sería luego, pues más de una reina fue de procedencia no incaica. Hubo tribus intransigentes que persistieron en la resistencia, como la de los Ayarmacas, para ser finalmente sojuzgadas.

Pero no sólo hubo luchas con tribus ajenas sino que en todo momento se manifestaron también pugnidades al interior del grupo incaico. Y aunque carecemos de referencias suficientes para afirmar que la contradicción Hurin-Hanan se dio desde siempre, esto muy bien puede plantearse como hipótesis.

Hallamos mención de tales referencias desde los tiempos borrosos de los hermanos Ayar. Según la leyenda, Ayar Manco triunfó finalmente sobre Ayar Auca, pero sin aniquilar a la familia derrotada. Hizo más bien lo contrario, honrándola en recuerdo de un ancestro común y dándole cabida en el

nuevo reino del Cuzco. Es posible que ello posibilite la formación de dos linajes, uno emparentado con el vencedor y otro con el vencido, génesis de los Hurin y Hanan Cuzco, respectivamente.

Pudo también suceder que las familias de los tres hermanos vencidos (Ayar Ucho, Ayar Cachi y Ayar Auca) viniesen a integrar desde entonces los llamados *ayllus custodios*, que tuvieron alguna influencia como consejeros del Inca reinante.

La sucesión de Manco Cápac fue pacífica, pero a la muerte del segundo rey Sinchi Roca se desataron las disputas, enfrentándose los príncipes Cusi Guaman Ccari, Manco Sapacca y Lloque Yupanqui. Triunfó este último con el apoyo del clero solar, que desde un principio se erigió en estamento dominante. Sobre el culto helíaco se forjó la ideología de la dominación, proclamándose a los Incas del Sol o Intip Churin. Entonces se habría lucubrado la leyenda del lago Titicaca.

Posteriormente las luchas de sucesión adquirieron matices mayores, ya que los regicidios fueron una constante. Lloque Yupanqui propuso que el sucesor se escogiese entre sus hermanos Apo Conde Mayta y Tácac Huincay, provocando así la oposición de su hijo Mayta Cápac, quien apoyado por su madre la reina Mama Tancar Ichachi, lo hizo envenenar, tomando el poder por la fuerza. Muchos orejones partidarios del rey asesinado, tuvieron que emigrar al oriente para escapar de la muerte (Murúa, 1962:32).

El nuevo Inca habría tenido un nombre original, cuyo recuerdo no guardó la tradición. Se le dió el de Mayta Cápac en alusión a la vida reflexiva que durante un tiempo le fue característica: *Este Mayta Cápac se llámase (así) porque solía decir cuando niño: ¿Ab Mayta Cápac?, como si dijese: Creador, Señor, adónde estás? Y siempre hacía estas consideraciones con deseo de conocer al Creador* (Santa Cruz Pachacuti, 1927:157). Tal preocupación metafísica lo distanció un tanto del clero solar, y también del clero menor, adorador de las huacas. Pretendió el Inca acabar con éstas, pero lo contuvo el temor de perder el apoyo de los sacerdotes del Sol, que las consentían. Con todo, manifestó su resistencia a considerar al Sol como deidad principal, repitiendo que su hechura y movimiento eran obra de un dios supremo omnipotente al que llamó Pacha Yacháchic, en cuyo honor estableció el Cápac Raymi o fiesta para el poderoso señor, dominador y hacedor del mundo. Tal actitud, que parecía apuntar al monoteísmo, no fue óbice para que proliferaran los oráculos, mencionándose que hubo uno por cada huaca, lo que habla a las claras de su crecido número.

Nueva crisis sobrevino a la muerte de Mayta Cápac, disputando la sucesión los príncipes Cápac Yupanqui, Apo Tarco Guaman, Inti Conde Mayta, Orco Guaranca, Queco Aucaylli y Roca Yupanqui, triunfando el primero con la aceptación del clero.

Bien pronto se distanció Cápac Yupanqui de los sacerdotes del Sol. Fue el primero en interesarse por la formación de un ejército regular, iniciándose en su tiempo los afanes expansivos. Sometió a los cercanos Condesuyos y guerreó victoriosamente contra los Yanahuaras, Aymaras, Omasuyos, Cotapampas y Cotaneras, llegando hasta el Pachachaca o Aucapanamayo donde recibió a embajadores de los Quechuas de Andahuaylas que lo invitaron a pactar una alianza. La aceptó el Inca, pues de esa manera se ponía coto a la expansión de los Chancas, confederación de tribus que partiendo de su asiento original en las alturas de Huancavelica había llegado triunfante hasta el río Vilcas o Colcamayo, límite de los Pocras.

Pero en sus años postreros Cápac Yupanqui renunció a todo afán bélico, dedicando atención a la reforma del culto. Iconoclasta declarado, se volvió contra el clero solar, originándose una grave crisis. Desprestigió a oráculos y sacerdotes proclamando la existencia de un supremo dios omnipotente e invisible, y según Santa Cruz Pachacuti llegó a decir en público: *Yo siento que hay otro, el poderoso hacedor de todas las cosas, como lo había dicho mi padre Mayta Cápac* (1927:164). Lo apoyó en esa convicción un pequeño núcleo de sacerdotes progresistas, que inició el culto al dios supremo llamándolo Pacha Cámac y Pacha Yacháchic (Murúa, 1962:37). Y sabios astrónomos estudiaron detenidamente el movimiento del Sol, apoyando las ideas del Inca. Dice Molina que *Cápac Yupanqui, el que mejor entendimiento tuvo entre los Incas, sacó por razón natural que una cosa sujeta a movimiento como el Sol, pues nunca para y sin descansar un sólo día, no era posible fuera dios, sino algún mensajero enviado por el hacedor a visitar todos los días al mundo. Demás que le parecía ser*

*inconveniente para ser dios, que una nube pequeña cuando se le ponía delante impidiere sus rayos* (1943:19).

Ante el temor de perder preeminencia el clero solar combatió tal concepción, considerándola una blasfemia. Se produjo en consecuencia el rompimiento y la separación de poderes, abandonando Cápac Yupanqui el Inticancha para instalarse en un palacio que erigió para sede de su gobierno. Acto seguido, deseando acabar con toda la concepción religiosa tradicionalista destruyó las huacas de Uaros, Yanacocha, Luricachi de Vilcanota, Caochacota y Yanacota de Langue, Chuytupiya, Tantaocopa y Uaminturpo, con lo cual se hizo de muchos enemigos.

Los Hurin tramaron entonces su derrocamiento y se alinearon con ellos los “ayllus custodios”, presumiblemente Hanan que hasta entonces habían estado relegados a un segundo plano. Lo cierto es que el Inca fue envenenado por la princesa Cusi Chimpo, representante de esos “ayllus custodios” (Murúa, 1962:38).

¿Qué nos lleva a suponer que Cusi Chimpo fuese Hanan? Una simple hipótesis que sugerimos releer antes de ser descartada. En la historia incaica aparece el nombre Cusi muy ligado a la parentela Hanan: Yahuar Huacca, segundo rey Hanan, ciñó la mascaypacha con el nombre de Titu Cusi Huallpa; Pachacuti, el primer emperador, se llamó originalmente Cusi Yupanqui; Guayna Cápac, al igual que Yahuar Huacca asumió el poder adoptando el nombre de Titu Cusi Huallpa; y fue el príncipe Cusi Yupanqui, jefe de la panaka de Pachacuti, el segundo de Atahuallpa, adalid de los Hanan. Incontestablemente, y concédasenos la reiteración, todos estos personajes fueron Hanan y se llamaron Cusi. Conforme a esto, ¿habrían sido también Hanan el príncipe Cusi Guaman Ccari, que discutió la sucesión con Lloque Yupanqui, y la princesa Cusi Chimpo, envenenadora de Cápac Yupanqui? Cabe suponerlo, por lo menos en esta última, pues consumado el regicidio los “ayllus custodios” eligieron como rey al Hanan Inca Roca. El clero solar, eminentemente Hurin, consintió el cambio de dinastía, probablemente obteniendo a cambio la promesa de que su preeminencia sería respetada. Y esa suerte de alianza se selló con la sangre de los sacerdotes progresistas que fueron casi exterminados. No se borraría empero la idea del dios omnipotente, que a la larga terminaría imponiéndose aunque sólo a nivel de la selecta élite incaica.

## CAPITULO II

### Los Hanan Cuzco y el predominio del ejército

El primer rey Hanan Inca Roca gobernó en perfecta armonía con el clero, dedicando especial atención al renacimiento de los cultos tradicionalistas que su infortunado padre intentara abolir. Refiere la crónica que Inca Roca *no entendió otra cosa que en bailar y holgarse en beber y comer, y mucho más en la devoción de las huacas y adoratorios* (Santa Cruz Pachacuti, 1927: 170).

Pero esa afirmación no es del todo cierta, pues en algún momento mostró el Inca dotes de guerrero, combatiendo con éxito a los sublevados Mascar y Condesuyos de Chumbivilcas, sometiendo luego Urcos y Quiquijana para aliarse a continuación con los curacas de Canas y Canchis tocando los límites del reino Colla. Con el paso de los años volvió a sus antiguas aficiones y con su inercia propició el alzamiento de los Ayarmacas. Cuenta Murúa que el Inca murió combatiéndolos, en los altos cercanos a Ocongate; luego, lo vengó el ejército, derrotando y exterminando a los sublevados.

Ciñó entonces la mascaypacha su hijo Yahuar Huacca quien adoptó el nombre de Titu Cusi Huallpa. Inca Roca lo había propuesto más por afecto que por méritos, apoyando el clero Hurin su candidatura considerándola inocua a sus intereses. Mayores virtudes había mostrado el príncipe Vica Quirao, notable guerrero, pero fue desplazado, como también el príncipe Pahuac Huallpa Mayta, quien debió terciar peligrosamente pues terminó asesinado.

Yahuar Huacca fue una suerte de rey-sacerdote, muy aficionado a las huacas. Le preocupó sobremanera lo religioso, presidiendo los cultos no sólo en el Cuzco sino también en algunas provincias.

La coyuntura fue aprovechada por los Chancas, que en este tiempo sometieron a los Quechuas de Andahuaylas, aliados de los Incas a quienes Yahuar Huacca no envió auxilio alguno, quedando el Aucapanamayo o Pachachaca como frontera entre ambos estados.

Se advirtió también la amenaza Colla por el sureste, ante lo cual Yahuar Huacca ordenó la concentración de un ejército en el Cuzco. En su apoyo acudieron tropas de las naciones sujetas y con ellas la de los Condesuyos, con un objetivo muy distinto: *estándose ya a partir, como hubiesen venido algunos capitanes del Condesuyo con gente de guerra, trataron entre sí de matar al Inca, porque si de aquella jornada salía con victoria quedaría tan estimado que a todos querría tener por vasallos y criados. Y así, dicen que estando el Inca en sus fiestas algo alegre con el mucho vino que bebían, allegó uno de los de la liga que habían tomado el partido ya dicho, y alzando el brazo descargó en golpe de bastón en la cabeza real; y que el Inca, turbado y con ánimo se levantó diciendo: ¿Qué hiciste traidor? Y ya los de Condesuyo habían hecho muchas muertes y el mismo Inca se pensó guarecer con irse al templo; mas fue en vano pensarlo pues alcanzado de sus enemigos le mataron, haciendo lo mismo de muchas de sus mujeres* (Cieza León, 1880:143 ).Pudo entonces ser tomado del Cuzco por los Condesuyos se volvieron a sus tierras, entendiendo posiblemente que el ejército incaico no tardaría en presentarse.

Producido el vacío del poder se intentó terminar con los reyes y crear un nuevo tipo de gobierno. Al respecto , es sumamente interesante una referencia de Herrera, quien siguiendo a Cieza anotó que *en medio de las diferencias no faltaron pareceres de que se dejase el gobierno de la monarquía y se rigiesen por algún número cierto de los más sabios hombres* (1945: 263). El efímero y desdichado rey Yahuar Huacca no tuvo solemne entierro; varias crónicas citan además que no dejó hijos varones en edad de gobernar. Lo cierto es que un Inca Roca, tal vez su hermano, asumió interinamente el gobierno, mientras los orejones Hurin y Hanan discutían la sucesión.

Los sacerdotes Hurin, en desventaja tras los últimos sucesos, presentaron la candidatura de un hermano de Yahuar Huacca llamado Cápac o Acapaco (este último nombre pudo ser una irreverente variante del primero, si nos atenemos a su significado), propuesta que no tuvo aprobación de los Hanan. *Estando de lo más enrevesada la disputa, una mujer de los Hanan demandó la elección de Viracocha* (Cieza de León, 1880: 145 ). Y pese a la oposición de los Hurin, Viracocha, probablemente hermano también de Yahuar Huacca, fue proclamado nuevo Inca con el nombre de Hatun Topa Yupanqui.

Viracocha prestó inmediata atención a los afanes militares, castigando primeramente a los rebeldes Condesuyos; luego, dejando en el gobierno del Cuzco al Hanan Inca Roca, marchó por Calca hacia Caitamarca, donde halló seria resistencia. Esta situación fue aprovechada por los Hurin, que no tardaron en sublevarse dando a entender que impugnaban la elección de Viracocha. Cieza relata *que como en la ciudad se contase la guerra que tenía con los Caitamarca, se levantó un tirano hermano de (Yahuar Huacca) el (Inca) pasado, el cual habiendo estado muy sentido porque el señorío y el mando de la ciudad se había dado a Viracocha y no a él, aguardaba tiempo oportuno para procurar de haber el señorío. Y este pensamiento tenía porque hallaba favor en alguno de los orejones y principales de los Hurin Cuzco y con la nueva de esta guerra que el Inca tenía barto que hacer en la fenecer, animaban a éste para que, sin más guardar, matase al que en la ciudad por gobernador había quedado, para se apoderar de ella* (1880: 153).

Parece ser que los sacerdotes del Sol tuvieron parte principal en la trama y que arteramente invitaron al gobernador y sus principales allegados a una celada que se les preparó en el Inticancha. Lo cierto es que allí se desató la rebelión, con una verdadera masacre: *los conjurados, en un día señalado, estando en el templo del Sol el gobernador que en el Cuzco (Viracocha) había dejado, le mataron, con otros muchos de su bando, con gran derramamiento de sangre* (Herrera, 1945: 264). En el afán de aniquilar a la panaka de Viracocha, puso Cápac especial empeño en matar a todas las mujeres del Inca, aunque varias de las principales se salvaron pues habían salido con él en campaña. Tuvo el rebelde la suficiente gente como para ocupar la ciudad sin resistencia, pero no pudo impedir que huyeran algunos Hanan para dar aviso a Viracocha. Por ello cuando quiso ceñir la mascaypacha lo abandonaron muchos de sus seguidores que más temor tuvieron a la segura venganza del Inca. Así desamparado, Cápac se suicidó tomando veneno, y lo mismo hicieron sus mujeres, hijos y otros parientes.

Lo primero que hizo el Inca llegando al Cuzco fue presentarse en el templo, donde para

entonces, posiblemente en el desesperado afán de mostrarse libre de culpa, el sumo sacerdote acababa de efectuar muy rigurosos castigos. No fue eso suficiente para Viracocha quien tras sumaria investigación ordenó la muerte de varios Hurin. Se fortaleció aún más su posición al recibir la solidaridad de varios señores provincianos que en tan difícil trance enviaron oportunas embajadas al Cuzco.

Superada la crisis Viracocha reemprendió sus afanes bélicos, partiendo a la conquista de los Collas. Dejó en el Cuzco por gobernador a su hijo Urco, proponiéndolo para la sucesión. Pero no hubo guerra porque los Collas, envueltos a la sazón en una contienda interna, prefirieron pactar alianza con sumisión antes que presentar resistencia armada de impredecible resultado. Viracocha no quiso pasar más allá de Chucuito y emprendió el retorno al Cuzco, donde durante su ausencia Urco había dado muestras de inepticia para el mando. Cieza lo recordaría como muy cobarde, lleno de vicios y con muy pocas virtudes, pese a lo cual Viracocha lo confirmó como principal candidato a la sucesión, con el apoyo, o bajo la presión, del clero conservador. A propósito, el anciano Inca permitió el resurgimiento de este estamento, pues según anotación de Murúa abundaron en su tiempo los pontífices, hechiceros y adivinos.

Se advertía a las claras cierta decadencia en la capa dirigente incaica, y ello debió llegar a conocimiento de los Chancas puesto que emprendieron entonces un arrollador avance desde Andahuaylas. Ni Viracocha ni Urco tuvieron capacidad de reacción, permitiendo que los Chancas cruzasen sin contratiempo el Apurímac instalándose en Vilcaonga. Aún más, se cuenta que ante el ultimátum de los jefes Chancas, y tras consultar con los sacerdotes, Viracocha y Urco decidieron la rendición del Cuzco, retirándose a Yucay con sus cortesanos. En la lucha por implantar la formación imperial andina poco faltó para que la historia registrase el advenimiento del imperio de los Chancas, mas cuando todo parecía encaminado en ese sentido, se produjo el derrocamiento de Viracocha por el ejército incaico, que decidido a resistir alzó como jefe supremo al príncipe Cusi Yupanqui, hijo menor de Viracocha.

Bien se conoce que Cusi, congregando en torno suyo lo más selecto de los orejones y captando asimismo el apoyo de los purur aucas -campesinos convertidos en guerreros- no sólo rechazó a los Chancas en las afueras del Cuzco, sino que los hizo huir hasta más allá de Andahuaylas, derrotándolos en varias batallas sucesivas hasta casi exterminarlos.

Nunca antes habían tenido los Incas victoria de tanta resonancia y por ello se entiende que de regreso al Cuzco Cusi gozase de un recibimiento apoteósico sin precedentes. Con indudable apoyo popular el ejército emergió como nuevo estamento dominante, exigiendo sus conductores la proclamación de Cusi como nuevo Inca. Solicitó el príncipe a su padre encabezar los festejos triunfales, lo que Viracocha aceptó casi como una humillación, pues quedó así sellado su derrocamiento. Ante la presión del ejército y el pueblo campesino se despojó públicamente de la mascaypacha, ciñéndola en las sienes de Cusi a quien proclamó Pachacuti Inca Yupanqui Cápac Intip Churin, nombre con el que quiso significar que lo reconocía como Hijo del Sol y Soberano Transformador, presagiando que con él empezaba un tiempo nuevo.

Interesa a nuestro trabajo señalar que con Pachacuti se inició realmente el predominio de los Hanan-Cuzco, que este Inca quiso simbolizar perpetuamente disponiendo que en sus honras fúnebres o purucaya, y en las de sus sucesores, tuviese lugar un acto ritual de especial significación. *Dejó ordenado, cuenta Betanzos, que saliesen dos escuadrones de gente, uno de Hanan-Cuzco, y otro de Hurin-Cuzco y que un escuadrón saliese por una parte de la plaza y el otro por la otra, y que batallasen y se mostrasen vencidos los de la gente de Hurin-Cuzco y vencedores los de Hanan-Cuzco significando las guerras que el señor tuvo en su vida* (Betanzos, 1987: 145).

A su muerte, su panaka asumió como deber fundamental el preservar la hegemonía de los Hanan, y consolidada esta dinastía en el poder, merced a la victoriosa expansión militar, la pugna política estallaría al interior de la misma enfrentándose las diversas panakas Hanan. Por un buen tiempo, los Hurin se mantendrían a la expectativa, aguardando ansiosamente el momento oportuno para volver

a la lucha por el poder. Diremos finalmente que hubo candidato Hurin para suceder a Pachacuti y ese fue Amaro Topa, quien pronto renunció a sus aspiraciones para dedicarse a tareas de índole agrícola. Es pertinente mencionar aquí que los Hurin estuvieron predestinados para servir en el templo o en el campo. Túpac Inca Yupanqui, el sucesor, hubo de sofocar alzamientos que se urdieron entre las *estopas de su casa*, según menciona Cabello Valboa (1951: 340). La cita podría dar a entender que su rival fue otro Hanan, pero figurando sacerdotes entre sus adversarios no podemos descartar cierta presencia Hurin. En la siguiente sucesión se dieron también disputas internas entre las panakas de Pachacuti y Túpac Inca Yupanqui, sin que esto niegue la probabilidad de una participación Hurin.

Recién gobernando Guayna Cápac, al asumir éste el control personal del clero solar, habría de hacerse notoria la renovada insurgencia Hurin. Como se sabe, el clero solar fue el único estamento en que los Hurin mantuvieron hasta entonces preeminencia. Perdiéndola, lo perdían todo, y en el afán de impedir la consumación de su tragedia fue que prepararon la rebelión de Huáscar.

### CAPITULO III

#### La panaka de Pachacuti

Ninguna historia de los Incas es valedera si obvia o soslaya el estudio de las panakas. Esta es una tarea difícil, porque los cronistas no entendieron su importancia y las citaron muy pocas veces. Tampoco los autores modernos se esmeraron por entenderlas, incurriendo en crasos errores. Y recientemente, al tornarse casi una obligación el mencionarlas, más de una vez se ha caído en las mayores confusiones.

Citemos un caso. Pocos han entendido el por qué los victoriosos atahualpistas, al entrar en el Cuzco, arrasaron con la panaka de Túpac Inca Yupanqui. Si los cronistas vieron en ello barbarie, la mayoría de los autores modernos habló del “odio de los quiteños hacia los cuzqueños”, creencia que continúa arraigada. Otros estudiosos han querido ver en el hecho cierta insurgencia clasista: militares de origen “plebeyo” ahogando su resentimiento social en la sangre de nobles orejones cuzqueños. Estas apreciaciones, a nuestro entender, carecen de sólido fundamento. Porque el exterminio de la panaka de Túpac Inca Yupanqui tuvo como causa su alineamiento con la rebelión de Huáscar, y por ende, su enfrentamiento con la panaka de Pachacuti cuyo predominio defendió Atahualpa.

Para mayor ilustración intentaremos historiar las relaciones que existieron entre esas dos principales panakas desde el tiempo de Pachacuti, haciendo la salvedad de que algunos de nuestros asertos se presentan como hipótesis factibles de ser confirmadas o corregidas con una mayor investigación. De cualquier forma, cada uno de ellos tiene sustento documental; por ejemplo, cuando llamamos pachacutinos, vale decir, miembros de la panaka de Pachacuti, a Yamque Yupanqui, Guaman o Apo Hilaquita, es porque las referencias dejadas por los cronistas u otros informantes tempranos nos permiten señalar dicha procedencia. Por otro lado, el historiador a veces debe inferir ciertos hechos por descarte. Así por ejemplo, si en las luchas de sucesión desatadas a la muerte de Túpac Inca Yupanqui, apoyaron a Guayna Cápac los hermanos de Mama Ocllo, integrantes de la panaka de Pachacuti, cabe pensar que su rival principal Cápac Guarí fue sostenido por otra panaka, y muy probablemente por la de Túpac Inca Yupanqui que era en ese tiempo la segunda en importancia.

Definimos panaka como el gran grupo familiar formado por todos los descendientes de un Inca. Podían pertenecer a ella miembros de varias generaciones, hijos, nietos, biznietos, etc. El hijo del Inca que lo sucedía en el poder automáticamente formaba una nueva panaka, lo cual no significaba necesariamente desligarse de sus panakas paterna y materna. Aclaremos esto trayendo a colación el caso de Guayna Cápac. Perteneció a la panaka de Túpac Inca Yupanqui, por ser hijo de éste. Asimismo a la panaka de Pachacuti pues su madre Mama Ocllo fue hija del primer emperador. Y al ceñirse la mascaypacha fundó su propia panaka. De manera tal que tuvo tres panakas, privilegiando a la materna, como se verá en esta historia.

Tuvieron panakas los Incas reyes y los Incas emperadores, siendo lógicamente más poderosas las

de estos últimos. Sin duda la más importante fue la de Pachacuti, tanto por su número cuanto por lo que significó ese gobernante. Las crónicas citaron a las panakas con nombres propios. Prescindimos de utilizarlos, pues no existe uniformidad en la información y, lo que es peor, se consignan similares nombres para panakas rivales. Expliquémonos: por datos de Murúa, Cobo, Acosta y el Palentino, creíamos que la panaka de Túpac Inca Yupanqui había sido el Cápac Ayllu; pero la versión pachacutina recogida por Betanzos corrigió esa generalizada creencia: *Los descendientes de este Inca Yupanqui* -escribió refiriéndose a Pachacuti- *llamaron desde entonces hasta hoy Cápac Ayllu Inca Yupanqui Haguaymin, que dice linaje de reyes descendientes y nietos de Inca Yupanqui, y éstos son los más sublimados y tenidos en más entre los del Cuzco que de otro linaje ninguno* (1987: 150). De modo que para no ahondar la confusión nos referiremos a las panakas dándoles los nombres de sus fundadores.

Aunque sin certeza absoluta, puede sostenerse que las panakas fueron endogámicas. Procediendo sus integrantes de una misma panaka por ascendencia paterna y materna fortalecerían sus vínculos. Los jefes de la panaka de Pachacuti, por lo menos, respetaron tal norma. Pero el Inca, como fundador de un nuevo linaje, tomaba mujeres de diversas panakas. Y teniendo todos los hijos procreados en esas uniones el derecho de disputar la sucesión, se identificaban para el efecto con la panaka materna. Cada panaka promovía así candidaturas, apoyando a príncipes provenientes de su seno o a los de otra panaka con la que se aliaban. Finalmente, el Inca proponía por sucesor al hijo que consideraba más apto para gobernar y engrandecer el dominio, preferencia que tenía que ser ratificada por todas las panakas. La sucesión, en consecuencia, originó constantes pugnas, recelos, intrigas, conspiraciones, regicidios, rebeliones y, finalmente, la guerra entre panakas.

En las postrimerías del incario, relegados del poder los Hurin Cuzco, la pugna se dio entre las propias panakas Hanan Cuzco. Empero, alguna variante produjo Huáscar, quien al usurpar el trono renegó de su origen Hanan proclamando la restauración de los Hurin, pese a lo cual mantuvo el apoyo de la panaka de Túpac Inca Yupanqui.

Conviene precisar con rotundidad que no pertenecieron a las panakas aquellos hijos -a veces cientos- habidos por los Incas en princesas provincianas u otras mujeres ajenas a la élite de los orejones cuzqueños; en consecuencia, carecían de derecho para pretender sucederlo. Al parecer, ese orden sería trastornado con la presencia española; no sabemos con absoluta certeza si Manco Inca fue hijo de una princesa cuzqueña, pero definitivamente su rival principal, Paullo Topa, fue procreado por Guayna Cápac en una noble provinciana. Por tanto, la guerra entre panakas no se habría prolongado más allá de la que enfrentó a Huáscar con Atahualpa, emergiendo luego la contradicción entre príncipes orejones cuzqueños y príncipes de madre provinciana, tema aún no estudiado.

Pretendemos demostrar que todos los Incas emperadores pertenecieron por nacimiento a la panaka de Pachacuti. Demostraremos asimismo que todos los principales miembros de esa panaka tuvieron un rol prominente en el gobierno del imperio. El derecho de co-gobernar, o de ser los segundos en el mando, instaurado por Pachacuti, les fue reconocido por Túpac Inca Yupanqui, Guayna Cápac y Atahualpa, no ocurriendo lo mismo con Huáscar a quien nunca aceptaron como Inca.

La panaka de Pachacuti asumió el importante rol de velar por la preponderancia de los Hanan Cuzco en el poder. De allí que Huáscar, no encontrando apoyo en ella, proclamase la restauración de los Hurin Cuzco al desatar la guerra civil. Entre los pachacutinos, además de la ambición de poder, existió la acendrada convicción de que estaban obligados a guardar el orden del estado, sosteniendo a quienes consideraban más aptos para dirigirlo.

Creó Pachacuti una panaka absolutamente cerrada. Para pertenecer a ella había que ser noble de sangre cuzqueña por ascendencia paterna y materna. Desligó de su panaka a aquellas de sus hijas que, en el afán de cimentar alianzas, entregó como esposas a varios señores provincianos. Y dio a los pachacutinos un distintivo especial, para diferenciarlos de los demás nobles: *ordenó y mandó que los de su linaje y descendientes (fuesen) propiamente orejones de padre y de madre de dentro de la ciudad del Cuzco y mandó que trajesen una o dos plumas de balcón por señal en la cabeza para que fuesen conocidos y temidos y acatados por toda la tierra, y que si otra cualquiera persona se lo pusiese la tal pluma o señal, aunque fuese del Cuzco y de los más principales,*



*muriese por ello* (Betanzos 1987: 110). Clara señal de que predestinaba a su panaka para una posición preeminente.

Primer jefe de esa panaka fue Yamque Yupanqui, hijo mayor de Pachacuti. Recibió ese nombre en recuerdo del curaca collavino Yamque Pachacuti, destacado lugarteniente del príncipe Cusi en la guerra contra los Chancas y la lucha contra Urco, el príncipe rival al que habría dado muerte. El cronista Joan Santa Cruz Pachacuti Yamque Salcamaygua, conforme lo acreditan sus apellidos y su procedencia collavina, debió estar emparentado con aquel curaca; se entiende así que exagerase al honrarlo, cuando señaló que el príncipe Cusi adoptó el nombre Pachacuti como una muestra de gratitud hacia su lugarteniente. Más factible es que el Inca testimoniara ese reconocimiento dando el nombre de Yamque a su primogénito (Santa Cruz Pachacuti, 1927: 180).

A propósito, mucho se ha discutido y se discute sobre el origen y etimología del nombre Pachacuti. Creemos que dio a entender algo nuevo, que rompía con un tiempo y lo transformaba. Y es muy probable, como se lee en Betanzos, que fuera el Inca Viracocha quien nombrase así a su hijo Cusi, al cederle la mascaypacha tras el triunfo sobre los Chancas (1987: 83). Bien se sabe que con apoyo de la facción militar Cusi se hizo del poder, destronando a Viracocha y desconociendo a Urco, príncipe anteriormente propuesto para la sucesión. Emergió considerándose el más apto para dirigir el estado y anunció una era de transformaciones, desplazando el ejército al clero como facción dominante. Viracocha atestiguó el inicio del tiempo nuevo y viéndose obligado a abdicar dio a Cusi el nombre de Pachacuti Inca Yupanqui Cápac Intip Churín, vale decir, Soberano Transformador del Mundo y Poderoso Hijo del Sol.

Volviendo a Yamque Yupanqui diremos que destacó como excelente guerrero, hábil político y sabio administrador, mereciendo que su padre lo propusiera para la sucesión: *era a quien él más quería - dice la crónica- y en quien pensaba dejar el lugar de su persona después de sus días* (Betanzos, 1987: 123). Fue Yamque quien adiestró a sus hermanos menores en la guerra y en el gobierno, muy especialmente a Túpac Yupanqui, con quien hizo las prolongadas campañas del norte. Tales fueron sus méritos que regresando de una de esas campañas triunfales, Pachacuti tuvo a bien reconocerlo como Inca co-reinante, ciñéndole la mascaypacha: *tomando Inca Yupanqui la borla que tenía encima de su cabeza, púsola a su hijo encima de la suya y luego mandó a los señores que allí presentes estaban que le obedeciesen y acatasen como a su tal Cápac y señor que era, y que luego diesen orden para hacer las fiestas y sacrificios y ayunos y ceremonias que ellos en tal caso solían hacer, lo cual se había de hacer después de hechos los sacrificios y ceremonias que del triunfo* (sobre los Cañaris) *con que así sus hijos entraban, se hiciese, y luego esto proveído, los señores del Cuzco y los demás hermanos de Yamque Yupanqui le dieron obediencia como a tal Cápac y nuevo señor, y esto así hecho luego le fue traída otra borla y atadura de cabeza a Inca Yupanqui* (Betanzos, 1987: 126). Las últimas palabras de la cita dan a entender claramente que Pachacuti no renunció al poder, sino que instauró con Yamque la figura del co-reinado.

## CAPITULO IV

### Túpac Inca Yupanqui y los rebeldes yanayacos

Tras unos años de gobierno en el Cuzco Yamque reemprendió las campañas de expansión en el norte, llevando consigo a Túpac Yupanqui. Fue éste uno de los hijos menores de Pachacuti, pues Yamque lo superaba largamente en edad, otorgándole un trato casi paternal. Esto quedaría patentizado cuando Yamque escogió para esposa principal de Túpac Inca a la princesa Mama Ocllo, hermana de ambos y la hija menor y más querida del ya anciano Pachacuti. Conviene aquí anotar que el hecho de escoger a la piuguarmi o esposa principal no siempre significaba un matrimonio a breve plazo, pues la prometida podía ser una niña e incluso una recién nacida, como ocurrió con la princesa Cusi Rimay predestinada desde su nacimiento para ser la piuguarmi de Atahualpa (Betanzos, 1987: 198).

Batallaba Yamque en el norte cuando recibió mensaje urgente de Pachacuti, quien creyéndose próximo a morir lo llamó a su lado. Llegado al Cuzco, Yamque halló aún lúcido a su padre, preocupado

por lo que pudiese sobrevenir a su muerte. Aunque naciente, el imperio era ya extenso, y Pachacuti consideró de necesidad ejercer un gobierno vertical y severo. Yamque compartió ese parecer y sugirió que se escogiese un joven sucesor, pues él no se creía con las fuerzas suficientes para jefaturar el estado. Pachacuti tendría a la sazón más de setenta años de edad y su hijo mayor posiblemente pasaba los cincuenta. Respondió el Inca que en tal caso escogía al hijo de Yamque Yupanqui, que llevaba este mismo nombre. Ajeno a toda ambición, el co-reinante no consintió en ello, y propuso más bien a Túpac Yupanqui, señalando que era quien reunía los mayores méritos. Pachacuti estuvo de acuerdo y el joven príncipe, que había quedado en Tumipampa, fue convocado al Cuzco.

Yamque efectuó los preparativos para el reconocimiento del sucesor y poco después presidió el solemne acontecimiento. En presencia de Pachacuti, *tomó la borla que el mismo traía sobre la cabeza y púsosela a Túpac Inca Yupanqui encima de la suya, y mandó poner la silla de Túpac Inca junto a la de su padre* (Betanzos, 1987: 132). Luego, hizo jurar al nuevo Inca que sería obediente al dios Sol y que no pondría sujeción sobre los orejones cuzqueños, oficializando a continuación su matrimonio con Mama Ocllo. Finalmente, a la cabeza de los demás orejones, presentó al nuevo Inca respetuoso acatamiento.

Ya en agonía solicitó Pachacuti la ratificación de Túpac Inca Yupanqui por todas las panakas. Fue tal el cariño que tuvo siempre a su hijo mayor, que en su momento postrero lo autorizó incluso para desconocer la designación y proclamarse nuevo emperador, si lo juzgaba conveniente. Pero Yamque no varió de parecer y muerto su padre ratificó públicamente la elección de Túpac Inca Yupanqui, sin hallar visible oposición.

Con el consentimiento del nuevo Inca, Yamque retuvo sin embargo su calidad de co-reinante, acatando así la última voluntad de su padre, quien *le encomendó el gobierno de todo el reino mientras viviese, pues su hijo Túpac Inca Yupanqui siempre habría de andar en las guerras* (Betanzos, 1987: 137). Conforme a esa preminencia, le correspondió presidir las celebraciones por los triunfos militares, pisando los despojos de las naciones vencidas. Designó también gobernadores de regiones y provincias, y en fin, *administró con sabiduría el estado, entendiéndolo en bien y sustentación de su pueblo* (Betanzos, 1987: 137).

Unos cuantos años sobrevivió Yamque a su padre. Sintiendo enfermo, mientras Túpac Inca guerrearaba en Chile, escogió a Sopono Yupanqui, miembro de la panaka pachacutina, para que gobernase interinamente en el Cuzco. E hizo llamar a Túpac Inca, en previsión de cualquier contingencia. Volvía triunfante el emperador cuando en Muina, a pocas leguas de la capital, fue informado por un chasqui que Yamque Yupanqui había expirado. Relata la crónica que Túpac Inca lloró mucho la muerte de su fidelísimo hermano y que en señal de póstumo homenaje se quitó la mascaypacha, pintándose la cara y vistiéndose de luto, para ingresar al Cuzco entre plañideros cantares.

Tuvo Yamque un entierro similar al de Pachacuti y se le erigió una estatua sobre la cual Túpac Inca colocó una mascaypacha honrándolo cual si hubiese sido emperador. Pero Yamque no llegó a ser Sápac Inca o Único Señor, ya que por propia voluntad sólo quiso ser co-reinante. Por tanto, no fundó nueva panaka y sus descendientes pertenecieron a la panaka de Pachacuti, sucediéndolo como príncipe de la misma el todavía niño Yamque Yupanqui, su hijo predilecto.

Parece ser que desaparecido el co-reinante, Túpac Inca Yupanqui comenzó a distanciarse de la panaka de Pachacuti, estableciendo alianza con otras panakas y fortaleciendo la suya propia. Como quiera que fuese, lo cierto es que se produjeron hasta dos serias conspiraciones de orejones cuzqueños en su contra.

Refiere Cieza que estando el Inca en Tumipampa, donde nació Guayna Cápac, hijo suyo en la colla pachacutina Mama Ocllo, *vino nueva de cierto alboroto que había en el Cuzco entre los mismos orejones, y causó alguna alteración, recelándose de novedades; mas seguído, vino otra nueva cómo estaba llano y asentado y se habían hecho por el gobernador de la ciudad castigos grandes en los que habían causado el alboroto* (1880: 213). Cabello Valboa consignó similar información: *sucedíole a Túpac Inca Yupanqui un disgusto y contraste que si con el tiempo no se atajara, pusiera por tierra su vida e imperio; ésta fue una secreta rebelión que se encendía entre las mismas estopas de su casa* (1951: 340). Sólo esta última referencia, el que los conspiradores pertenecieran a **su casa**, puede llevarnos a suponer que fueran pachacutimos, especulación que bien podría explicarnos el origen del

distanciamiento creciente entre las panakas de Pachacuti y Túpac Inca Yupanqui.

Mucho más grave fue la conspiración que jefaturó tiempo después Topa Cápac, hermano del Inca y por tanto miembro de la panaka pachacutina. Cuenta Cabello Valboa que Túpac Inca Yupanqui se hallaba en Pacaretampu, presidiendo las fiestas que se celebraban en honor de Topa Ayar Manco, un hijo suyo que adquiriría la mayoría de edad, cuando fue sorprendido con la nueva de que su hermano Topa Cápac *se determinaba alzar en el Cuzco durante aquella ausencia que de él hacía* (1951: 346). Sin dilación y en el mayor secreto, volvió el Inca a la capital informándose en detalle de la trama. Además de Topa Cápac, en el proyecto sedicioso estaban involucrados varios orejones importantes. La situación era gravísima y el Inca ordenó la inmediata captura de los conspiradores.

Topa Cápac había destacado por sus dotes como buen administrador en los asuntos de estado; gozaba del favor de la coya Mama Ocllo y acababa de supervisar la visita general del imperio. En el desarrollo de esta tarea pudo captar pareceres que lo llevarían a proyectar la rebelión contra el Inca. Incluso, captó adherentes entre los señores provincianos, prometiéndoles un mejor trato en caso de triunfar. Esto es lo que relata Cabello Valboa, añadiendo que siete mil partidarios de Topa Cápac convergieron en un lugar cercano al Cuzco (1951: 347).

Pero pudo también suceder que enemigos inventasen esa trama para desgraciar a Topa Cápac, mencionando que en el Cuzco se hacía tratar *con mucha pompa y majestad, y como no puede permanecer el secreto del que muchos participan, sucedió que estando Túpac Inca en una fiesta en el pueblo de Pacaretampu, le fue dicho en puridad cómo su hermano Topa Cápac se determina alzar* (Cabello Valboa, 1951: 346).

Sea como fuere, ordenó el Inca una cruel represión, y Topa Cápac fue decapitado junto con sus consejeros y principales seguidores. Refiere Sarmiento que la sangre corrió a raudales, pues los ejecutados sobrepasaron el millar, incluidos varios sacerdotes; y que otros seis mil salvaron de morir sólo por súplicas de Mama Ocllo, condenándoseles a esclavitud perpetua en los latifundios que el Inca había empezado a repartir entre sus favoritos; a dichos esclavos se les llamó yanayacos, en recuerdo del lugar (Río Negro) donde se les concedió perdón (1942: 133).

Aun concediendo que Topa Cápac perteneciese a la panaka de Pachacuti, nada indica que ésta, en bloque, participase del proyecto sedicioso. Debió involucrarse sólo un grupo, aquel por cuyo perdón abogó la coya Mama Ocllo, conjuntamente con orejones de otras panakas y señores provincianos en mayor número. Los siete mil conspiradores de que hablaron las crónicas, seguramente fueron guerreros convocados por aquéllos.

## CAPITULO V

### Entronización de Guayna Cápac y rebeliones de Cápac Guari y Apo Gualpaya

El distanciamiento de Túpac Inca Yupanqui con la panaka de Pachacuti hizo que en sus años postreros se opusiese a la candidatura de Guayna Cápac para la sucesión. Recuérdese que este príncipe era pachacutino por ascendencia materna, ya que su madre la coya Mama Ocllo fue hija del primer emperador. Era ya anciano Túpac Inca Yupanqui cuando cobró afición por Chiqui Ocllo, quien le dio por hijo a Cápac Guari, al que señaló como pretendiente principal a la sucesión. No hay datos para precisar a qué panaka perteneció Chiqui Ocllo, pero cabe suponer que no fue la pachacutina. Es muy probable que captase el apoyo de otros hijos de Túpac Inca Yupanqui, lo que equivale a sospechar que obtuvo la adhesión de la panaka por éste fundada.

Bajo la jefatura del príncipe Yamque Yupanqui, la panaka de Pachacuti luchó tercamente por la candidatura de Guayna Cápac a la sucesión, presionando a tal extremo que Túpac Inca Yupanqui corrigió su primer parecer, desconociendo a Cápac Guari. No sabemos si lo hizo de grado o por la fuerza. Lo cierto es que estando en Chinchero, *aquejado de grave dolencia que parecióle que le llegaba el fin de sus días... mandó que se juntasen los señores del Cuzco allí do estaba, porque con ellos quería consultar y dar orden en las cosas de su reino... Y luego mandó que su hijo Guayna Cápac y su sobrino Yamque Yupanqui fuesen allí traídos, y*

*pareciendo ante él mandó que le trajesen allí la borla del estado y dióla a su sobrino Yamque Yupanqui, para que por su mano la pusiese en la cabeza a su hijo Guayna Cápac y le nombrase Solo Rey, y luego el muchacho Yamque Yupanqui, primo hermano de Guayna Cápac, tomó la borla en sus manos y púsola en la cabeza del nuevo señor Guayna Cápac, nombrándole Sápac Inca* (Betanzos, 1987: 175).

Ocurrió luego la muerte de Túpac Inca Yupanqui, a lo que parece envenenado. El regicidio pudo haber sido perpetrado por Chiqui Ocllo, dolido por la marginación de su hijo, o por los partidarios de Guayna Cápac, para impedir que el Inca variase su decisión. De una u otra forma, lo cierto es que no tardó en desatarse la lucha por el poder, ya que varias panakas se resistieron a aceptar la elección de Guayna Cápac. Dice Cieza que *no dejó de haber alguna turbación entre los mismos orejones, porque algunos hijos de Túpac Inca habidos en otras mujeres que la coya, quisieron ponerse a pretender la dignidad real* (1880: 232).

De esos varios príncipes opositores fue Cápac Guari el único nombrado por las crónicas, que, sin embargo, no dejaron referencia ninguna sobre su panaka materna. Es probable que perteneciese a una de los Hurin Cuzco. Un indicio para suponer ello es el hecho de que Guayna Cápac pactase alianzas con otras panakas Hanan Cuzco en el afán de estabilizarse. Tomó por esposa a Cusi Rimay, princesa de la panaka de Túpac Inca Yupanqui; y reconoció como Sumo Sacerdote a Apo Challo Yupanqui, de la panaka de Viracocha. Y otro indicio lo tenemos en el rigor con que luego trató a los Hurin Cuzco, despojándolos de su último reducto de poder, esto es, la conducción del siempre influyente clero solar, que Guayna Cápac tomaría para sí.

Pero no se descarta que Cápac Guari captase el apoyo de la panaka de Túpac Inca Yupanqui, o por lo menos su neutralidad; porque la contradicción entre las principales panakas Hanan Cuzco estaba ya en pleno desarrollo.

Como quiera que fuese, el apoyo visible a Cápac Guari provino de su panaka materna, no precisamente encabezada por su madre, la princesa Chiqui Ocllo, sino por Curi Ocllo, otra princesa que también había sido mujer del extinto emperador. Refiere Sarmiento *que Curi Ocllo, parienta de Cápac Guari, luego que llegó al Cuzco* (procedente de Chinchero), *habló con sus parientes y (con los) de Cápac Guari, y les dijo: ¡Señores y parientes: Sabed que Túpac Inca es muerto (y) de que cómo antes en salud había nombrado por su hijo heredero a Cápac Guari; mas al fin, estando a la muerte, dijo que le sucediese (Guayna Cápac), hijo de Mama Ocllo. No lo debéis consentir ni pasar por ello. Antes llamad a todos vuestros deudos y amigos y nombrad por Inca a Cápac Guari, vuestro hermano mayor, hijo de Chiqui Ocllo* (1942: 139).

No todos los escuchas de Curi Ocllo aprobaron el alzamiento. Hubo sin duda delaciones, pues los pachacutinos fueron puestos en alerta. Mama Ocllo, la reina madre, denunció a Chiqui Ocllo como envenenadora de Túpac Inca Yupanqui, conteniendo con esa grave acusación las adhesiones que tal vez hubiese captado Cápac Guari. No obstante, persistió éste en su rebeldía, reuniéndose con sus partidarios en las afueras del Cuzco. Allí lo derrotaron tropas pachacutinas que condujo Guaman Achachi. Epílogo del alzamiento fue la ejecución de Chiqui Ocllo y Curi Ocllo, encerrándose a Cápac Guari de por vida, en Chinchero. Correlato de la severa represión fue el reconocimiento del nuevo emperador por todas las panakas. Y en medio de grandes fiestas Guayna Cápac ciñó la mascaypacha, adoptando el nombre de Titu Cusi Guallpa.

En su objetivo de congraciarse con las demás panakas, los pachacutinos consintieron el nombramiento de un personaje ajeno a su linaje en el importante cargo de gobernador del Cuzco. Dicho personaje fue Apu Guallpaya, cuya parentela no se menciona en las crónicas, aunque es factible deducir que no perteneció a la panaka de Túpac Inca Yupanqui. Todo indica que Apu Guallpaya supo congraciarse con varias panakas, pues sólo así se entiende que pronto se considerase lo suficientemente fuerte como para disputar el poder. No teniendo aún Guayna Cápac edad suficiente para dirigir las riendas del estado, Apu Guallpaya encontró oportunidad de encumbrarse, desde su posición de Inca Raptin o regente. Su conspiración fue consignada en las crónicas de Murúa, Santa Cruz Pachacuti, Cabello Valboa, Cieza y Cobo; pero no en la versión pachacutina de Betanzos.

Teniendo en mente entronizar a un hijo suyo, Apu Guallpaya proyectó desatar la rebelión con la muerte del Inca. Logró el apoyo de varios gobernantes de provincias, ofreciendo grandes recompensas.

Es posible que esos gobernadores rebeldes fuesen príncipes de madre provinciana, sector que había entrado en contradicción con los príncipes de las panakas. Sea como fuere, en un lugar cercano a la capital se acopió una considerable cantidad de armas, que ocultas en cestos de coca y ají afluyeron desde diversas regiones. De alguna forma, ello fue descubierto por Guaman Achachi, a la sazón gobernador del Chinchaysuyo, quien de inmediato convocó a los pachacutinos en el palacio de Cuyos Manco, donde se tomaron acuerdos para hacer frente al peligro.

Varios portadores de cestos fueron detenidos confirmándose la trama; y sometidos a tormento denunciaron a los conspiradores, que de inmediato fueron puestos en prisión. Pero Apu Guallpaya pudo escapar, y seguido de un buen grupo de partidarios tomó la ruta de Quispicancha, decidido a ultimar al Inca que allí descansaba. Este fue prevenido a tiempo por un chasqui y carente de medios de defensa optó por huir utilizando pasajes secretos. Entre tanto, Guaman Achachi había salido en pos de los rebeldes con escogidas tropas, produciéndose el encuentro en Quispicancha. Obtuvo el pachacutino un triunfo completo, cogiendo a muchos prisioneros, entre ellos Apu Guallpaya.

En el Cuzco, la panaka de Pachacuti decidió entonces ejercer un mayor control del poder y Guayna Cápac asumió personalmente el gobierno tomando por consejero a su hermano Auqui Toma Inca, hijo también de Mama Ocllo y por tanto pachacutino (Sarmiento, 1942:141). Era imperativo proceder a un castigo ejemplar que escarmentara a los opositores y el Inca ordenó el ajusticiamiento de Apu Guallpaya, su hijo y de todos los orejones y gobernadores de provincias involucrados en el alzamiento. Dispuso además que se efectuaran prolijas investigaciones en todo el imperio, para así poner coto a los brotes conspirativos. Los rebeldes de segundo orden, finalmente, fueron condenados a esclavitud perpetua, incrementando el número de yanayacos.

Actuando severamente, los pachacutinos lograron estabilizar el gobierno, sucediéndose un período de tranquilidad durante el cual pudo ya pensarse en consolidar y proseguir las conquistas.

## CAPITULO VI

### **Efímera alianza entre los Hanan**

Esgrimiendo razones de estado, los pachacutinos celebraron alianza con la panaka de Túpac Inca Yupanqui, uniéndose así las dos principales familias de orejones. Para sellar esa alianza, Guayna Cápac tomó por mujer principal a Cusi Rimay, integrante de la panaka de Túpac Inca Yupanqui. Inferimos esto último de los datos consignados por Santa Cruz Pachacuti: *Dicen que el Guayna Cápac sale de la casa de Pachacuti Inca Yupanqui, su abuelo, acompañado de los grandes y apocuracas del Collasuyo, y de sus consejeros; y la infanta Cusi Rimay sale de la casa y palacio de Túpac Inca Yupanqui, acompañada de los grandes apocuracas del Chinchaysuyo, Contisuyo y Antisuyo, con todos los auquiconas orejones por su orden* (1927: 205).

Presidió la ceremonia Apo Chalco Yupanqui, miembro de la panaka de Viracocha, lo cual - como ya dijimos- parece indicar que la alianza se quiso hacer efectiva a todas las panakas Hanan Cuzco. Este dato nos señala asimismo, que los Hurin Cuzco habían ya perdido la dirección del clero, pues Apo Chalco Yupanqui era el sumo sacerdote. Pero no lo sería por mucho tiempo, ya que Guayna Cápac - según detallaremos más adelante- no tardó en tomar para su panaka el control de todo el poder, incluido el religioso.

Varios años permaneció el Inca en el Cuzco, pese a su anhelo de emprender personalmente las guerras de conquista y visitar Tumipampa, su tierra natal. Respetó así una especial solicitud de su madre, quien le rogó *no fuese a Quito ni a Chile hasta que ella fuese muerta* (Cieza, 1880: 234).

Efectuó en ese tiempo obras de carácter administrativo, buscando la adhesión de todas las panakas, cada una de las cuales visitó otorgando dones, entre ellos la cesión de tierras acrecentando la propiedad privada. Se advertía así una marcada evolución hacia el esclavismo de tipo clásico. Privilegió sobre todas a la panaka de Pachacuti y honró con solemnidad la momia de Yamque Yupanqui.

Había regresado al Cuzco tras una visita al Collao cuando halló a su madre gravemente enferma,

y ya no se apartó de ella hasta que la vio morir. Relata la crónica *que fue entonces tanta su pena que nunca salió de su aposento en un mes, llorando él aumentando el amor que a su madre tenía* (Betanzos, 1987: 189). *Dispuso luego que por chasquis y postas se avisase a todas las provincias de su reino cómo su madre era muerta, para que en todas partes la llorasen e hiciesen exequias. Los llantos que hubo en la corte fueron extraordinarios y lastimosos, y duraron más tiempo con más solemnidad* (Cobo, 1956: 206).

Reunido el Inca con los miembros de su panaka anunció su decisión de marchar personalmente en busca de ají y coca para las honras fúnebres o purucaya de su madre que deberían celebrarse al cabo de un año. No sólo se trataba de conseguir esas especies que tenían singular simbolismo en la purucaya, sino de obtenerlas con esfuerzo; por eso Guayna Cápac anunció que las cogería en tierra de los Chachapoyas, cuya conquista no estaba aún consolidada.

Al momento de partir encargó el gobierno a su primo Yamque Yupanqui, príncipe de la panaka de Pachacuti, y para secundarlo a su tío Apo Hilaquita y a su hermano Topa Inca, miembros también de ese linaje.

La campaña en tierra de los Chachapoyas duró tres años. No obstante la demora, presidió el Inca en el Cuzco la purucaya de Mama Ocllo, que duró dos meses, al cabo de los cuales recién tuvo a bien despojarse de las insignias de luto.

Cimentó luego su relación con los pachacutinos, reconociendo a Yamque Yupanqui como el segundo en el mando o co-reinante, Provocó con ello los celos de la panaka de Túpac Inca Yupanqui, cuyos integrantes se habían esperanzado en que un hijo de la coya los llevase a la cumbre del poder. Pero Cusi Rimay habría de morir sin dejar hijo varón ninguno (Murúa, 1962: 80). Esta frustración tornó otra vez tirantes las relaciones entre ambas panakas, y estalló finalmente la crisis al privilegiar el Inca a Atahuallpa, hijo que tuvo en una princesa pachacutina.

## CAPÍTULO VII

### Atahuallpa, el escogido

Tuvo Guayna Cápac numerosos hijos en otras tantas mujeres de diversa procedencia -los cronistas hablaron de varios cientos-, destacando el hecho de que celebrara con especial regocijo el nacimiento de Atahuallpa, acontecido en el Cuzco hacia el año 1500.

Es posible que así ocurriese porque lo engendró la princesa cuzqueña Palla Coca, integrante de la panaka de Pachacuti, parentesco que desde un principio le dio calidad de primer candidato a la sucesión, puesto que con él podía preservarse en el imperio el predominio Hanan pachacutino. El tiempo, empero, se encargaría de señalar si el príncipe mostraba las aptitudes necesarias para que se confirmase tal preferencia.

Cuenta Betanzos que regresando Guayna Cápac al Cuzco, tras una visita a los contornos, *halló nacido a Atahuallpa su hijo, del cual nacimiento se holgó mucho, e hizo una fiesta solemne a ese nacimiento: y después que hubo cumplido un año Atahuallpa, ordenó su padre que le trasquilasen, porque hiciesen los señores del Cuzco la fiesta y ofrecimiento que en la cual trasquila era su usanza y costumbre de hacer al tal nacido, y así le trasquilaron y le hicieron una fiesta solemne, y todos los señores y señoras del Cuzco ofrecieron sus dones. En esta trasquila le puso su padre por nombre Atahuallpa, porque habrán de saber que tienen de costumbre que cuando les nace algún hijo, desde a cuatro días que nacen hacen (una fiesta) en la cual le trasquilan, y en aquella trasquila le ofrecen sus dandos, así de padre como de madre, y otros señores y señoras que a aquella fiesta vienen, grandes joyas de oro y plata; y cada cual le ofrece según su posibilidad, y en esta fiesta le ponen un nombre el cual se nombra mientras es muchacho, y siendo grande y de edad para se ordenar; ordenánle con sus ceremonias ya dichas, horádanle las orejas y allí le ponen el nombre que ha de tener; por donde es conocido de qué linaje es si es del Cuzco, y así se hizo esa fiesta a Atahuallpa* (1987: 191).

No se saludó con tanto júbilo el nacimiento de Huáscar, que tuvo lugar cuatro años después en Muina, pueblo situado a cuatro leguas del Cuzco, seguramente porque él tuvo por madre a la princesa cuzqueña Rahua Ocllo, integrante de la panaka de Túpac Inca Yupanqui, según la mayoría de cronistas,

y de algún modo emparentada con los Hurin Cuzco, a decir de Betanzos. Como la coya Mama Cusi Rimay no concibiese hijo varón, el candidato de esta panaka para la sucesión sería lógicamente Huáscar.

Otro testimonio de la estrecha relación que existió entre Guayna Cápac y la panaka de Pachacuti fue el gran festejo que motivó el nacimiento de Cusi Yupanqui, hijo del príncipe Yamque Yupanqui, a la sazón jefe de esa panaka y segundo en el mando del imperio, como ya dijéramos, y de la princesa Tocto Coca, a la que algunos cronistas citaron como madre de Atahuallpa cuando en realidad fue hermana de aquella. Enterado el Inca del suceso *ordenó que el niño y su madre fuesen encerrados cuatro días sin ver el sol, al cabo de los cuales, acompañado de Yamque Yupanqui y de todos los principales orejones, se presentó en la plaza principal para iniciar las fiestas en su honor, que duraron diez días seguidos, al cual niño en estas fiestas hizo Guayna Cápac grandes mercedes como a su sobrino; y al año cumplido de su nacimiento, llegado el día de su trasquila, Guayna Cápac y los demás señores le hicieron gran fiesta y le trasquilaron... y levantóse Guayna Cápac y fuese para el niño, y tomando el cuchillo cortóle una vedeja de cabellos con él, y como ésto hubiese hecho, ofrecióle allí al niño cierta joya de oro e hizole merced que tuviese cargo del ídolo de las batallas, que era cargo que él mismo tenía en sí, al cual ídolo le llaman Ccacha, y asimismo mandó que le llamasen a este muchacho, así allí como cuando le hiciesen orejón, Cusi Yupanqui. El Yupanqui es apellido de Inca Yupanqui, su bisabuelo de este muchacho; el Cusi dice ventura. Y todo ello quiere decir Ventura Yupanqui; y asimismo hicieron los demás señores y señoras, y dándole y ofreciéndole sus dones, y así le trasquilaron del todo en la manera que ya habéis oído y esto hecho fue la fiesta acabada* (Betanzos, 1987: 195).

Cusi Yupanqui habría de ser el segundo en el mando, o co-reinante, de Atahuallpa, así como Yamque Yupanqui II lo fue de Guayna Cápac y Yamque Yupanqui I de Pachacuti y Túpac Inca Yupanqui. El haberle dado en custodia el ídolo Ccacha tuvo especial significación, pues lo predestinaba para ser jefe militar. Y así sucedería en efecto, ya que Atahuallpa lo nombraría comandante general del ejército a poco de proclamarse Inca tomando el nombre del ídolo guerrero y del fundador de la panaka: *Ccacha Pachacuti Inca Yupanqui* (Betanzos, 1987: 221).

Similar trascendencia tuvo el nacimiento algún tiempo más tarde de la princesa Cusi Rimay, hija también de Yamque Yupanqui y Tocto Coca. Fue Guayna Cápac quien, tal vez por honrarla, le dio ese nombre, que era el mismo de la coya, destinándola para que llegado el momento se convirtiese en piuguarmi de Atahuallpa. Quiso significar con esto que proponía desde ya a Atahuallpa para la sucesión, pues sólo a un futuro Inca podía señalársele así mujer principal. Y el hecho de que la escogida fuese pachacutina, por ascendencia paterna y materna, dice a las claras que Guayna Cápac abrigó el ferviente anhelo de preservar en el poder de la panaka de Pachacuti.

Cuenta la crónica que el Inca hizo una gran fiesta inicial a los cuatro días de nacida la princesa, y luego, *al año cumplido del nacimiento de ella, Guayna Cápac y los demás señores y señoras le hicieron la gran fiesta y trasquilaronla y ofrecieronle sus dones, y Guayna Cápac dijo en aquella fiesta que él la quería para sí y que había de ser piuguarmi de Atahuallpa su hijo, diciendo que había de ser su mujer legítima y principal de su hijo Atahuallpa, y mandó que se nombrase esta su sobrina Cusi Rimay Ocllo, que dice como nosotros decimos doña Habla Ventura, porque tenía pensado Guayna Cápac hacer una jornada al fin de estas fiestas* (Betanzos, 1987: 198).

Conviene reparar que, de acuerdo a esa cita, la coya no necesariamente debía de ser hermana del Inca, como erróneamente se ha supuesto. La única referencia incontestable de matrimonio entre hermanos la hallamos en Túpac Inca Yupanqui, quien tuvo por coya a su hermana Mama Ocllo. Nada prueba que Cusi Rimay, la coya de Guayna Cápac, fuese su hermana; y definitivamente, para piuguarmi de Atahuallpa se predestinó a Cusi Rimay, su prima. Pudo haber sido el matrimonio entre hermanos una forma antigua superada a partir de Guayna Cápac; pero es importante recalcar que la reviviría Huáscar, tomando como esposa, por la fuerza, a la princesa Chuqui Huipa, su hermana de padre y madre.

Los miembros de la panaka de Túpac Inca Yupanqui vieron con preocupación el notorio afán de Guayna Cápac por privilegiar a la panaka de Pachacuti, inquietud que se acrecentó con el tiempo, al ver que Atahuallpa crecía mostrando cualidades para merecer la sucesión. Así lo reconoció el propio Inca, cierta vez que requerido por los orejones reiteró su preferencia por el príncipe pachacutino: *Llegado que fue Guayna Cápac a la ciudad del Cuzco de vuelta de Cochabamba y visitación del Collao en la cual ida y vuelta tardó cuatro años, halló a su hijo Atahuallpa que era ya grandecito, y de todos los señores del Cuzco en aquel tiempo era*

*amado. Y como llegase Guayna Cápac de aquella jornada ya algo viejo y viendo los señores del Cuzco que era amigo de ir por el reino a visitar y a guerrear, y que como era viejo sería posible muriese en alguna parte y de alguna enfermedad que no pudiese nombrar señor que sucediese en su lugar después de sus días, llegaron a él todos juntos, y después de le haber hecho el acatamiento y ofrecídole los dones que llevaban... dijeronle: “Solo señor, que vivas muy largos tiempos. Ya sabes que somos mortales y que algún día el Sol tu padre, te llamará y te querrá llevar consigo. Venimos a te rogar que en la edad que ahora estás nombres al hijo que te pareciese por tu sucesor después de tus días”. A los cuales respondió que qué le habían visto en él que le venían a decir aquello, que (cuando) a él le pareciese que él señalaría por señor a quien le pareciese, que lo gobernaría como concurriese. Y luego hizo traer ante él a su hijo Atahuallpa, el cual era tan lindo niño que se holgó mucho de lo ver y dijo que le parecía que en las facciones del rostro parecía a su padre Túpac Inca Yupanqui, y después de esto dijo a los señores: “¿Para qué venís a mí con esas palabras? Ya que yo me muera fuera de esta ciudad y mis hijos fuesen tan niños que no fuesen para gobernar, ¿entre vosotros no hay señores que puedan mandar el reino hasta que nombráseis el que de mis hijos de mayor capacidad os pareciese, para que mandase y fuese señor?” (Betanzos, 1987: 193).*

Ante tan sabia respuesta enmudecieron por un momento los prejones, para luego demandar del Inca mayor precisión, sin que éste quisiese hablar más del tema. Hay indicios para sospechar que quienes presionaron una respuesta fueron los rivales de la panaka pachacutina, en el afán de adoptar una política acorde con sus intereses. La sutil presentación de Atahuallpa como posible sucesor bastó para que en secreto empezaran a germinar las conspiraciones. Y fue entonces que se produjo una alianza entre las panakas Hurin Cuzco y la panaka de Túpac Inca Yupanqui que era de los Hanan Cuzco. Puso ésta como condición que el candidato al supremo poder fuese Huáscar, lo que aceptaron los Hurin Cuzco a cambio de recuperar sus posiciones de privilegio. Acto seguido, y siempre en el mayor secreto, los conspiradores se encargaron de soliviantar los ánimos de las unidades Hurin Cuzco que integraban en minoría el ejército imperial. Y no se descarta que ya entonces se proyectara el motín que años después estallaría en Tumipampa.

Confiado Guayna Cápac en su poderío militar, no advirtió el gran peligro que dejaba a retaguardia, y se aprestó para marchar al norte, convocando al príncipe Atahuallpa para que completara su formación en los campos de batalla.

## **CAPITULO VIII**

### **Los Hurin contra Guayna Cápac**

Varios indicios llegan a concluir que los sacerdotes del Sol no fueron ajenos a la lucha política que se dio por la sucesión de Túpac Inca Yupanqui, alineándose con los rivales del candidato pachacutino. Ello explicaría el por qué con la entronización de Guayna Cápac perdieron la dirección del clero, ya que en el matrimonio del nuevo Inca con Cusi Rimay apareció como Sumo Sacerdote Apo Chalco Yupanqui, un Hanan, miembro de la panaka de Viracocha. A los Hurin sólo se les permitió el control del clero solar y no por mucho tiempo pues viviendo aún Mama Ocllo y tal vez con influencia suya, Guayna Cápac procedió a efectuar radicales reformas religiosas. Desconoció al Sol como deidad suprema y asumió en persona la dirección de su culto, procediendo también contra los adoradores de huacas. Y proclamó la existencia de un dios supremo omnipotente, triunfando así oficialmente una concepción contra la cual habían luchado tenazmente los sacerdotes solares, en salvaguarda de sus intereses materiales. Porque lo que estuvo en disputa no fue ciertamente si uno u otro dios era el más poderoso; ello encubrió la lucha por controlar las llamadas “tierras del Sol”, que de este modo pasaron a poder de los Hanan Cuzco.

El suceso, cuenta Garcilaso, aconteció durante la celebración del Inti Raymi: *Cuentan los indios que un día de los nueve que la fiesta duraba, con nueva libertad de la que solían tener de mirar al Sol, que les era prohibido por parecerles desacato, puso Guayna Cápac los ojos en el Sol o cerca donde el Sol lo permitía, y estuvo así algún espacio de tiempo mirándolo. El sumo sacerdote, que era uno de sus tíos y estaba a su lado, le dijo: “¿Qué haces, Inca, no sabes que*



no es lícito hacer eso?”. El Inca por entonces bajo los ojos, mas desde a poco volvió a alzarlos con la misma libertad y los puso en el Sol. El Sumo Sacerdote replicó diciendo: “Mira, solo señor, lo que haces, que además de sernos prohibido el mirar con libertad a nuestro padre el Sol, por ser desacato, das mal ejemplo a toda tu corte y a todo tu imperio que está cifrado para celebrar la veneración y adoración que a tu padre deben hacer como a solo y supremo señor”. Guayna Cápac, volviéndose al sacerdote, le dijo: “Quiero hacerte dos preguntas para responder a lo que me has dicho. Yo soy vuestro señor y señor universal, ¿habría alguno de vosotros tan atrevido que por su gusto me mandase levantar de mi asiento y hacer un largo camino? Respondió el sacerdote: “¿Quién habría tan desatinado como eso?” Replicó el Inca: “¿Y habrá algún curaca de mis vasallos, por más rico y poderoso que fuese, que no me obedeciese si yo le mandase ir con la posta de aquí a Chile?” Dijo el sacerdote: “No, Inca, no habría alguno que no lo obedeciese hasta la muerte todo lo que le mandases”. El Inca dijo entonces: “Pues yo te digo que este nuestro padre el Sol debe tener otro mayor señor y más poderoso, el cual le manda hacer este camino que cada día hace sin parar; porque si él fuera el supremo señor, una vez que otra dejaría de caminar y descansaría por su gusto aunque no tuviese necesidad alguna” (Garcilaso, 1960: II, 346).

Arrogante y sobervio, el clero solar se opuso por enésima vez a esa concepción, y no pudiéndolo tolerar más, el Inca depuso al Hurin Rupaca, sacerdote mayor del Sol, autoproclamándose jefe del culto: *Guayna Cápac fue a la casa del Sol, y visitóla y tomó cuenta a los mayordomos de ella, y proveyó lo que faltaba y proveyó a las mamaconas de las cosas necesarias. Y quitó el mayordomo del Sol al que lo tenía y tomólo para sí y nombróse Pastor del Sol* (Sarmiento, 1942: 141).

No se detuvo allí su radicalismo pues a continuación actuó contra el clero menor, que en los años postreros de su predecesor cobrara inusitada importancia. Al respecto, Gutiérrez de Santa Clara refiere que *Túpac Inca Yupanqui fue el que enseñó a hablar a los indios con el demonio, aunque ya de muy atrás lo usaban, y dicen que éste le añadió y perfeccionó en muchas cosas, el cual se les aparecía muy terrible y feo de catadura, y así le pintan ellos. A los templos llamó huacas, en donde cada día sacrificaban muchos niños y esclavos tomados en las guerras... De manera que este Inca fue un gran hechicero y a la continua estaba en los templos hablando con los demonios* (1904: III, 438). Guayna Cápac estuvo lejos de creer en los oráculos y tras demostrar lo falsos que eran ordenó destruir las huacas donde residían. Dice Guaman Poma que este Inca *intentó hablar con los ídolos y huacas del reino, pero como ninguno de ellos quiso responder a sus preguntas, lo hizo romper y destruir; ordenando también matar a sus sacerdotes* (1956: I, 84).

Respetó únicamente a las huacas más poderosas, representantes de pueblos importantes cuya adhesión le convenía preservar. Así, añade el cronista indio, salvaron de la destrucción los ídolos mayores de Pariaccacca, Uancho Uacollo, Paucarcolla, Puquina, Auzavilca, el Sol y la Luna, siendo éstos los únicos que quedaron para ser adorados (Guaman Poma, 1956: I, 84).

Provocó con tales medidas tremenda conmoción en todas las esferas del clero, y hasta el Sumo Sacerdote no ocultó su malestar, solidarizándose con el destituido sacerdote mayor del Sol. Nada bueno podía esperarse de ese inopinado entendimiento entre sacerdotes Hanan y Hurin, y advirtiéndolo el Inca no vaciló en destituir a Apo Challco Yupanqui, nombrando como nuevo Sumo Sacerdote a Cusi Topa Yupanqui, un orejón miembro de su linaje.

De esa manera, la decadencia Hurin corrió paralela al fortalecimiento de la panaka de Pachacuti, porque de ésta escogió Guayna Cápac a los funcionarios que asumieron el control de todos los estamentos de poder, incluido el religioso.

Para los Hurin era el comienzo del fin, ya que se les despojaba de la última preeminencia que les quedaba. Guayna Cápac se convirtió para ellos en mortal enemigo y entendieron que para recuperarse no quedaba sino maquinarse su derrocamiento. Los menospreció el Inca, creyendo que no llegarían a tanto y marchó en campaña al norte, dejando el Cuzco bajo gobierno de orejones pachacutinos.

La prolongada ausencia del Inca permitiría el resurgimiento del clero tradicionalista, pues tanto Apo Challco Yupanqui como Rupaca recuperarían su rol directriz. Y todavía más, acogerían en el templo solar a Huáscar, hijo menor del Inca, con la intención premeditada de convertirlo en caudillo de sus intereses, objetivo que alcanzarían a la perfección.

## CAPITULO IX

## Ni Cara Inca Yupanqui ni Huáscar co-reinante

Desde siempre quiso Guayna Cápac viajar a Tumipampa, su tierra natal. Pero tuvieron que transcurrir más de dos décadas de su gobierno antes de que pudiese cumplir ese anhelo. Fue su madre la coya Mama Ocllo quien le rogó que no efectuase tal viaje ni saliese a Chile hasta que ella hubiese muerto; y ello ocurriría varios años después de entronizado Guayna Cápac. Y hubo aún de retardarse luego el ansiado viaje pues debieron efectuarse visitas y expediciones militares a otras regiones del imperio; de modo tal que recién hacia 1510, cuando Atahuallpa era ya un adolescente, pudo el Inca partir al norte, y no precisamente por realizar su caro deseo sino para contener las sublevaciones que en esa región habían estallado. Hasta el altiplano collavino, donde se hallaba de visita, le llegaron chasquis noticiando que las guarniciones del norte habían sido aniquiladas por los rebeldes Cayambis, en torno a los cuales se habían coaligado varias de las naciones que algunos años atrás sojuzgara su padre Túpac Inca Yupanqui. Tal conmoción tornó entonces imperativo emprender la campaña, y así lo anunció el Inca en Pocona, ordenando un reclutamiento general y extraordinario.

Hecha esa reconstrucción cronológica no es admisible la versión de que Atahuallpa nació en Carangue, pueblo septentrional de la actual república del Ecuador.

Se parte para ello de un aserto por demás discutible, cual es que la campaña al Norte se desató hacia 1500, librándose la memorable batalla de Yahuarcocha en 1502. Se menciona que tras este sangriento triunfo sobre los Carangues, Guayna Cápac tomó por mujer a una noble de esta nación, que poco después le dio por hijo a Atahuallpa. Y para dar fuerza a esta afirmación se consigna unas líneas del cronista Lope de Atienza, según el cual Atahuallpa tuvo por otro nombre el de Cara Inca Yupanqui.

La reconstrucción histórica de los hechos del gobierno de Guayna Cápac basta para refutar esa tesis. Guayna Cápac asumió el poder hacia 1493 y en sólo siete años -como quiere la versión que refutamos- fue imposible que realizase todos los hechos que le consignan las crónicas como efectuados antes de partir al Norte. Podemos citar entre ellos, sin contar obras administrativas como la reedificación del templo solar en el Cuzco, la campaña contra los Chachapoyas, la visita a Cajamarca, la campaña del Sur, la expedición contra Moxos y Chiriguanos, la prolongada permanencia en Chile, las luchas contra los Araucanos y la estancia en el Collao. Todo ello no pudo ser realizado en tan pocos años como para que en 1502 apareciese vencedor de los Carangues. Muy ilustrativo será recordar aquí que sólo en la campaña contra los Chachapoyas demoró tres años, inmediatamente después de la muerte de su madre y antes de honrarla con una solemne purucaya. Y también que en la preparación de la jornada al Norte tardó algún tiempo, y que se hizo con estacionamientos en Vilcas, Jauja y Cajamarca, mediando una expedición contra los Guancachupachos, una segunda campaña contra los Chachapoyas, una entrada a los Bracamoros e incursiones en la costa Norte. De lo cual se infiere que Guayna Cápac no pudo partir al Norte antes de 1510, efectuando su entrada en Tumipampa posiblemente unos tres años después, para fijar allí una sede principal desde la cual emprendió sucesivas campañas al Norte, llegando hasta la tierra de los Pastos con suerte variable y soportando una terca resistencia, que recién doblaría parcialmente en sus años postreros, cuando su prolongada ausencia del Cuzco había ya provocado la insurgencia Hurin en su contra.

En tierra de los Carangues y en gran parte de lo que después se llamó región de Quito, las tropas de Guayna Cápac arrasaron con pueblos enteros, exterminando a los rebeldes más contumaces y esclavizando a muchos prisioneros de guerra. En algunas partes apenas si quedaron niños, por lo cual se empezó a conocer esa región como tierra de los huambracunas. En consecuencia, tampoco es admisible la tesis de que el ejército de Atahuallpa se conformó fundamentalmente con guerreros Carangues y Cayambis. Ello resulta ilógico, si se considera que las represiones eran recientes y que el odio a los Incas estaba latente en los pueblos así sojuzgados. De allí que a poco de iniciada la guerra civil se pronunciasen a favor de Huáscar varias naciones de esa región, incluida la de los Cañaris, que era la

principal, motivando que los generales atahualpistas realizaran terribles represiones. Por lo demás, Atahualpa aceptó la guerra no para gobernar en Quito o Tumipampa sino para reinar en el Cuzco, su tierra natal. Entonces resulta absolutamente un equívoco seguir hablando de pugna entre quiteños y cuzqueños, como también sostener que la guerra enfrentó a dos centros de poder, el tradicional cuzqueño y el naciente tumipampino.

Hubo empero un hecho importante que relacionó a Atahualpa con la tierra Carangue. Construyó allí un imponente palacio, donde ciño la mascaypacha adoptando el nombre de Ccacha Pachacuti Inca Yupanqui (Betanzos, 1987: 221).

Refutaremos finalmente la extendida versión sobre que Huáscar fue co-reinante de Guayna Cápac y que éste lo propuso para sucederle. Los cronistas, que recogieron el testimonio huascarista, son en esto menos responsables que los modernos historiadores que sostienen, por ejemplo, que Huáscar tuvo derecho a la sucesión de Guayna Cápac por su condición de hijo legitimado y adelfogámico y porque reunía condiciones morales y cívicas para el gobierno del Imperio. Respecto a lo primero, bien sabemos que ambas figuras no funcionaron entre los Incas; y sobre lo segundo, no hay base ninguna que permita afirmarlo. Al emprender Guayna Cápac la campaña al norte hacia 1510, Huáscar tenía no más de ocho años, por lo que resulta ilógico sostener que fuese co-reinante de Guayna Cápac y mucho menos decir que había mostrado condiciones para tal nombramiento. Huáscar, en realidad, nunca fue co-reinante, pues en nombre de Guayna Cápac gobernaron en el Cuzco varios príncipes pachacutinos. Y tampoco fue propuesto para suceder a Guayna Cápac, al contrario de lo que sucedió con Atahualpa.

## CAPITULO X

### Guayna Cápac en campaña

Cientos de miles de guerreros fueron convocados para la campaña al Norte; y cuentan las crónicas que su movilización duró varios meses. Fue igualmente convocado el pueblo campesino, para el abastecimiento de Colcas y el cuidado de los tambos de la ruta. Guayna Cápac dejó para el final esta campaña teniendo en mente expandir el imperio en esa dirección, consolidando las conquistas que realizara su padre para incursionar luego en territorio de la actual Colombia. De allí que partiese al mando del más poderoso ejército hasta entonces reunido, movilizándolo asimismo un numeroso contingente de mitimaes para cuzqueñizar la región conquistada.

A propósito, el asentamiento de mitimaes en las zonas de frontera fue uno de los más importantes logros del gobierno de Guayna Cápac, pues permitió difundir la civilización cuzqueña en territorios tan distantes como el noroeste argentino y toda la sierra ecuatoriana, influencia que aún hoy puede comprobarse.

Ello no obstante el dominio no lograría consolidarse más allá de Quito, pues varios señores locales se mostraron reacios a aceptar el nuevo sistema, resistiendo tercamente.

Fue obligatorio el reclutamiento general y extraordinario en todo el imperio; pero voluntario el llamamiento a los orejones. Se explica así que la panaka de Pachacuti quedara en el Cuzco en desventaja, ya que lo mejor de ella partió en campaña acompañando al Inca.

Integró el ejército un pequeño contingente Hurin, para cuyo comando designó el Inca a los capitanes Michi Naca Mayta y Ancas Calla. El grueso del ejército profesional lo formaron tropas Hanan, marchando por comandante general de las mismas el capitán Auqui Toma, hermano de Guayna Cápac por parte de madre y por lo tanto pachacutino, al que la crónica calificó como el más valeroso, de más ánimo y fuerzas que tuvo el Inca (Murúa, 1962: 79). Otro comandante Hanan fue Colla Topa, miembro de la panaka de Viracocha (Cobo, 1956: 210). La gran mayoría de reclutas provino de los distintos suyos del imperio, teniendo jefes de la misma procedencia, apreciándose el interés del Inca por rodearse de tropas collavinas, considerándolas valientes y leales.

Guayna Cápac, que había tomado para sí la dirección del clero, dejó a su hermano Titu Atauchi

como su representante religioso en el Cuzco. Y para el gobierno civil, conforme mencionan varias crónicas, nombró a sus tíos Apo Hilaquita y Guaman Achachi y a sus hermanos Auqui Topa y Sinchi Roca; los dos primeros integrantes de la panaka de Pachacuti, por ser hijos de este Inca; y el tercero, al igual que Auqui Toma, hermano de Guayna Cápac por parte de madre y por lo tanto también pachacutino. Esto pone de manifiesto que este linaje quedó al frente del gobierno, afirmación que aparece clara en Betanzos según el cual Guayna Cápac *dejó por sus gobernadores hasta que él volviese a su primo hermano Yamque Yupanqui y a Hilaquita su tío, hijo menor del Inca Yupanqui y a Topa Inca su hermano* (1987: 190). otros cuatro personajes son citados por Santillán -Cápac Achachic, Cápac Larico, Cápac Yochi y Cápac Gualcaya-, los que probablemente quedaron como gobernadores de los cuatro suyos (1968: 105). Los dos primeros por lo menos, fueron pachacutinos (Cabello Valboa, 1951: 336). Ninguna versión digna de crédito habla de que Guayna Cápac dejase a Huáscar como co-reinante.

Partieron acompañando al Inca la coya Cusi Rimay, que moriría en Quito sin dejar hijo varón ninguno (Murúa, 1962: 80) y Rahua Ocllo, madre de Huáscar, posiblemente la concubina favorita, quien iba embarazada. Para entonces había ya muerto Palla Coca, la madre de Atahualpa (Cabello, 1951: 364). Este, como queda dicho, formó parte de la expedición, y como hecho anecdótico debe mencionarse que llevaba una oreja rota, a consecuencia de un lance amoroso con cierta doncella. Según Betanzos, Atahualpa era en aquel tiempo de trece años. Huáscar, unos cuatro años menor que él, quedó en el Cuzco, donde se haría mayor sin relación con sus padres concibiendo odio hacia ellos merced a la influencia que sobre él ejercieron los sacerdotes Hurin.

Partiendo el ejército de Ccinca, lugar vecino al Cuzco, que sirvió de campamento inicial, hizo una primera pascana en Andahuaylas, donde se le reunió el Inca. El siguiente descanso fue en Vilcas, en cuyo templo se hicieron los sacrificios propiciatorios. Hubo luego en Jauja un estacionamiento prolongado, preocupándose el Inca por zanjar las disputas que existían entre los curacas de la región. Es posible que al hacerlo provocara resentimientos que se tradujeron tiempo más tarde en cerrada oposición. Desde Jauja, también, enviaría una importante embajada a Pachacámac, dejando entrever la importancia que concedía al culto allí practicado. Huánuco fue el siguiente cuartel estacional, emprendiendo Guayna Cápac desde allí una exitosa entrada a los Guancachupachos.

Se avanzó después hasta Cajamarca, con otro largo estacionamiento, pues allí se organizó la campaña contra los sublevados Chachapoyas, que el Inca culminó con mucho esfuerzo. Hubo muchas muertes y destierro de grupos hostiles hacia los contornos del Cuzco como esclavos yanaconas. Se entiende así el por qué esta nación mostró tanta animadversión a los Incas, plegándose en masa a los españoles dos décadas más tarde. Paralela a la campaña militar se dictaba disposiciones administrativas, destinadas a implantar la maquinaria de dominación en las provincias sojuzgadas; en virtud de las mismas, se construían núcleos urbanos, templos, fortalezas, acllahuasis, caminos, obras de regadío, puentes, andenes, colcas, tambos, etc.

El siguiente alto se hizo en Ayabaca, desde donde el Inca emprendió con suerte adversa una entrada en tierra de los Bracamoros, Pacamoros, Paltas o Jíbaros, quienes presentaron tenaz resistencia utilizando la táctica de tierra arrasada y las sorpresivas emboscadas. Pero se reanimaron luego las huestes imperiales con pequeños triunfos en tierras de los Guambos y los Chirinos.

De Ayabaca el Inca marchó directamente a Tumipampa, aunque desprendiendo columnas exploradoras hacia la costa norte desconocida, las que al parecer llegaron hasta Collique o Coaque, donde recibieron los primeros informes sobre la presencia de gentes extrañas hacia el septentrión. Esto, en referencia a los españoles que expedicionaban al Sur de Panamá.

Cabe mencionar que a mitad de la jornada, Rahua Ocllo dio a luz una niña a la que llamaron Chuqui Huipa, quien andando el tiempo y contra su voluntad se convertiría en mujer principal de Huáscar (Betanzos, 1987: 199).

## CAPÍTULO XI

## Auge de Tumipampa

La sola aproximación del ejército imperial aquietó los ánimos levantiscos en el norte. Hubo apenas un conato de resistencia por parte de un grupo Cañari, que fue pronto doblegado por la vanguardia incaica. Las naciones rebeldes, fundamentalmente las situadas al interior de Quito, optaron por un repliegue táctico, a la espera del momento oportuno para desatar la guerra de liberación. Carangues y Cayambis, cabezas de la oposición, fueron reuniendo en torno suyo a Quilacos, Quillacincas, Cañaris, Puruaes, Latacungas, Otavalos, Tomavelas, Macas, Tucas, Sicchos y Angasmarcas, conformando una alianza contra los Incas. De allí que algunos estudiosos mencionan la existencia de una gran confederación quiteña (Porras, 1980: 231).

Tropas incaicas que avanzaron por la tierra de los Puruaes la encontraron desolada, pues sus pobladores se habían retirado al norte para plegarse a los Cayambis (Santa Cruz Pachacuti, 1927: 212). Otro tanto hicieron los Cañaris, abandonando las aldeas vecinas a Tumipampa. Por conclusión se sacó que esas naciones *se habían apercebido y buscado favores de sus vecinos y parientes, para resistir a quien a buscarlos viniese* (Cieza, 1880: 252).

La rebelión generalizada tardaría varios años en manifestarse, permitiendo a Guayna Cápac instalarse en Tumipampa sin mayores problemas, erigiendo allí una sede que pretendió semejar a la lejana capital cuzqueña.

Tumipampa era la tierra natal de Guayna Cápac y ésta fue la razón fundamental para que pretendiese edificarla a la par que el Cuzco. Allí se establecería por más de diez años y es lógico que en tan largo tiempo la convirtiese en sede principal. Pero creemos que han sobredimensionado su importancia los estudiosos que la consideran como centro de poder, concluyendo en que la guerra de Huáscar contra Atahuallpa enfrentó a la capital tradicional cuzqueña con la naciente urbe tumipampina. Como hemos analizado en este trabajo, las causas de la guerra fueron otras, sin que esto niegue la posibilidad de que surgiesen recelos en el Cuzco ante el auge de la sede norteña y que en ésta se formase una nueva burocracia numéricamente creciente. Lo cierto es que el Inca fijó Tumipampa como base de operaciones para intentar la expansión más al norte; y la fortaleció como una necesidad estratégica para contener los brotes de rebeldía regional.

No era la primera vez que se proyectaba una sede de ese tipo. Ya Túpac Inca Yupanqui, algunos años antes, librando una prolongada campaña en la costa y soportando tenaz resistencia, ordenó la construcción de una ciudad a semejanza del Cuzco, que posiblemente fue la Incahuasi cercana a Cañete: *Y como la porfía durase... abajando con la nobleza del Cuzco edificó otra nueva ciudad, a la cual nombró Cuzco, como a su principal asiento, y cuentan asimismo que mandó que los barrios y collados tuviesen los nombres propios que tenían los del Cuzco* (Cieza, 1945: 206). Ese nuevo Cuzco, cuenta el mismo cronista, fue luego arrasado, exterminándose a los defensores de la región, muchos de los cuales murieron ahorcados razón por la cual trocó su nombre original por el de Guarco, en recuerdo de los que colgaron (Cieza, 1880: 227).

Varios cronistas mencionaron que Guayna Cápac quiso hacer de Tumipampa otro Cuzco. No lo negamos, pero sí la creencia de que pretendiera convertir esa sede en nueva capital del imperio. Lo prueba el hecho de que al conocer los afanes sediciosos de los Hurin en el Cuzco decidiese el retorno a la capital para poner orden en el gobierno. Y también el hecho de que Atahuallpa insurgiese no para gobernar en Tumipampa o Quito, sino en el Cuzco, que siempre reconoció como capital del imperio.

Como quiera que fuese, en Tumipampa, tierra fértil de clima benigno, Guayna Cápac edificó una importante sede incaica, con palacios, templos y casas construidos a semejanza de los que había en el Cuzco, poblándola con mitimaes de naciones leales a los que repartió tierras y otros dones. Adviértase que los guerreros marcharon con sus mujeres, dando nacimiento a nuevas familias que se establecieron en Tumipampa, convirtiéndola así en crisol de nacionalidades. Guayna Cápac, *quiso que Tumipampa fuese igual a la ciudad del Cuzco en lustre y riquezas, y en orden a ésto mandó que se poblase su comarca de todas las naciones que llevaba en su ejército* (Cobo, 1956: 209).

En Usno se alzó un importante templo y en Mullo Cancha un magnífico palacio, con piedras

que se llevaron desde el Cuzco, dato que parece inverosímil (Cieza, 1880: 247). Y en fin, *no quedó cosa en que se pudiesen semejar estos edificios nuevos de Tumipampa con los antiguos del Cuzco, que no la puso y ordenó de la misma manera y en el mismo estilo* (Murúa, 1962: 81). Fue, además, una ciudad consagrada en honor de su madre, Mama Ocllo, que allí le diera el ser. Por ello en la plaza principal de Chiqui Pillaca, trazada a semejanza de la Haucaypata del Cuzco, le erigió un monumento de oro purísimo, *y en su vientre mandó poner las mismas pares de ella*, elevándola a la categoría de diosa, con el nombre de Tumipampa Pachamama (Cabello, 1951: 365).

Instalado en esa sede tuvo el Inca noticia puntual y detallada de los sucesos de importancia que acontecían en los diferentes confines del imperio: *No había día que no le vinieran correos, no uno ni pocos sino muchos, del Cuzco, del Collao, de Chile y de todo el reino* (Cieza, 1880: 248).

Destacó desde allí tropas en diversas direcciones, las que sometieron a los núcleos hostiles de los contornos, luchando sobre todo contra los Cañaris. Ello permitió al Inca trasladarse a Quito, donde organizó la expedición a la tierra de los Pastos.

Pero mucho más trascendente fue el establecimiento de mitimaes leales en toda la región, pues éstos lograron imponer en las naciones norteñas los usos y costumbres incaicos, sobre todo en la sierra comprendida entre Cuenca y Quito. Esto podría explicar el por qué pese a las sangrientas guerras y represiones, que se dieron hasta la entronización de Atahuallpa, la región fue notoriamente incaizada.

En las expediciones emprendidas desde Tumipampa, Atahuallpa se hizo guerrero, participando por mandato de su padre en riesgosas campañas. Cuenta Betanzos que no le fue bien en su primera aventura, guerreando contra los Cañaris, pues cedió el campo al enemigo; ello provocó la indignación de Guayna Cápac, que lo obligó a renovar la lucha, enseñándole el camino del triunfo: *el Atahuallpa volvió huyendo y sabido por Guayna Cápac que su hijo había llegado huyendo, rompió la vestidura rasgándola por delante, y ciñéndolos y baldonándolos de hombres pusilánimes... los hizo volver y mandó que Atahuallpa fuese delante, y asimismo el Guayna Cápac y la gente que llevaba, arremetieron a los enemigos con tanto ánimo, y como ellos venían desbaratados siguiendo a Atahuallpa, y Guayna Cápac se encontró con ellos viniendo con la pujanza que venía, venciólos y sujetólos* (Betanzos, 1987: 199).

Fue entonces que el Inca encargó a Rumi Ñahui la formación militar de Atahuallpa, quien guiado por tan inteligente como valentísimo estratega crecería aprovechado, al punto que su padre quiso que fuera a conquistar *aquella tierra que ahora llamamos Popayán* (Borregán, 1968: 460).

Al cabo, obtuvo el príncipe la simpatía general del ejército: *Atahuallpa, noble mancebo, muy entendido y avisado, estuvo bienquisto de todos los soldados y capitanes viejos, porque había salido de la ciudad del Cuzco con su padre de tierna edad, y andando grandes tiempos en su ejército* (Cieza, 1945: 215). Junto con Rumi Ñahui lo adiestraron Chalco Chima y Apo Quisquis, entre otros grandes capitanes.

## CAPITULO XII

### Guerra a los Pastos

Se engañó Guayna Cápac creyendo que su prolongada permanencia en Tumipampa y la limitada resistencia nativa verificada en ese tiempo significaba que tenía ya la región a su favor. Mucho de falso tuvieron las muestras de pleitesía recibidas de algunos señores locales, pues en realidad ellos no aceptaron la supremacía cuzqueña. Así, confiado, el Inca anunció el traslado de su cuartel general a Quito, con el objetivo de proseguir la expansión al Norte. Una junta de guerra discutió si marcharían hacia el mar o hacia la sierra, y decidido lo último, se fijó como meta inicial la conquista de los Pastos.

Habitaban los Pastos la región comprendida entre Otavalo y Popayán, de modo que los tan mentados Carangues formaron parte de esa nación. Cieza de León, que recorrió sus pueblos hacia 1540, citó el de Atris como su capital y como principales comarcas camino de Quito las de Funes, Iles, Gualmatán, Ipiales, Guaca, Tuza, Mira, Carangue y Otavalo (1945: 121). Y una relación anónima de 1573 mencionó como asentamientos Pastos los de Guaytará, Tulcán, Capuis, Carasama, Tuza, Mira,

Carangue y Otavalo (Jiménez de la Espada, 1881: III, 89). Otros sitios importantes fueron Juanabú, Quina, Yascual, Cibundoy, Tucarrasne y Cumbal. Los Incas los llamaron Quillasinccas, posiblemente porque tuvieron narices deformadas o con adornos en forma de luna, y también Oparunas o gente tonta, nombre que por lo general aplicaron a todo pueblo hostil (Santa Cruz Pachacuti, 1927: 215).

Los Cayambis, mentados también con frecuencia, no fueron Pastos, pero formaron con ellos férrea alianza, para oponerse a los incaicos.

Considerando que la campaña se daría en tierra fragosa y de montaña, Guayna Cápac la confió a guerreros Collas, Lupacas y Contisuyos, que marcharían apoyados por dos mil orejones al mando de Auqui Toma y Colla Topa, líderes Hanan. El Inca iría en retaguardia, con tropas escogidas, dejando guarniciones en Tumipampa y Quito.

Desde Otavalo, posición recuperada recientemente, se enviaron embajadas a Cayambis y Carangues, que rechazaron todo avenimiento, iniciándose entonces la guerra. Encarnizados combates se libraron en Cotacachi, Atuntaqui, Carangue, a las orillas del Mira y en Tuza, con los Pastos siempre en retirada. Fue entonces que sus comandos decidieron un cambio de estrategia: juzgaron suicida seguir resistiendo en varias líneas y acordaron concentrar fuerzas en Atris, para dar batalla en mejores condiciones. Sacrificados grupos quedarían en retaguardia, fingiendo ser restos de una desorganizada fuga, lo que también difundirían niños, mujeres y ancianos de las vecindades, saliendo al paso de los incaicos. Engañados, estos avanzaron confiadamente, ocupando sin oposición los pueblos de Guaca, Ipiales, Gualmatán, Iles y Funes. Poco antes de Atris toparon con alguna resistencia, y vencéndola entraron en esa capital, creyendo haber dado cima a una victoria completa. Iniciaron entonces los festejos, con la comida y bebida que encontraron en abundancia, sin sospechar que el enemigo, debidamente reorganizado, acechaba en las afueras, esperando el momento oportuno para atacar por sorpresa.

Entre tanto Guayna Cápac había dejado Tumipampa. Visitó primero la tierra de los Puruaes, pobladores del Chimborazo, de donde siguió por Riobamba, Mocha y Latacunga, sin mayor oposición. Al entrar en Quito tuvo apoteósico recibimiento, pues gracias a los mitimaes leales la zona estaba prácticamente cuzqueñizada. Allí se detuvo algún tiempo, recibiendo la adhesión plena de los gobernadores regionales.

Decíamos que Atris, durante varios días y noches, fue teatro de los festejos incaicos por una victoria que sólo fue engañosa. Ese encanto fue roto de manera sangrienta, una noche que los Pastos atacaron sorpresivamente; Collas, Lupacas y Contisuyos fueron prácticamente masacrados, muriendo entre otros el capitán Conti Mollo. Sólo unos pocos lograron escapar, merced a la reacción de los orejones que a fuerza de coraje pudieron romper el cerco. Parece ser que los cuzqueños, más disciplinados que los provincianos, se mantuvieron al margen de los festejos. Como quiera que fuese, los sobrevivientes tomaron el camino de Quito, abandonando las guarniciones de la ruta que fueron destruidas por los Pastos.

Profunda consternación causó al Inca la noticia del desastre, y su primer cuidado fue impedir la llegada de los fugitivos a Quito, para evitar que cundiese el desánimo en su ejército. Les ordenó por medio de chasquis reconcentrarse en Mira, anunciando que saldría inmediatamente a reforzarlos. Dice Cieza que Guayna Cápac no quiso marchar en andas y que lo hizo a pie dispuesto a combatir en primera línea, avanzando sin oposición por Carangue, Mira y Tuza, comarcas que encontró despobladas. Ello no obstante ordenó su arrasamiento, quemándose viviendas y destruyéndose sembríos.

Mientras tanto los Pastos se habían reunido a orillas del río Carchi, donde se libraría batalla. Esforzados guerreros Chucuitos tendieron allí un puente, capturando con gran valentía la margen opuesta, para seguir el ataque frontalmente. Cruzaron a continuación los orejones flanqueando a los Pastos, que de esta manera fueron completamente derrotados. Muchos murieron en combate y otros tantos cayeron prisioneros, pero un importante sector logró salvarse, huyendo más allá del Ancasmayo. Avanzó el Inca hasta este río, a cuyas orillas erigió un monumento en honor a sus muertos, ordenando asimismo la colocación de estacas de oro a manera de límites. Toda la región fue assolada, con

destrucción de poblados y matanzas que muy difícilmente se olvidarían.

La zona cercana al Ancasmayo no era aparente para el establecimiento de una guarnición de frontera. Por ello el Inca retrocedió hasta el río Carchi, en cuyas inmediaciones se estacionó un buen tiempo. Ordenó allí la construcción del Rumichaca o puente de piedra, y asimismo la prolongación del camino real desde Otavalo hasta Guaca. Cerca del Rumichaca alzó una fortaleza, dejando una selecta guarnición para que protegiera a los mitimaes leales que poblarían sus contornos. En la práctica, esa posición quedó como límite septentrional del imperio y no el Ancasmayo, que poco después repasaron los Pastos recuperando sin esfuerzo Atris, Funes, Iles, Gualmatán e Ipiates, sin atreverse de momento a seguir más adelante.

Tras ello regresó el Inca a Tumipampa, celebrando la victoria durante varios días. Otro tanto debió realizarse en el Cuzco, pues la noticia fue inmediatamente transmitida, solicitándose la remisión de nuevos contingentes para cubrir las bajas. Durante esas fiestas Guayna Cápac mostró especial consideración a los jefes de las unidades provincianas que habían destacado en campaña. Además de elogiar su valor los premió con inusuales dones, promoviendo cambios sociales muy importantes. Por sólo citar un caso, Apo Cari, jefe guerrero Chucuito de origen popular, fue promovido a curaca, nombrándosele además capitán general de todo el ejército del Collao. Se asistía a un suceso revolucionario, a la génesis de un ejército de nuevo tipo, en el que se promovía a los comandos no en atención al origen sino a las virtudes guerreras. Ello provocó la cerrada oposición del sector más tradicionalista del ejército, la minoría Hurin, que marginada de la campaña tomó el hecho como pretexto para maquinarse un motín, sin que el Inca lo advirtiese. Los militares Hanan, por su parte, no objetaron en cambio la estima del Inca por el valor de los guerreros populares, que habría de convertirse en una constante.

Relativamente pacificada la región, Guayna Cápac se interesó por las entradas al Oriente. Macas y Quiznas fueron así sojuzgados, emprendiéndose además una nueva expedición a la tierra de los Bracamoros, que logró algunos resultados positivos.

## **CAPITULO XIII**

### **Rebelión al Norte de Quito y motín Hurin en Tumipampa**

Algún tiempo después estalló la rebelión al Norte de Quito. La liga opositora fue encabezada por Cayambis y Carangues, en torno a los cuales se alinearon los señores de Otavalo, Cochesqui, Pifo y otros de menor importancia. Fueron aniquiladas las guarniciones que el Inca dejara en Carangue, Atuntaqui, Cotacachi, Otavalo y Cayambe, quedando peligrosamente aisladas las de más al Norte, que por ser numerosas y tener mejor arsenal lograron resistir.

Reunió el Inca su consejo de guerra en Tumipampa y se acordó que saliera personalmente en campaña, reinstalando su cuartel general en Quito. Partieron embajadas hacia los rebeldes en procura de un avenimiento, pero nada se logró en ese sentido.

Cochesqui, posición fortificada de difícil acceso, ubicada entre Otavalo y Abacondo, fue señalada como base principal del alzamiento. Instalado el Inca en Quito escogió al valiente Apo Cari para acometer con él su captura, en tanto que unidades Hurin y Hanan recibieron orden de expedicionar en distintas direcciones, para contener otros posibles brotes de rebeldía.

La fortaleza de Cochesqui fue sitiada por diversas partes, verificándose sucesivos combates, con muchas bajas en ambos bandos. Al cabo, encabezó el propio Inca un ataque impetuoso y su arrojo fue decisivo para la consecución del triunfo. Los defensores de Cochesqui fueron pasados a cuchillo, escapando sólo unos cuantos por la ruta de Carangue. Casi al mismo tiempo un sector de orejones doblegó otro foco rebelde en Guachalla, cuyos defensores huyeron por Otavalo también hacia Carangue.

Dice Murúa que honrando la valentía de Guayna Cápac, sus soldados empezaron a llamarlo



desde entonces *Unchi Cápac Inca*, nombre que significaba Valeroso y Fuerte Señor (Murúa, 1962: 87).

En Cochisque una nueva junta de guerra estudió la estrategia a seguir en el avance a Carangue. Primó el parecer de que se asolase la tierra de los contornos, para privar a los rebeldes de cualquier apoyo externo; y ello acordado, se abrió la campaña.

Por el Norte fue convenientemente reforzada la guarnición de Mira, que logró avanzar hasta el Ancasmayo conteniendo los arrestos de varios grupos Pastos. Por el Sur se puso a raya a los Puruaes, Tomavelas, Sicchos, Latacungas y otras naciones que *no estaban bien domadas* (Cabello, 1951: 368). Y el grueso marchó sobre Carangue, donde la jefatura de la rebelión había sido asumida por el señor de Otavalo (Borregán, 1968: 468).

La fortaleza de Carangue se alzaba en terreno áspero, casi inexpugnable. El Inca tuvo en mente rendirla por hambre y situó sus tropas circundándola. Tras muchos días de sitio, entendiéndolo que los rebeldes no capitularían, dio orden a sus tropas de iniciar el asalto por varios frentes. Correspondió a los Hurin atacar el sector defendido por los Cayambis. Todo parece indicar que para este tiempo los Hurin, descontentos con el Inca, habían decidido traicionarlo. Lo evidente es que entraron al combate con tanto desgano que no sólo fueron rechazados, sino que huyeron en desorden. Lo advirtió el Inca y salió a contener el desbande, pero cuando se esforzaba en esto fue derribado de sus andas por los mismos que fugaban, quedando a merced de los Cayambes que venían en persecución. Allí hubiese sido arrollado de no ser por la oportuna intervención de sus leales pachacutinos, quienes levantándolo a tiempo lo condujeron a lugar seguro, mientras se declaraba la derrota en todos los frentes, al propalarse la noticia de que el Inca había sido derribado.

El hecho aparece consignado en varias crónicas, pero explicado de diferente manera. Quien ha seguido con detenimiento nuestra historia no hallará desatinado sindicarse la traición de los Hurin, por lo que había sucedido antes y lo que sucedería después.

Ocurrió el percance estando los Hanan y los Collas batallando en otros frentes, *y muriera allí el Inca si no llegaran los de su guarda que eran mil hombres, y sus capitanes Cusi Topa Yupanqui y Guayna Achachi* (Sarmiento, 1942: 145). El dato fue repetido por Cobo (1956: 211), en tanto que Cabello Valboa citó como tercer providencial salvador al capitán Zapan, posiblemente jefe de los Quiquijana (1951: 370).

Los pachacutinos hicieron allí prodigios de valor, reorganizando el ejército imperial y rechazando la acometida de los Cayambis. Estos optaron entonces por encerrarse en su fortaleza, donde celebraron su efímera victoria al son de cánticos guerreros (Cieza, 1880: 256).

La situación se tornó grave para el Inca al advertirse en su campamento la deserción de los Hurin, quienes desacatando su autoridad y en franco amotinamiento tomaron sorpresivamente el camino de Tumipampa. No era posible abandonar el sitio de Carangue, pues hacerlo equivalía a crear un mortal peligro a retaguardia. Pero tampoco se podía dejar libres a los Hurin, cuya actitud sediciosa era de temerse. Por esa razón decidió el Inca que sus tropas provincianas mantuviesen el sitio de Carangue, mientras él marchaba a Tumipampa con sus leales Hanan, *a pie delante de su ejército, con un dardo en la mano y una rodela en la otra* (Cobo, 1956: 212).

De acuerdo con esta reconstrucción histórica, cabe impugnar la versión sobre que el desacato se dio porque el Inca descuidó el vínculo de reciprocidad con orejones recién llegados del Cuzco, suposición que no es válida porque interpreta el hecho fuera de contexto.

Michi Naca Mayta, nombrado también Guaca Mayta Michi, que como sabemos era comandante de los Hurin, figuró como cabecilla del motín. Convenció a los suyos aduciendo que el Inca los tenía en menos, sin considerarles el derecho de nobleza, y en Tumipampa soliviantó el ánimo de las tropas provincianas que estaban de guarnición, argumentando que el Inca pensaba quedarse a gobernar en el Norte y que por tanto nunca volverían a sus querencias. Logró de esa manera captar importantes adhesiones, y en la plaza de Huachao Huaripampa anunció la marcha al Cuzco, asegurando que nadie desaprobaría allí su conducta (Cieza, 1880: 256). Este último dato podría demostrarnos un entendimiento entre los Hurin de Tumipampa y el Cuzco, existiendo además otra posible prueba, cual fue que Michi decidió llevar consigo la imagen del dios Sol, diciendo que sólo en su guarda y defensa

habían salido del Cuzco. Como hemos explicado ya, el clero solar fue el último bastión del predominio Hurin, y por este mismo tiempo recuperaron poder en la capital los sacerdotes depuestos años atrás por el Inca.

Con gran atrevimiento Michi puso en prisión a los mensajeros que en afán conciliatorio le envió Guayna Cápac, y tampoco varió su decisión cuando éste se hizo presente en Tumipampa. Si el Inca no procedió contra los Hurin por la fuerza, fue seguramente porque los Hanan que le acompañaban estaban en inferioridad numérica. Dejó así que Michi Naca sacara del templo la imagen del dios Sol y al verlo tomar el camino decidió enfrentarlo, increpándole su deslealtad. No se amilanó por ello el jefe de los Hurin, replicando que se iba al Cuzco porque ya no era de provecho en Tumipampa. Dice la crónica que incluso apartó con una mano al Inca, para seguir su camino. Y cabe pensar que Guayna Cápac tolerara tal desacato viendo a Michi protegido por la suprema deidad oficial. Además, tenía el amotinado notoria superioridad numérica, lograda con la adhesión de varias unidades provincianas. Pero cuando la situación parecía irreversible, concibió Guayna Cápac una luminosa idea, cual fue la de enfrentar dioses contra dioses. Ordenó a toda prisa sacar del templo a todos los ídolos provincianos y a la diosa Tumipampa Pachamama, que de inmediato salieron a contener la deserción. Hablaron los dioses por boca de sus sacerdotes y sacerdotisas, quejándose que se les dejara desamparados a merced del enemigo. Vacilaron entonces las tropas provincianas y cedieron finalmente al ruego de sus dioses, regresando a Tumipampa. La situación varió así radicalmente y Michi, viéndose en desventaja, amenguó su soberbia aceptando entrevistarse con el Inca en el templo de Mullocancha.

No consignaron las crónicas qué conversaron ambos personajes, pero sí que luego de la reunión ordenó el Inca acopiar en la plaza principal gran cantidad de víveres y ropa, que tomaron los Hurin a cambio de quedarse. El avenimiento, empero, fue sólo aparente; Michi habría dicho que *sólo mudaba el tiempo mas no el intento*, dando a entender que desertaría de todas maneras, en el momento oportuno. Esto no escapó a la percepción del Inca, que ordenó la severa vigilancia del opositor. Y algún tiempo más tarde, en oscuras circunstancias, Michi sería muerto.

## CAPITULO XIV

### Yahuarcocha

Estabilizado en Tumipampa Guayna Cápac remitió chasquis al Sur ordenando nuevo reclutamiento de tropas, principalmente collavinas, afianzando de otro lado su relación con los jefes de las unidades provincianas, escogiendo de preferencia a los de Quiquijana.

Estuvo puntualmente informado de lo que acontecía en Carangue, preocupándole mucho saber que los rebeldes resistían con éxito. Hubiese querido renovar personalmente la lucha, pero no habiendo desaparecido del todo la actividad sediciosa de los Hurin optó por mantenerse en Tumipampa.

Quien marchó al frente fue Auqui Toma, encabezando selectas tropas Hanan y unidades provincianas. Partieron también otros destacados líderes pachacutinos hacia los distintos puestos de frontera, con la misión de sumar fuerzas para someter a los rebeldes.

Duró largo tiempo el sitio de Carangue, sosteniéndose numerosos combates con crecientes bajas para los atacantes. Uno tras otro envió Auqui Toma a los contingentes provincianos, y viendo indomable la resistencia decidió arriesgarlo todo, encabezando personalmente el asalto, a la cabeza de sus Hanan. La victoria pareció sonreírle cuando los orejones que conducía lograron capturar cuatro de las cinco cercas que rodeaban la fortaleza. Hubo allí tal mortandad que los montones de cadáveres se usaron como parapetos, consumiendo los orejones casi todas sus armas que quedaron clavadas en los cuerpos de sus enemigos. Se llegó así a la lucha cuerpo a cuerpo, con los rebeldes siempre en retirada. Mas de pronto, vacilaron las tropas imperiales, y luego retrocedieron en desordenada fuga. Ninguna orden de retirada fue impartida; bastó para ello que se propagase por todo el campo una infausta nueva: Auqui Toma había caído muerto.

Los cronistas de esta guerra ensalzaron de forma unánime el valor de ese príncipe cuzqueño que halló tan trágico final. Sarmiento anotaría que *Auqui Toma combatió la fortaleza, ganó cuatro lienzos, y al postrero muro, que tenía cinco, al entrar mataron los Cayambis a Auqui Toma, capitán de los Cuzcos, que había peleado muy valientemente* (1942: 145). Y Cabello agregaría que lo mató una gruesa piedra que de lo alto arrojaron (1951: 377).

Fue ése el principio de la catástrofe. Los rebeldes salieron en persecución de los que huían e hicieron en ellos una espantosa mortandad, empujándolos hacia el río Guayllabamba, sabiendo que por entonces iba bastante crecido y tenía su puente destruido. En su desesperación mucho de los incaicos se arrojaron al río, para morir ahogados; los que no lo hicieron cayeron prisioneros y poco después fueron degollados. Sólo unos pocos lograron salvarse, tomando las alturas con supremo esfuerzo.

Gran sentimiento de pesar e inconsolable pena mostró Guayna Cápac al conocer la muerte de su hermano más querido. Decretó luto general y reunió consejo de guerra, anunciando que vengaría esa derrota con un castigo que recordarían todas las generaciones. Por orden del consejo todo el ejército estacionado en Tumipampa, incluidas las tropas Hurin, se puso en campaña, bajo la jefatura del Inca. Apenas si quedó allí una pequeña guarnición, suficiente para resguardar la ciudad pues los Cañaris de los contornos se habían plegado con anterioridad a los rebeldes de Carangue. Llegaron por entonces muchos refuerzos provenientes del Sur, a los que el Inca arengó diciendo que *los hombres eran manjar de la guerra* (Cobo, 1956: 212). Dividió su ejército en tres tercios: uno conformado por orejones; otro por la gente del Chinchaysuyo y el tercero por Collas y soldados de otras provincias meridionales.

A su paso por Quito el Inca reforzó su ejército con tropas llegadas de las guarniciones del Norte; y ordenó estacionamiento en Otavalo para celebrar consejo de guerra. Decidió éste un ataque envolvente sobre la base de un estratagema. Michi con la tropa de orejones, marcharía por el lado oriental de la fortaleza, a una distancia tal que burlase a los vigías del enemigo, situándose a unas cuantas leguas adelante a la espera de una orden para contramarchar. Por el flanco occidental avanzarían las tropas del Chinchaysuyo, pasando cinco jornadas adelante de la fortaleza, pero dejándose ver por el enemigo para hacerle creer que marchaba a otra provincia. Luego Guayna Cápac emprendería avance frontal con el resto del ejército, sacrificando su vanguardia para fingir una retirada. En un momento dado contraatacaría al tiempo que los otros dos tercios copaban al enemigo por retaguardia.

Mientras tanto, en la fortaleza el mando había sido asumido por Canto y Pinto, líderes Cayambis. Informados por sus vigías del despliegue incaico creyeron que en realidad marchaban divididos al interior, tal vez para contener otros alzamientos. Por ello mostraron mucho ánimo viendo situarse frente a la fortaleza sólo a las tropas que el Inca conducía personalmente. Les pareció que existía equilibrio numérico de fuerzas, pero con superioridad para ellos pues estaban en mejor terreno.

Ordenó Guayna Cápac el ataque y envió su vanguardia al sacrificio, pues durante cinco días de combate fue diezmada al pie de la fortaleza. Ello entraba en el plan de batalla y al cabo, dispuso la fingida retirada; dice la crónica que el Inca *completó el engaño saliendo al paso de los fugitivos como para detenerlos, y cuando le pareció tiempo oportuno, pidió sus andas y subiendo en ella con mucha presteza se comenzó a retirar, y lo mismo hicieron sus soldados* (Cabello, 1951: 381).

Cayeron entonces los rebeldes en la trampa. Considerándose una vez más victoriosos, salieron de la fortaleza en tropel, confiados en poder repetir la matanza consumada en las huestes de Auqui Toma. No pocos incaicos perecieron en esa engañosa acción; pero para vengarlos ya Guayna Cápac despachaba veloces chasquis a los orejones y Chinchaysuyos, ordenándoles entrar en batalla. Así, estando los rebeldes en plena persecución, sintieron un estremecedor griterío a sus espaldas y al volver caras contemplaron atónitos un inesperado suceso: Carangue ardía por sus cuatro costados.

Refiere Murúa que *por lo alto de la fortaleza comenzaron a asomar los ejércitos del Inca que habían llevado Michi y los de Chinchaysuyo, ... los cuales embistieron luego la fortaleza confiados en hallar poca resistencia, como en efecto no la hubo, por estar los más y mejores soldados de los Cayambis trabados en la pelea fuera de la fortaleza con la gente del Inca, y así le fue facilísima la entrada en ella, y en subiendo comenzaron a poner fuego a las casas y ranchos de los Cayambis y a matar y a berir a los que dentro de la fortaleza estaban, que viendo tal caso se esforzaban en defenderse,*

*aunque en vano* (1962: 96).

Aprovechó el Inca la confusión de los rebeldes y cargó sobre ellos, cerrándoles toda posibilidad de escapatoria. En medio de una espantosa carnicería, éstos fueron retrocediendo hacia una vecina laguna, donde pensaban resistir hasta el último aliento. Cuenta Sarmiento que *avanzaron los incaicos quemando, asolando y destruyendo, que no dejaban cosa en pie con tanta rabia que hacían temblar la tierra* (1943: 146).

Sólo el valentísimo Pinto, con cerca de mil Cayambis y Cañaris, logró romper una noche el cerco incaico, huyendo a la montaña aunque siempre perseguido. Los demás, en crecido número, fueron arrinconados en los juncales y totorales de la laguna, ubicada entre el río Mira y la fortaleza de Carangue (Cieza, 1945: 123).

Según Sarmiento *allí los rebeldes quisieron más morir peleando que atados como mujeres, y por esto se rebicieron y empezaron otra vez a pelear, visto lo cual por Guayna Cápac mandólos matar a todos. Y así en aquella laguna y ciénaga hicieron los de Guayna Cápac, el cual peleaba por su persona animosamente, tal estrago y matanza, que la laguna se tiñó toda, en la sangre de los Cayambis muertos* (1942: 147). Santa Cruz Pachacuti anotaría por su parte: *allí cercáronles e hicieron gran matanza de ellos, asolándoles de todo punto, en donde hubo gran derramamiento de sangre y muertes, y allí lavaron las armas la gente de guerra*(1927: 215). Borregán dio otros detalles: *junto a la laguna se dio una batalla, que dicen fue la cosa más reñida que entre indios se vio, y como Guayna Cápac traía a la gente más diestra en guerra y con mejores armas, mataron tanta cantidad de los otros que con la sangre de los muertos se tornó la laguna de aquel color... y llamaron aquella laguna Yahuarcocha, que quiere decir en nuestra lengua laguna de sangre* (1968: 468). Cieza dio la cifra de los rebeldes inmolados: *Guayna Cápac mandó matar más de veinte mil hombres y echarlos en esta laguna* (1922: 125), *y tan enojado estaba de ellos, que de enojo, porque se pusieron en arma y porque querían defender su tierra sin reconocer sucesión, mandó a todos los suyos que buscasen todos los más que pudiesen ser habidos; y con gran diligencia los buscaron y prendieron a todos, que pocos se pudieron de ellos escabullir; y junto a la laguna que allí estaba, en su presencia mandó que los degollasen y echasen dentro; y tanta fue la sangre de los muchos que mataron, que el agua perdió su color, y no se veía otra cosa que espesura de sangre... y a la laguna le quedó por nombre el que hoy tiene, que es Yahuarcocha, que quiere decir lago de sangre...*(1880: 257).

Murúa refrendó todo lo dicho: *allí se hizo una cruel matanza de Cayambis y fue tanta la sangre que se derramó que el agua se tornó colorada, y desde entonces le quedó a la laguna por nombre Yahuarcocha, que quiere decir laguna de sangre* (1962: 97). Algo similar mencionó Cabello Valboa: *hallando en las malezas y espesuras de sus orillas los mataban a todos, y fue tal el estrago y tanta la copia de sangre que allí se vertió, que se vio la laguna y el agua de ella vuelta en color de sangre... con tales torbellinos quedó la laguna con nuevo color y nombre y fue llamada Yahuarcocha, que quiere decir laguna de sangre* (1951: 382). Y también Cobo: *Cercólos por todas partes la gente del Inca, y embistiendo en ellos con extraordinario furor, hicieron una cruel matanza, porque apenas se escapó hombre. Mandó el Inca que como los fuesen degollando sin piedad, echando sus cuerpos en la laguna, cuyas aguas quedaron de esta manera tan teñidas de sangre, que se dio a la laguna el nombre que hoy tiene de Yahuarcocha, que significa laguna de sangre* (1956: 213).

Guayna Cápac, terrible vengador, cercó la laguna sin dar cuartel al enemigo. Acudió sin duda a su mente el recuerdo del valiente Auqui Toma, cuando dictó la orden de acuchillar sin piedad a todos los vencidos. En medio de la más indescriptible desesperación hubo rebeldes que intentaron refugiarse en lo alto de los sauces que crecían junto a la laguna, pero de allí fueron derribados a flechazos. Otros, que hasta el final se mostraron altivos, como el mentado jefe Canto, fueron muertos a pedradas.

Tal vez el espectáculo de Yahuarcocha terminó por espantar al propio Guayna Cápac, pues allí cesó su sed de venganza. Admirado también de la heroicidad de los rebeldes, impartió órdenes para que Pinto y los que con él huían fuesen respetados. Sabiéndolos valerosos quiso que sirvieran a sus órdenes; pero Pinto se internó en la montaña sin renunciar a la lucha. Finalmente, fue cercado en la fortaleza de Pillo, al interior de Otavalo. Insistió el Inca en sus ofertas pero Pinto no se rindió; sitiado y casi rendido por el hambre dejó la fortaleza e intentó romper el cerco, cayendo prisionero con los pocos hombres que le quedaban. Cuentan las crónicas que no pudo sobrevivir a su derrota, muriendo de rabia y de pena. Sintió el Inca este desenlace, pero muerto el valiente no respetó su cadáver: *lo mandó desollar y hacer de su cuero un atambor, para que con él hiciesen en el Cuzco taqui, que es danzar al sol* (Sarmiento, 1942: 147). Quiso

también remitir los prisioneros a la capital, pero al saberlo éstos hicieron postrera resistencia. Abandonó entonces el Inca su actitud contemplativa y *con grandísima ira los mandó rodear y hacerlos pedazos* (Murúa, 1962: 98).

De esa manera concluyó la gran rebelión que encabezaron Carangues y Cayambis. Duró muchos años, causando al ejército imperial cuantiosas bajas, y entre ellas la del capitán general Auqui Toma.

El Inca avanzó entonces al Norte, más allá de las guarniciones fronterizas, llegando hasta el Ancasmayo. No halló resistencia, sólo pueblos desolados. Practicando la táctica de tierra arrasada los Pastos privaron al ejército imperial de víveres, obligando su retirada. El Inca vio así frustrado su anhelo de conquistar Popayán, campaña para la cual había preparado a Atahuallpa (Ortega y Morrejón, 1968: 481; Borregán, 1968: 469). Y aduciendo que la gente del interior era indigna de ser incorporada a sus dominios, Guayna Cápac inició el regreso a Tumipampa, reforzando la guarnición de frontera que permaneció en Rumichaca.

De Otavalo al Norte no quedaron enemigos, únicamente niños. Al verlos en su tránsito, cuentan que los reunió Guayna Cápac para decirles: *Campa mana pucula, tucuy huambracunas*, lo que podría traducirse así: *Vosotros no me haréis la guerra, porque sois todos muchachos ahora* (Cieza, 1880: 257). Desde entonces la región fue conocida como tierra de los huambracunas.

De los hechos relatados se infiere la imposibilidad de que Atahuallpa, sólo unos años después, conformase su ejército con guerreros Carangues y Cayambis (Espinoza Soriano, 1988: 296). Lo que se logró fue incaizar esa tierra, pero con una nueva población, fundamentalmente integrada a base de mitimaes fieles. En Carangue se alzó una bella urbe incaica, con grandes y suntuosos aposentos, plaza principal, templo solar, palacios, acclahuasi y fortín militar, cuyos vestigios vio Cieza de León en 1545, arruinados ya por las guerras civiles de los conquistadores (1922: 126). Allí construyó Atahuallpa un imponente palacio, donde varios años después de la muerte de su padre ceñiría la mascaypacha adoptando el nombre del dios de la guerra y el apellido de su panaka: *Cacha Pachacuti Inca Yupanqui* (Betanzos, 1987: 221).

## CAPITULO XV

### Campaña en la Costa Norte

Llegaron por entonces noticias a Tumipampa sobre una rebelión en el extremo Sureste del imperio: Los Chiringuanos habían asaltado las guarniciones de frontera, llevando su amenaza hasta Chuquisaca. Para dirigir la campaña represiva designó el Inca al capitán Yasca, quien marchó sin ejército pues habría de reclutarlo de Cajamarca al Sur. A su paso por el Cuzco, Yasca fue bien recibido por los gobernadores que dejara Guayna Cápac, tras lo cual se concentró en tierra de los Collas, desde donde desató la guerra contra los alzados. Al cabo logró derrotarlos, a costa de mucho trabajo; reconstruyó las fortalezas, reforzó las guarniciones y pobló la zona con mitimaes leales. Y al regresar al Cuzco presidió una gran entrada, la última que vería la capital imperial.

Mientras tanto el Inca volvía su atención a la costa, de donde le llegaron embajadas invitándolo a realizar una visita. Pero no sólo ello, también recibió noticia de una rebelión en tierra de los Huancavilcas, donde fueron muertos los mitimaes que Túpac Inca Yupanqui dejara.

Decidió Guayna Cápac marchar a la costa con escogidas tropas, quedando el grueso de su ejército estacionado entre Tumipampa i Quito. Llevó consigo al jefe Hurin Michi Naca Mayta y dejó en la sierra al jefe Hanan Colla Topa, sucesor de Auqui Toma en la jefatura del ejército, para que gobernase en su nombre.

Desde Quito bajo a la costa, para salir a la tierra de los Mantas, de donde avanzó al Norte hasta llegar a Coaque. Fue muy dura esa campaña: se avanzó por territorios de variada geografía, padeciéndose escasez de agua y víveres. No se halló población alguna de importancia, sólo aldeas de gentes sencillas, que se escondían al paso del Inca, mostrándose sólo en los pasos difíciles para lanzar

sorpresivos ataques.. Hubo vez en que desfallecientes de hambre y sed, los incaicos estuvieron a punto de ser aniquilados, salvándose sólo merced al invariable ánimo y coraje del Inca.

En consecuencia, no se consolidó dominio en la zona comprendida entre Coaque y Caraquez, de modo que Mantas y Manabíes se mantuvieron independientes. Hubo apenas uno que otro acercamiento con débiles reyezuelos locales, que ofrecieron frágiles promesas de adhesión. Por ello, no se establecieron en la región ni guarniciones ni mitimaes.

Un recibimiento algo mejor tuvo el Inca en tierra de los Chonos, celebrándose grandes fiestas en su pueblo principal. Pero se advirtió descontento en el interior, razón por la cual se alzó un fortín en Colima, instalándose en él una guarnición de frontera. Así, el río Chone quedó delimitando por occidente el dominio imperial incaico.

De los Chonos pasó Guayna Cápac a la tierra de los Huancavilcas, que habitaban el Guayas. Su imponente presencia bastó para que los rebeldes de la víspera deviniesen sumisos vasallos, lo que no fue suficiente para eximirlos del castigo. Cuenta la crónica que el Inca los obligó a sacarse varios dientes, y así los verían los españoles, pocos años después, llamándolos desdentados (Cieza, 1945: 156).

Desde la tierra de los Huancavilcas envió el Inca una embajada a la vecina isla de Puná, demandando pleitesía del curaca Tumbalá, que allí señoreaba. Pese a estar informado del poderío incaico, el jefe isleño decidió presentar resistencia, para lo cual ideó una estratagema. Envío una comitiva ante el Inca invitándolo a visitar la isla, al tiempo que preparaba la celada. Sin la menor sospecha, Guayna Cápac pasó a Puná, donde Tumbalá lo recibió espléndidamente, convenciéndole de expedicionar sobre Tumbes, para cuyo tránsito ofreció su flota de balsas. Tras dictar disposiciones incorporando la isla a su dominio, el Inca regresó a los Huancavilcas, a efecto de disponer el traslado de sus tropas conforme lo acordado con Tumbalá. La traición vino a producirse con los incaicos de vanguardia en plena travesía. Cayeron los isleños sobre ellos causando gran mortandad, mas pese a la sorpresa no pudieron aniquilarlos por completo, ya que lograron salvarse algunos que volvieron a los Huancavilcas con la infausta nueva. Fracasó así el plan que consistía en destruir esa vanguardia sin dejar sobrevivientes, para luego hacer lo propio con los siguientes embarques.

La reacción del Inca fue inmediata. Proclamó la guerra de exterminio contra los isleños y a la cabeza de dos mil orejones pasó a Puná, a bordo de una flota de balsas que fabricaron los Huancavilcas. Muy tarde se arrepintió Tumbalá de haber hecho traición y al intentar contener el arrollador avance cuzqueño perdió a la mayor parte de sus guerreros. El pueblo principal y las aldeas vecinas fueron arrasados a sangre y fuego, tomándose muchos prisioneros. Al igual que Yahuarcocha, Puná fue teatro de grandes castigos: *Fueron muertos con diferentes especies de muertes millares de indios, y empalados y abogados no pocos* (Cieza, 1922: 189). Entre los sacrificados figuró Tumbalá, con todos sus principales seguidores. Empero, entendió el Inca que no era conveniente despoblar la isla y perdonó a algunos, entre ellos al hijo de Tumbalá, de igual nombre, a quien reconoció como nuevo curaca, luego de que éste aceptara incondicionalmente la dominación; y dejando allí gobernadores cuzqueños y mitimaes leales, el Inca volvió a los Huancavilcas, donde acantonaba el grueso de su ejército. Algunas crónicas mencionan que Guayna Cápac pasó a Tumbes, visitando toda la costa hasta Pachacámac. Creemos que en esa dirección marcharon sólo embajadores suyos, con suficiente apoyo militar, porque surgieron conatos de rebeldía en tierra de los Chimúes.

## CAPITULO XVI

### Muerte de Guayna Cápac y crisis de sucesión

A poco de reinstalado en tierra de los Huancavilcas recibió el Inca gravísimas noticias procedentes del Cuzco. A consecuencia de una rara “pestilencia” habían muerto allí los integrantes más ilustres de su panaka, entre ellos los príncipes que dejara gobernando en su nombre. Calificamos de rara esa “pestilencia” pues atacó únicamente a los pachacutinos, según citaron varios cronistas: *al Inca le*

*llegaron nuevas de gran tristeza y sentimiento, de cómo en el Cuzco había pestilencia y que de ella eran muertos Auqui Topa Inca, su hermano, y Apo Hilaquita, su tío, y su hermana Mama Coca y otra cantidad de señores de su linaje* (Murúa, 1962: 103); *le llegaron nuevas de mucha tristeza en que le avisaban del Cuzco cómo en él había una general e irremediable pestilencia, de la cual había muerto Auqui Topa Inca su hermano y Apo Hilaquita su tío, gobernadores que había dejado en el Cuzco al tiempo de su partida, y su hermana Mama Coca, y otros principales señores de su linaje* (Cabello Valboa, 1951: 393); *supo cómo en el Cuzco había gran pestilencia de que eran muertos los gobernadores Apo Hilaquita, su tío, y Auqui Topa Inca, su hermano, y su hermana Mama Coca, con otros muchos parientes suyos* (Sarmiento, 1942: 149). Esta Mama Coca posiblemente fue hermana de Palla Coca madre de Atahualpa, y pudo tratarse de Tocto Coca, esposa de Yamque Yupanqui.

No resulta aventurado suponer que esa rara “pestilencia” fuese más bien un golpe de estado, pues sólo así podría comprenderse que muriesen únicamente los más connotados miembros de la panaka de Pachacuti. Yamque Yupanqui, jefe de la misma, debió figurar también entre las víctimas, pues las crónicas no volvieron a citarlo. De haber sido así, lo sucedería Cusi Yupanqui, quien en tan adversa coyuntura debió actuar con tiento para no caer en desgracia.

Todo indica que por ese tiempo, aprovechando la prolongada ausencia del Inca, se habían fortalecido los Hurin en el Cuzco, conspirando con entera libertad. Todo les pareció válido a los Hurin en la lucha por el poder, ya que se aliaron con los Hanan de la panaka de Túpac Inca Yupanqui, que postulaba a Huáscar para la sucesión. Posiblemente participaron de esta alianza otros Hanan descontentos con el Inca, como fue el caso de Apo Challco Yupanqui, integrante de la panaka de Viracocha, quien con apoyo Hurin recuperó su puesto de Sumo Sacerdote, despojando del cargo a Titu Atauchi que quedara en representación de Guayna Cápac. Los Hurin recuperaron por su parte el control del clero solar, reapareciendo Rupaca, dirigiéndolo. Los pachacutinos, cuyos principales representantes acompañaban al Inca en el Norte, no pudieron contener ese transtorno, optando por una aparente neutralidad para evitar ser aniquilados. Es muy posible que en secreto trasmitiesen informes al Inca poniéndolo al corriente de los avances sediciosos en la capital, ante lo cual Guayna Cápac decidió el retorno inmediato *poniendo su pensamiento en la orden que se había de tener para la creación de un nuevo gobierno* (Cabello Valboa, 1951: 393).

Procedentes del Norte llegaron paralelamente otras preocupantes nuevas. Gentes nunca antes vistas se acercaban a los confines septentrionales del imperio. Las noticias posiblemente se referían a los expedicionarios de Pascual de Andagoya o Francisco Pizarro. De no haber mediado los graves sucesos del Cuzco, seguramente Guayna Cápac se habría interesado en saber algo más de esos extraños invasores. Pero no pudo poner su atención en ello y dejó la tierra de los Huancavilcas, siguiendo hacia el río Guayaquil para pasar a Molleturo.

Su intención era llegar a Quito para dictar las disposiciones relativas al adecuado gobierno de la región. Pero a medio camino, inopinadamente, cayó gravemente enfermo, y tras varios días de agonía acaeció su muerte, en un pueblo llamado Pisco (Murúa, 1962: 103). Desde allí su cadáver sería conducido a Quito. Esto debió suceder a finales de 1527.

Según casi todas las crónicas, el Inca murió víctima de una peste de viruela o sarampión, que propagada por los españoles desde las comarcas de Chochama y Birú aniquiló a muchos nativos, no inmunizados contra esos males.

Sin negar la existencia de esa peste, nos permitimos dudar de que Guayna Cápac muriese a consecuencia de ella, planteando más bien la probabilidad de que fuese víctima de un asesinato político. Los Hurin que lo acompañaban habrían considerado su regreso al Cuzco como un peligro mortal para el proyecto sedicioso allí iniciado, en razón de lo cual consumirían el regicidio, tan común por lo demás en la historia política incaica.

Varios hechos extraños se sucedieron entonces; concatenándolos, la sospecha de un crimen político adquiere consistencia. Muy extrañamente la muerte del Inca se produjo paralela a la de su principal opositor político, Michi Naca Mayta, jefe de los Hurin en el Norte, quien murió también víctima de la tan mentada “pestilencia” (Santa Cruz Pachacuti, 1927: 216). Ahora bien, ¿cómo

explicarnos que de los muchos personajes de importancia actuantes en el Norte, sólo muriesen el Inca y su rival más notorio? ¿Cómo así evitaron el contagio todos los demás orejones, Hurin y Hanan, que rodearon al Inca en sus últimos momentos, requiriéndolo de continuo para que definiese lo relativo a la sucesión? Las crónicas hablaron de muchos muertos, pero muy raramente de los principales orejones sólo Guayna Cápac y Michi Naca Mayta fueron mencionados, además del recién nacido Ninan Cuyochi, cuya muerte debió también ser consecuencia de la enconada lucha política.

La única variante la ofreció el cronista Borregán, quien recogiendo algunos testimonios en Quito, escribió que  *murió Guayna Cápac de una enfermedad que le dio muy recia, que debía de ser perlesía* (1968: 469). Este dato podría abonar la posibilidad de un envenenamiento, ya expuesta por Waldemar Espinoza Soriano, quien mencionó como regicida al chachapoyano Chuquismio (1967: 227).

Decíamos que la agonía del Inca fue prolongada, con momentos alternados de lucidez y desvarío en medio de la presión y pugna de los orejones porque definiese la sucesión.

En esa coyuntura se evidenció claramente la irreconciliable lucha entre los Hurin y los Hanan, con el agravante de que una panaka Hanan, la de Túpac Inca Yupanqui, hizo causa común con los Hurin. Jefes de esa panaka en el norte eran Xauxi Huallpa y Amurimanchi, hermanos de Rahua Ocello, madre de Huáscar y al parecer favorita del Inca desde la muerte de la coya. Se entiende así que ambicionando tener en el poder a un pariente, hiciesen traición a los Hanan, que desde siempre habían apoyado la candidatura de Atahuallpa. Todo parece señalar que los rebeldes del Norte actuaron siguiendo órdenes puntualmente transmitidas desde el Cuzco.

Rodearon al moribundo Inca tanto sus viejos partidarios como sus más conspicuos opositores, en tanto que los jóvenes comandos del ejército, recientemente promovidos, hicieron compañía a Atahuallpa, quien se mantuvo totalmente al margen de las juntas que discutían la sucesión. Es bastante probable que abrigase confianza en su elección, por varias razones. En primer lugar estaba su calidad de príncipe pachacutino, como lo habían sido todos los emperadores del Tahuantinsuyo, hegemonía que Guayna Cápac tuvo en mente preservar; y luego su fama de valiente guerrero, ganada en las campañas del Norte, con lo cual logró el aprecio y la adhesión de los comandos del ejército, grupo de poder por excelencia. De los candidatos a la sucesión era incontestablemente el más apto, pero esta vez concurrían circunstancias anormales que ponían en peligro su aspiración.

El hecho de que Guayna Cápac, al ser requerido para proponer sucesor, mencionase a Ninan Cuyochi, un hijo suyo nacido sólo un mes antes, habla a las claras de su perturbación, pues de otro modo no se explica que un estadista de sus cualidades azuzase la lucha por el poder con tan desatinada elección. Lo cierto es que el niño apareció muerto, tal vez envenenado, quedando sin efecto la infortunada propuesta.

Pero debió tener mayores momentos de lucidez, si se considera que en tan difícil trance nombró como único regente del imperio a Colla Topa, prominente Hanan que había sucedido a Auqui Toma como comandante general del ejército (Herrera, 1945: 282). Similarmente acertado estuvo al despojarse de su calidad de Sumo Sacerdote, nombrado para el cargo al Hanan pachacutino Cusi Topa Yupanqui, uno de sus salvadores cuando el atentado de Carangue. Y seguramente a sugerencia de ambos fue que sólo unas horas después de la malhadada mención a Ninan Cuyochi, convocó a todos los orejones para anunciarles solemnemente que el escogido para la sucesión era Atahuallpa.

Debió contar ello con la aprobación mayoritaria, ya que  *los señores fueron al aposento de Atahuallpa al cual dijeron que era señor y reverenciándole como a tal* (Betanzos, 1987: 200). Pero increíblemente Atahuallpa rechazó el nombramiento. Es posible que lo hiciera significando que su padre aún vivía y que no podía descartarse su recuperación. Lo cierto es que no aceptó el tratamiento de Inca y ello fue suficiente para que los Hurin propusieran entonces la candidatura de Huáscar, con tanta insistencia que el Inca solicitó el parecer del Sumo Sacerdote. Las crónicas hablan de que se hizo la  *callpa* por Huáscar, resultando adversa. Debemos entender ésto como una negativa rotunda de los Hanan, a quienes el Sumo Sacerdote habría consultado el caso. De cualquier forma, retornaba Cusi Topa Yupanqui ante el Inca con la respuesta cuando lo encontró muerto.



Se reunió entonces el consejo de los principales orejones, presidido por Colla Topa, en su condición de regente y por Cusi Topa Yupanqui, Sumo Sacerdote, concurriendo Illa Tunqui, Atau Rimachi, Huachao Topa Yupanqui y tres o cuatro capitanes que figuraron como testamentarios de Guayna Cápac, entre los cuales debe considerarse también a los Quipucamayos.

Este consejo acordó ocultar la muerte del Inca hasta que se definiese la sucesión a fin de evitar *las novedades y alteraciones que solían acudir a tales coyunturas* (Cabello Valboa, 1951: 394). Acordó asimismo trasladarse al Cuzco acompañando la momia del Inca, pues la elección del sucesor debía realizarse en la capital. Y designó al cuzqueño Auqui Hualtopa como gobernador principal en el norte, con sede en Quito.

No fue respetado ese acuerdo ni por los Hurin ni por los miembros de la panaka de Túpac Inca Yupanqui, que remitieron chasquis al Cuzco con la falsa noticia de que Guayna Cápac, al momento de expirar, había designado a Huáscar para sucederle.

Exigieron la oficialización inmediata del nombramiento y hasta escogieron para esposa principal de Huáscar a su hermana Chuqui Huipa, hija también de Rahua Ocllo, quien apoyó decididamente el proyecto.

Adviértase el afán de los rebeldes por copar el poder: la pareja Huáscar- Chuqui Huipa, de la panaka de Túpac Inca Yupanqui, pretendiendo desplazar a la pareja Atahuallpa-Cusi Rimay, de la panaka de Pachacuti.

Es muy probable que varios de los partidarios de Atahuallpa no advirtiesen el transtorno, porque sin mayores recelos se prepararon para marchar al Cuzco. Cusi Topa Yupanqui sería de éstos, ignorando que en la capital su puesto de Sumo Sacerdote había sido asumido por Apo Challo Yupanqui, interesado partidario de Huáscar. El único veterano que pareció prever lo que ocurriría fue Colla Topa, quien participó sus sospechas a los principales comandos del ejército, sugiriéndoles proclamar a Atahuallpa por nuevo emperador: *Illa Topa -así lo llama Cieza- no fue leal a Huáscar... porque dicen que andaba en tratos y secretas pláticas con Atahuallpa, que entre los hijos de Guayna Cápac mostró más ánimo y valor...Habiéndosele dejado por gobernador... ofreció favorecer a Atahuallpa que ya por todo el real era tenido por señor* (1880: 267). Pero aunque presionado por Colla Topa, Apo Quisquis, Challo Chima, Rumi Ñahui, Aclla Huallpa y Zopezopahua, vale decir, por todos los principales jefes del ejército, Atahuallpa no aceptó esa proclamación, prefiriendo esperar lo que decidiese el consejo de orejones que se reuniría en el Cuzco. Creyó, tal vez, que la sola presencia de los veteranos pachacutinos acallaría toda oposición en la capital. Mas, en previsión de cualquier contingencia, decidió no moverse de Quito, quedándose con él los fieles pachacutinos *cien señores de la ciudad del Cuzco, deudos suyos todos* (Betanzos, 1987: 201). Quédase también con el grueso del ejército, pues para protección de la comitiva que conduciría la momia de Guayna Cápac se designaron sólo escogidas tropas. Pero Colla Topa decidió marchar al Cuzco, para defender allá los derechos de Atahuallpa, acompañándolo otros varios jefes Hanan.

Despidió Atahuallpa el cadáver de su padre con *una bien concertada y lastimosa plática, tal que a todos aumentó el dolor, y en suma dio a entender que no quería desamparar aquellas provincias donde su padre había nacido y muerto* (Cabello Valboa, 1951: 3944). Tal fue el pretexto para no viajar al Cuzco. Cabe consignar que con Atahuallpa quedó Vila Oma, un joven sacerdote de los progresistas, que habría de tener rol protagónico en la historia posterior. Y la comitiva fúnebre se puso en marcha, presidida por Cusi Topa Yupanqui y el Capitán General Colla Topa. En Tumipampa, acatando un mandamiento antelado de Guayna Cápac, se procedió a enterrar sus vísceras y su corazón, patético ritual al que precedió el voluntario suicidio y la forzada muerte de cuatro mil servidores, entre mujeres, soldados y esclavos, los que fueron enterrados con él en la creencia de que así podrían seguir sirviéndolo en otra vida (Cieza, 1880: 263).

Por esos mismos días llegaron a Quito emisarios tumbesinos informando sobre la presencia de gentes extrañas en la costa. Contaron que apareció sorpresivamente en el mar un gran navío, del cual bajaron a tierra hombres de rara apariencia, varios blancos, barbados, con extravagante atavío, y uno negro, casi desnudo, hablando una lengua desconocida y realizando prodigios con armas nunca antes vistas. Dijeron que los recibieron de paz y que luego ellos se volvieron a la mar en el gran navío,

desapareciendo tan sorpresivamente como habían aparecido. Lo que despertó la curiosidad de Atahuallpa fue saber que algunos de esos extraños visitantes se habían quedado en Tumbes. En un principio se les creyó enviados de los dioses, pero luego los conocieron como simples hombres, con mayores defectos que virtudes, porque fueron acusados de haraganes, ladrones, irreverentes y lascivos. Consultado Atahuallpa sobre qué se haría con ellos, respondió que los sacrificasen al dios Pachacámac. Así, ninguno de los temerarios españoles -que tales eran- quedó con vida; y no se habló más del asunto, porque el interés supremo en esos días guiaba el pensamiento al Cuzco, donde se decidiría la suerte del imperio.

## EPILOGO

¿Con qué fuerzas militares contaba Huáscar para pretender alzarse como Sápac Inca del Tahuantinsuyo? Es una interrogante digna de una investigación profunda, pues los datos suministrados por las crónicas, aún siendo pocos al respecto, dan pie para esbozar una nueva hipótesis, sobre que Huáscar habría buscado una alianza también con algunos señores regionales, además de su ya citada ligazón con la panaka de Túpac Inca Yupanqui y con las panakas de los Hurin Cuzco.

El hecho demostrable de que congregó el apoyo de Chachapoyas y Cañaris, dos de las naciones más belicosas del imperio, abre cauce para estudiar más a fondo este aspecto de la confrontación por el poder. Porque de no haber ocurrido así, aceptaremos que el alzamiento de Huáscar fue desde todo punto desesperado, al extremo de creer que con un ejército improvisado estaría en posibilidades de triunfar sobre el ejército profesional que cerró filas en torno a Atahuallpa.

Del mismo modo, en el transcurso de esta investigación y fundamentalmente con el fecundo y constante diálogo mantenido con otros especialistas en el tema, ha surgido otra interesante hipótesis, cual es que Atahuallpa además de congregar a los Hanan Cuzco, especialmente a la panaka de Pachacuti, habría pactado alianza con provincianos militarmente encumbrados. Ya con Guayna Cápac, como dijimos, un sector apreciable de jefes militares provincianos había ganado privilegios, por su valentía.

Como quiera que fuese, apenas llegada al Cuzco la noticia sobre la muerte de Guayna Cápac, los sacerdotes del Sol Apo Challco Yupanqui y Rupaca decidieron la entronización de Huáscar. En él vieron la reivindicación, desde que Guayna Cápac los depusiera de la jefatura del clero, que recuperaron por la fuerza. Rol protagónico en ese encumbramiento tuvieron asimismo orejones de la panaka de Túpac Inca Yupanqui, que apresuradamente marcharon de Tumipampa al Cuzco acompañando la momia del difunto Inca, lo que también hicieron Rahua Ocello y Chuqui Huipa, madre y hermana de Huáscar respectivamente, las más prominentes princesas de la panaka de Túpac Inca Yupanqui. Y figuraron notoriamente en el alzamiento los orejones de las panakas Hurin Cuzco, lo que se infiere del hecho que Huáscar inauguró su efímero gobierno renunciando a su linaje Hanan Cuzco y ordenando que de allí en adelante se le considerase Hurin Cuzco.

Era, pues, la restauración de la primera dinastía. En consecuencia, era también la restauración del clero solar como facción dominante. Para dar fuerza a ello, Huáscar tomaría el nombre de la divinidad heliaca, Inti, apellidándose además Cusi Huallpa. Era el retorno de las costumbres ya superadas, como el matrimonio entre hermanos de padre y madre. Los sacerdotes solares obligaron a Chuqui Huipa a aceptar a Huáscar, con el contento de los orejones de la panaka de Túpac Inca Yupanqui, pues los consortes provenían de ella. Lo viejo que resurgía en el intento de contrarrestar la evolución de lo nuevo.

Y lo nuevo, en ese momento histórico, era Atahuallpa, el ejército, los Hanan Cuzco, las formas nuevas de esclavismo, hecho comprobable con la información de las crónicas. La facción más poderosa -la militar- y la dinastía reinante -los Hanan- no permitirían lógicamente el avance de Huáscar.

Pero la contrarrestación sería fundamentalmente liderada por los orejones de la panaka de Pachacuti, que declaró la lucha a muerte contra la panaka de Túpac Inca Yupanqui. Establecida esta reconstrucción, resulta factible entender por qué las tropas de Atahuallpa, vencedoras en el Cuzco,

desataron una sangrienta represión, con el exterminio de la panaka de Túpac Inca Yupanqui, cuya momia, incluso, sería arrastrada para mayor escarnio.

Se descartan, en consecuencia, aquellas lucubraciones facilistas que trataron de explicar la disputa hablando del odio de quiteños contra cuzqueños. Del mismo modo, la peregrina hipótesis de una insurgencia de jefes militares yanás contra nobles orejones. Porque bien claro queda que las matanzas del Cuzco fueron ordenadas nada menos que por el príncipe Cusi Yupanqui, vale decir por el más alto exponente de la aristocracia cuzqueña. La guerra, como hemos probado, fue lucha dinástica y de panakas, y sus gérmenes se remontan al tiempo de los orígenes del estado incaico.

## **ANEXO**

### **Contradicciones que explican la evolución del esclavismo incaico. Síntesis.**

La evolución del esclavismo incaico comprendió dos grandes períodos: patriarcal masificado desde los orígenes hasta las postrimerías del gobierno de Túpac Inca Yupanqui; y clásico germinal, desde este último tiempo hasta su destrucción, que se decide con la irrupción de los invasores españoles.

El primer período se inicia hacia principios del siglo XIII, aproximadamente, al organizarse el estado local cuzqueño, con Ayar Manco o Manco Cápac. Existe entonces la propiedad estatal con preservación de la comuna (ayllu en el caso andino), característica principal del esclavismo oriental. El trabajo tiene como modalidades el ayni y la minka; y se practica el trueque para el intercambio de productos.

Emerge como facción dominante el clero solar, que funda y consolida el predominio de la primera dinastía, tiempo más tarde denominada de los Hurin Cuzco.

Se advierte desde los orígenes la contradicción entre los Hurin Cuzco, descendientes de Manco Cápac, que controlan el poder, y otro linaje formado por los descendientes de Ayar Auca, posiblemente los llamados “ayllus custodios”, que están al margen del poder aunque disfrutando de privilegios en su calidad de nobles incaicos; este linaje devendrá luego Hanan Cuzco.

Contra el clero solar surge un clero nuevo, adorador de un dios más poderoso que el Sol, al que denominan Pachacámac, Pachayacháchic, Punchao o Viracocha, supremo creador y organizador del Universo. Esta contradicción germina bajo el reinado de Mayta Cápac y se desarrolla aceleradamente con Cápac Yupanqui. Más que concepciones ideológicas en discrepancia estamos hablando de facciones de poder que pugnan por el control de la tierra y la fuerza de trabajo de las comunas esclavizadas. La contradicción se resuelve, de momento, con el asesinato de Cápac Yupanqui, quien comete el error de apoyarse en el clero insurgente, que es casi exterminado.

Pero el clero solar, para mantenerse en el poder, tiene que pactar alianzas con los “ayllus custodios”, exigiendo y logrando éstos la entronización de una nueva dinastía. Inca Roca, sucesor de Cápac Yupanqui, no es Hurin Cuzco; pertenece a los “ayllus custodios” y es el primer rey de la dinastía que luego tomará el nombre de Hanan Cuzco.

Con los reyes del Hanan Cuzco adquiere creciente influencia una facción hasta entonces secundaria, el ejército. Se organiza profesionalmente, posibilita la ampliación de fronteras y tiene el mérito de convertir al estado local en regional. Entra entonces en contradicción con el clero solar, al que antes sirviera. La vigencia del clero solar como facción dominante se mantiene hasta el reinado de Viracocha; agota entonces sus posibilidades de desarrollo y entra en decadencia.

En ese momento, hacia 1430, tiene lugar el avance arrollador de los Chancas, quienes originarios de Huancavelica conquistan los actuales territorios de Ayacucho y Apurímac, llegando hasta las puertas del Cuzco a exigir la rendición de los Incas. Viracocha y el decadente clero solar concienten en ello; pero el ejército asume una actitud contraria, encabeza un golpe de estado y proclama al príncipe Cusi como jefe supremo del estado. Con el apoyo de los purur aucas, campesinos convertidos en guerreros, Cusi defiende exitosamente la capital incaica y pasa a la contraofensiva, derrota a los Chancas en sucesivas

batallas y les arrebató sus posesiones de Apurímac y Ayacucho.

Esa guerra resuelve la contradicción entre el clero solar y el ejército, al insurgir éste como nueva facción dominante. Exige la abdicación de Viracocha y el príncipe Cusi es reconocido como nuevo Inca, dándosele el nombre de Pachacuti en referencia a que inicia un tiempo de transformaciones.

Los Chancas son prácticamente exterminados. De los pocos sobrevivientes un grupo es asimilado al ejército incaico, en tanto otro migra a la selva en el afán de conservarse autónomo.

Se empeña Pachacuti en las guerras de expansión, multiplicando su éxito. En pocos años las armas incaicas logran dominar sobre varias naciones, emergiendo entonces la formación imperial panandina, después llamada Tahuantinsuyo.

Además de brillante caudillo militar, Pachacuti destaca como legislador. Dicta un voluminoso código para el reordenamiento del estado, que se transforma en varios aspectos. La propiedad que había sido estatal y comunal pasa a convertirse en terrateniente estatal; el Inca, cabeza de la casta de los orejones, es en la práctica poseedor de todo porque a su albedrío reparte las tierras, reservando para la clase dominante dos terceras partes, con lo cual para usufructo de los ayllus o comunas queda sólo una tercera parte. La ideología religiosa ha impregnado huella profunda y ese otorgamiento de lo limitado para supervivir es visto por las comunas como un don o favor del déspota imperial (déspota significa “señor de esclavos”), endiosado como Intip Churin o Hijo del Sol. Ello promueve, en “reciprocidad”, el trabajo obligatorio de las comunas en las tierras de la clase dominante (las denominadas “tierras del Inca” y “tierras del Sol”), trabajo que se verifica por medio de la mita. Esta viene a ser evolución de la minka, que sin embargo subsiste.

Emergen, de otro lado, esclavos individuales, para trabajar en palacios y templos, en las ciudades y centros administrativos, hombres y mujeres que la comuna proporciona desprendiéndose de sus mejores especialistas, artesanos, artistas, etc. Son los llamados yanás; especifiquemos, yanás de tipo antiguo, porque luego han de surgir otros en posición distinta.

La comuna entrega, asimismo, una porción de esclavas, las denominadas acllas, condenadas a trabajar en talleres textiles para después ser repartidas por el Inca como si se tratasen de cualquier objeto de regalo.

Fuera de ello, la comuna es perturbada con la intrusión de advenedizos, los llamados mitimaes, aunque parece que el estado no se proponía aún liquidar los vínculos colectivos.

La expansión imperial prosigue incontenible con Túpac Inca Yupanqui, sucesor de Pachacuti. Pero, surge paralela una nueva contradicción, al rivalizar las panakas de ambos gobernantes. De esta forma, además de persistir la contradicción Hurin contra Hanan, se va a dar también la contradicción Hanan contra Hanan. Continúa latente y tiende a agravarse, asimismo, la contradicción entre el clero solar y el ejército, al copar los mandos de éste la mayor parte del poder.

El cuadro se complica al desarrollarse con fuerza la contradicción entre el imperio y los señoríos provinciales o locales representados por régulos y curacas. Hombres libres son en este estadio los orejones y los curacas, aquellos cada vez más ricos y éstos deviniendo paulatinamente menos ricos.

El imperio ya no basa el comercio en el trueque el intercambio de productos sino que establece lo que inadecuadamente se ha dado en llamar “redistribución”. Las comunas construyen grandes colcas por doquier, donde es almacenada la mejor y mayor parte de la producción. El estado despótico controla la distribución y acapara lo máximo para la minoría dominante; respeta, sin embargo, el límite fisiológico de las mayorías trabajadoras, procurando que no padezcan hambre, socorre a zonas afectadas por catástrofes naturales, como sequías e inundaciones, y de paso consolida la ideología de dominación apareciendo como benefactor y paternalista.

Hablamos hasta aquí de esclavismo patriarcal o masificado, con preservación de la comuna, similar al que existió en el Oriente, como queda ya dicho.

Hacia 1480, en las postrimerías del gobierno de Túpac Inca Yupanqui, ese cuadro empieza a cambiar aceleradamente. Las pugnas entre las facciones de la clase dominante (orejones contra orejones) produce una rebelión de vasta escala, que es reprimida con gran esfuerzo. Según diversos

informantes, miles de sublevados caen prisioneros y son condenados a morir, pero la Coya (emperatriz o esposa principal del Inca) aboga por ellos porque al parecer está emparentada con algunos de los líderes rebeldes. Túpac Inca Yupanqui cambia entonces la pena capital por la de trabajos forzados a perpetuidad, en las tierras que ha empezado a ceder a miembros prominentes de las principales panakas en los valles cercanos al Cuzco.

Como el perdón se otorga a la vera de un río de aguas oscuras (Yanayaco en runasimi), los perdonados, convertidos en esclavos perpetuos, ellos y sus descendientes, van a ser llamados yanas de nuevo tipo, yanas del campo, diferentes a los yanas de la ciudad o de tipo antiguo ya existente.

Bajo ese molde, los vencidos en las guerras se convierten desde entonces en esclavos del campo, como los Cañaris y Chachapoyas que los españoles encontrarán trabajando en el Valle Sagrado de los Incas. Las crónicas y cierta historiografía los llamaron mitimaes forzados. No fueron otra cosa que prisioneros esclavizados, arrancados definitivamente de sus ayllus originales para trabajar en los latifundios que emergían cerca al Cuzco, propiedad privada en ciernes.

Ese fenómeno evolutivo origina una nueva contradicción, entre los pueblos asolados por las guerras y el estado imperial; ampliación de la contradicción desde antes existente entre el estado imperial y los señores provincianos. Por decirlo con un ejemplo: no sólo los curacas Cañaris odian a los orejones; los repudian también los Cañaris del común pues las guerras los convierten en esclavos de nuevo tipo, violentamente trasladados de sus querencias a lugares distantes de los cuales difícilmente regresan.

De otro lado, hay síntomas de que por ese tiempo los Incas conceden privilegios a los mercaderes, otro grupo que empieza a desarrollarse. Cabe citar a los señores de Chincha, que transitan a lo largo de la costa, en algunos tramos por mar, y también de la costa a la selva, utilizando auquénidos y hombres de carga. Posiblemente comercian objetos raros, de difícil adquisición, aquellos que no es posible obtener en las colcas. El comercio parece florecer en el septentrión, permitiendo contacto con naciones que habitan más allá de las fronteras tahuantinsuyanas. Se evidencia, además, algo de trascendental importancia: la aparición de la moneda, en forma de pequeñísimas hachuelas de cobre, y también en la utilización como tal de las conchas de un raro molusco, relacionadas asimismo con ofrendas religiosas. Respecto a la creciente influencia de los comerciantes, sería significativa la presencia del señor de Chincha, cargado en andas, acompañando al Inca Atahualpa en Cajamarca, hecho citado en las crónicas.

Latifundios en formación, esclavos de nuevo tipo, emergencia de mercaderes y aparición de moneda son características germinales del esclavismo clásico, fase evolucionada del modo de producción esclavista que se desarrolló en Grecia y Roma, fundamentalmente.

Si a ello agregamos el afán de los últimos Incas por disolver la comuna, implantando el sistema decimal para el reclutamiento de guerreros y mitayos, hay mayor base para sostener la hipótesis del esclavismo clásico germinal, proceso que se acelera durante el gobierno del Inca Guayna Cápac, con el incremento de los esclavos capturados en guerra, agudizando las tensiones entre orejones y yanas, a la par que el descontento de los señoríos frente al imperio.

Escapa a esta síntesis la explicación sobre los yanas encumbrados, aquellos que por méritos especiales habían ganado el favor del Inca. Ellos entrarían también en contradicción con los orejones, por ambiciones de poder. Queda por explicar asimismo una contradicción que por entonces emerge y que va a adquirir importancia en el período inmediatamente posterior: la de los príncipes de madre provinciana contra los príncipes nacidos al interior de las panakas.

Ahora bien, no todos los orejones serían partidarios de las nuevas formas de dominación, y así se entiende que Huáscar, representante de la panaka de Túpac Inca Yupanqui, terminase renegando de ese origen Hanan Cuzco para desatar la guerra civil proclamando la restauración de los Hurin Cuzco en el poder. Se convirtió así en instrumento de los intereses del clero solar decadente, defensor de las antiguas formas de dominación. Significaba ésto un retroceso en la evolución del esclavismo incaico, un golpe de estado a la vez porque pretendió despojar al ejército de su preeminencia como facción dominante. La contrarrestauración fue entonces liderada por Atahualpa, príncipe de la panaka de

Pachacuti y caudillo del ejército.

La guerra civil incaica va a resolver así las contradicciones entre grupos de poder (clero solar contra ejército), entre dinastías (Hurin Cuzco contra Hanan Cuzco) y entre panakas (la de Túpac Inca Yupanqui contra Pachacuti). Reconstruido así el proceso, apreciamos que la guerra es epílogo de contradicciones de antigua y nueva data. Se descarta así la interpretación facilista que habló de un simple enfrentamiento fratricida; asimismo aquella que inventó una lucha entre quiteños y cuzqueños; como también el absurdo de plantear la existencia de una guerra ritual, hoy puesto a la moda, y la fantasiosa referencia a una rebelión de “yana-generales”.

El triunfo de Cacha Pachacuti Inca Atahuallpa sobre Huáscar Inti Cusi Guallpa va a ser la definitiva victoria, si bien efímera, de lo nuevo sobre lo viejo, la evolución violenta del esclavismo incaico.

Ese proceso, que se había desarrollado de manera autónoma, fue trastornado con la paralela intromisión de los invasores españoles, cuya guerra de conquista resolvería las contradicciones entre los señoríos y el imperio, y entre los orejones y los yanás. Los españoles aparecieron como aliados de los señores provincianos, que casi en su totalidad les prestaron inmediato apoyo. Pero fundamentalmente los españoles se autoproclamaron libertadores de los yanás esclavos, que se les unieron en masa. De los pobladores del Tahuantinsuyo, uno de cada mil luchó contra los españoles; el resto, coadyuvó en la caída de los Incas. Nada tuvo que ver en esto el patriotismo o el nacionalismo, sino la lucha contra la opresión. El estado esclavista incaico se derrumbó porque engendró en su seno a una clase antagónica, la de los yanás esclavos, y por sus otras muchas contradicciones. Las visibles provocaron la crisis que generó la guerra civil entre orejones; las subyacentes afloraron impetuosamente a la sola presencia de un poderoso elemento disturbador, cual fue el invasor español.

## DOCUMENTACIÓN BÁSICA

ACOSTA, Joseph de, **Historia Natural y Moral de las Indias**, Biblioteca de Autores Españoles, Madrid, 1954.

ANONIMO DE 1534, **Relacion Francesa de la Conquista del Perú**, Editores Técnicos Asociados, Lima, 1968.

ANONIMO, **El Cuzco y el Gobierno de los Incas**, Librería e Imprenta D. Miranda, Lima, 1962.

ANONIMO SEVILLANO DE 1534, en **Las Relaciones Primitivas de la Conquista del Perú**, por Raúl Porras Barrenechea, Imprimeries Les Press Modernes, París, 1937.

BENZONI, Girolamo, **Historia del Nuevo Mundo**, Londres, 1857.

BETANZOS, Juan de, **Suma y Narración de los Incas**, Transcripción, Notas y Prólogo de María del Carmen Martín Rubio, Ediciones Atlas, Madrid, 1987.

BORREGAN, Alonso de, **Crónica de la Conquista del Perú**, Editores Técnicos Asociados, Lima, 1968.

CABELLO DE VALBOA, Miguel, **Miscelánea Antártica: Una Historia del Perú Antiguo**, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima, 1951.

CABELLO DE VALBOA, Miguel, **Historia del Perú bajo la dominación de los Incas**, Imp. Sanmartí y Cía., Lima, 1920.

CALVETE DE LA ESTRELLA, Juan Cristóbal, **Rebelión de Pizarro en el Perú y vida de don Pedro Gasca**, Librería e Imprenta de M. Tello, Madrid, 1889.

CIEZA DE LEON, Pedro de, **La Crónica del Perú**, Ediciones Calpe, Madrid, 1922.

CIEZA DE LEON, Pedro de, **Segunda Parte de la Crónica del Perú, que trata del señorío de los Incas Yupanquis y de sus grandes hechos y gobernación**, Imprenta de Manuel Ginés Fernández, Madrid, 1880.

COBO, Bernabé, **Historia del Nuevo Mundo**, Biblioteca de Autores Españoles, Madrid, 1964.

COLLAPINA, SUPNO Y OTROS QUIPUCAMAYOS, **Discurso sobre la descendencia y gobierno de los Incas**, Colección Urteaga-Romero, Lima, 1920.

DE LAS CASAS, Bartolomé, **Breve Relación de la Destrucción de las Indias**, Librairie Francois Maspero, París, 1979.

DE LAS CASAS, Bartolomé, **De las antiguas gentes del Perú**, Librería Gil, S.A., Lima, 1939.

ESTETE, Miguel de, **Noticia del Perú**, Colección Urteaga-Romero, Lima, 1924.

FERNANDEZ DE OVIEDO Y VALDES, Gonzalo, **Historia General y Natural de las Indias, Islas y Tierra Firme del Mar Océano**, Editorial Guaranía, Asunción del Paraguay, 1945.

FERNANDEZ DE PALENCIA, Diego, **Primera Parte de la Historia del Perú**, Biblioteca Hispania, Madrid, 1913.

GARCILASO DE LA VEGA, Inca, **Primera Parte de los Comentarios Reales de los Incas**, Biblioteca de Autores Españoles, Madrid, 1960.

GARCILASO DE LA VEGA, Inca, **Historia General del Perú, Segunda Parte de los Comentarios Reales de los Incas**, Ediciones Emecé, Buenos Aires, 1944.

GOMARA, Francisco López de, **Historia General de las Indias**, Talleres Agustín Núñez, Barcelona.

GUAMAN POMA DE AYALA, Felipe, **Nueva Crónica y Buen Gobierno**, Institut D'Ethnologie, París, 1936.

GUAMAN POMA DE AYALA, Felipe, **La Nueva Crónica y Buen Gobierno**, Ediciones del Ministerio de Educación, Talleres del Servicio de Prensa, Propaganda y Publicaciones Militares, Lima, 1956.

GUTIERREZ DE SANTA CLARA, Pedro, **Historia de las Guerras Civiles del Perú y de otros sucesos de las Indias**, Librería General de Victoriano Suárez, México, 1904.

HERRERA Y TORDESILLAS, Antonio de, **Historia General de los hechos de los castellanos en las Islas y Tierra Firme del Mar Océano**, Editorial Guaranía, Asunción del Paraguay, 1945.

INCA YUPANQUI, Mateo, **Problema del Linaje y servicios de don.... deudo muy cercano de Guayna Cápac y de don Francisco Atabalipa, señores que fueron en este reino del Pirú**, Boletín francés de Estudios Andinos, Lima, 1978.

JEREZ, Francisco de, **Verdadera Relación de la Conquista del Perú y provincia del Cuzco llamada Nueva Castilla**, Biblioteca de Cultura Peruana, París, 1938.

JESUITA ANONIMO, **Relación de las costumbres antiguas de los naturales del Perú**, en Tres Relaciones de Antigüedades Peruanas, Madrid, 1879.

LIZARRAGA, Reginaldo de, **Descripción breve de toda la tierra del Perú, Tucumán, Río de la Plata y Chile**, Biblioteca de Autores Españoles, Madrid, 1968.

Matienzo, Juan de, **Gobierno del Perú**, Ministère des Affaires Etrangères, París, 1967.

MOLINA, Cristóbal de, **Fábulas y ritos de los Incas**, Ediciones D. Miranda, Lima, 1943.

MOLINA, (EL ALMAGRISTA) Cristóbal de, **Conquista y Población del Perú**, Colección Urteaga-Romero, Lima, 1926.

MONTESINOS, Fernando de, **Memorias antiguas historiales y políticas del Perú**, Imprenta Gil S.A., Lima, 1930.

MONTESINOS, Fernando de, **Anales del Perú**, Imprenta de Gabriel del Horno, Madrid, 1906.

MURUA, Martín de, **Historia General del Perú, origen y descendencia de los Incas**, Imprenta de don Arturo Góngora, Madrid, 1962.

MURUA, Martín de, **Historia de los Incas Reyes del Perú**, Librería e Imprenta Sanmarti y Cía., Lima, 1922.

OLIVA, Annelo, **Historia del reino y provincias del Perú**, Lima, 1895.

ORTEGA MOREJON, Diego de y CASTRO, Cristóbal de, **Relación y declaración del modo que este valle de Chíncha y sus comarcas se gobernaban antes que hubiese Incas y después que los hubo hasta que los cristianos entraron en esta tierra**, en la Revista Historia y Cultura, Lima, 1974.

PIZARRO, Hernando, **Carta a los Oidores de la Audiencia de Santo Domingo**, en Tres Testigos de la Conquista del Perú, Espasa-Calpe S.A., Buenos Aires, 1964.

PIZARRO, Pedro, **Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú**, Editores Técnicos Asociados, Lima, 1968.

POLO DE ONDEGARDO, Juan, **Informaciones acerca de la religión y gobierno de los Incas**, Imprenta Sanmarti y Cía., Lima, 1916.

QUIROGA, Pedro, **Libro titulado Coloquios de la Verdad, trata de las causas e inconvenientes que impiden la doctrina y conversión de los indios de los reinos del Perú y de los daños y males y agravios que padecen**, Tipografía Zarzuela, Sevilla, 1922.

RUIZ DE ARCE O ALBURQUEQUE, Juan, **Advertencias que hizo el fundador del vínculo y mayorazgo a los sucesores en él**, en Tres Testigos de la Conquista del Perú, Espasa-Calpe S.A., Buenos Aires, 1964.

SALINAS Y CORDOVA, Buenaventura, **Memorial de las Historias del Nuevo Mundo Pirú**, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima, 1957.

SANCHO DE LA HOZ, Pedro, **Relación para Su Majestad de lo sucedido en la conquista y pacificación de estas provincias de la Nueva Castilla y de la calidad de la tierra**, Editores Técnicos Asociados, Lima, 1968.

SANTA CRUZ PACHACUTI YAMQUI SALCAMAYGUA, Juan, **Historia de los Incas y su relación de su gobierno**, Librería e Imprenta Sanmarti y Cía., Lima, 1927.

SANTILLAN, Hernando de, **Relación del origen, descendencia política y gobierno de los Incas**, Biblioteca de Autores Españoles, Madrid, 1968.

SARMIENTO DE GAMBOA, Pedro, **Historia de los Incas**, Ediciones Emecé, S.A., Buenos Aires, 1943.

TITU CUSI YUPANQUI INCA, Diego de Castro, **Relación de la conquista del Perú y hechos del Inca Manco II**, Colección Urteaga-Romero, Lima, 1916.

TOLEDO, Francisco de, **Informaciones sobre los Incas**, Madrid, 1940.

TRUJILLO, Diego de, **Relación del descubrimiento del reino del Perú**, Publicaciones de las Escuelas Hispanoamericanas, Sevilla, 1948.

VALERA, Blas, **Las costumbres antiguas del Perú y la Historia de los Incas**, Editorial D. Miranda, Lima, 1945.

VASQUEZ DE ESPINOZA, Antonio, **Compendio y descripción de las Indias Occidentales**, Washington, 1948.

ZARATE, Agustín de, **Historia del Descubrimiento y Conquista del Perú**, Editores Técnicos Asociados, Lima, 1968.

**NOTA** : La bibliografía sobre los Incas es de tal vastedad, que a la fecha Hernán Amat Olazábal tiene impresas alrededor de quinientas páginas próximas a publicarse. Esta es la razón fundamental para no mencionarla en este trabajo, reconociendo empero la valía de tan amplia producción no sólo en el Perú sino también en el extranjero.



Luis Antonio Guzmán Palomino (Talavera, 1952) se formó profesionalmente en la Universidad de San Marcos, con estudios de postgrado en la Universidad Nacional de Educación. Destaca por su amplia producción historiográfica con cientos de artículos de divulgación publicados en periódicos de la capital y del interior, entre ellos **El Peruano, El Comercio, El Observador, El Nacional, Expreso, Correo, El Sol y La República**, desde 1977 hasta la fecha. Con la Editorial Milla Batres figuró como coautor del **Compendio de la Guerra del Pacífico** (1980) y del **Diccionario Histórico-Biográfico del Perú** (1986). La Comisión Permanente de Historia del Ejército Peruano lo tuvo como coautor de los libros **Los Héroe de la Breña** (1982); **Huamachuco y el Alma Nacional** (1983) y **Cáceres Conductor Nacional** (1984). En 1986 obtuvo el Premio Nacional de Periodismo otorgado por la Comisión del Sesquicentenario del Nacimiento de Andrés Avelino Cáceres. Integrado al Centro de Estudios Histórico-Militares del Perú, ha publicado los libros **Campaña de la Breña; Colección de Documentos Inéditos** (1990); **Cáceres Inmortal**(1991) y **V Centenario 1492-1992: Análisis y Debate** (1992); figurando como coautor de los fascículos **Historia del heroísmo de los pueblos del Mantaro** (1993); **Piura: Apuntes para su geografía e Historia** (1994); **Tambogrande: Heroica Resistencia Nativa** (1995) y **Tambogrande y la Historia de Piura en el Siglo XVI** (1996). Con el profesor Hugo Guevara escribió en 1992 **El Ocaso del Imperio de los Incas**; y en 1993 fue coautor de la obra **Huaroquirí: Ocho mil años de Historia**, editada por la comuna de Santa Eulalia. Actualmente se desempeña como profesor en la Universidad Nacional de Educación “Enrique Guzmán y Valle”-la Cantuta